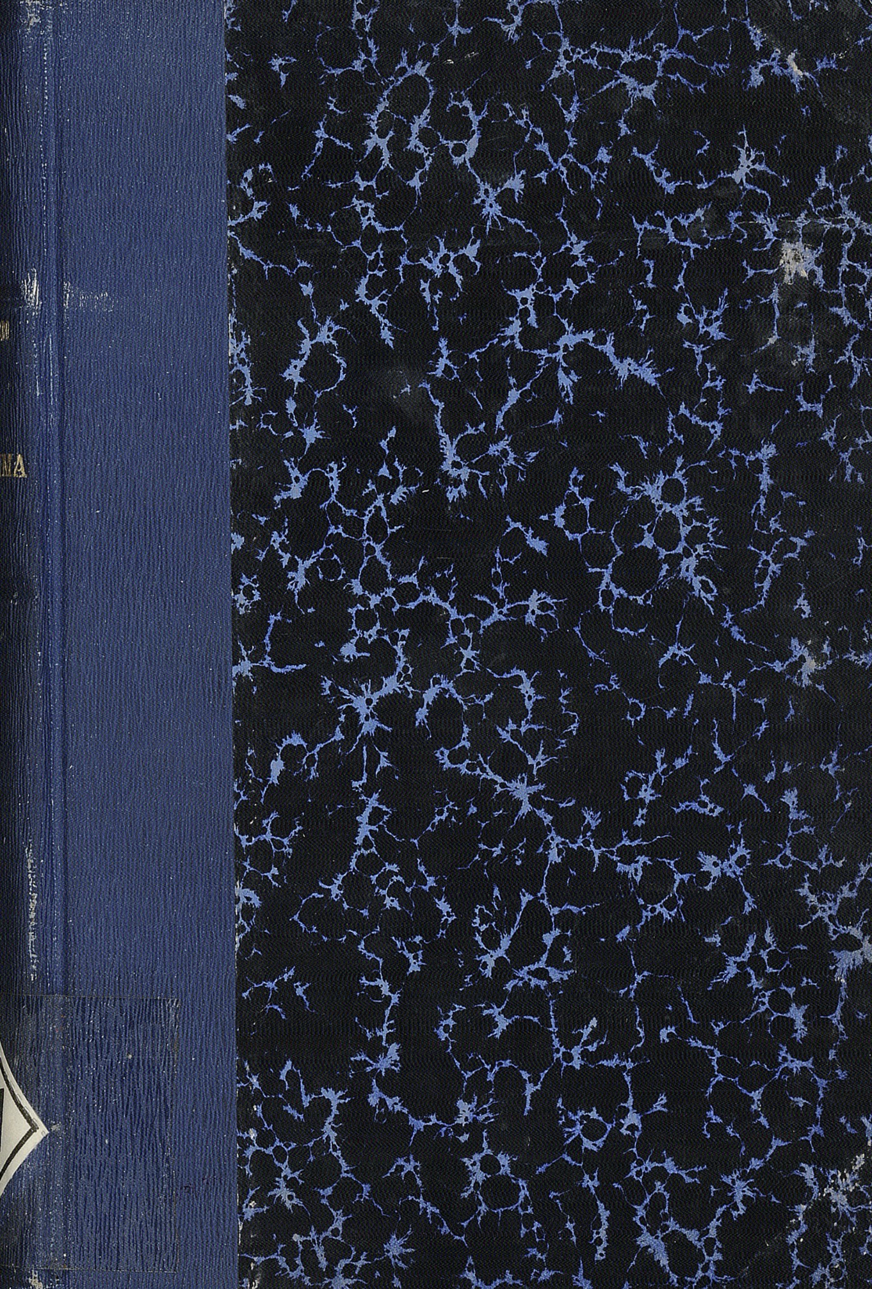
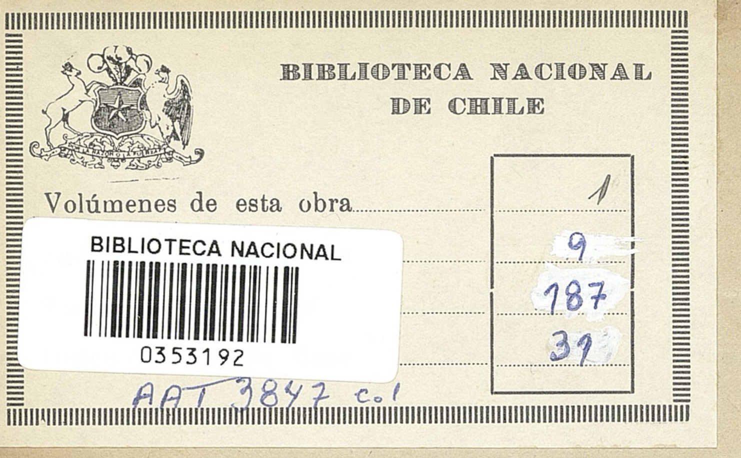
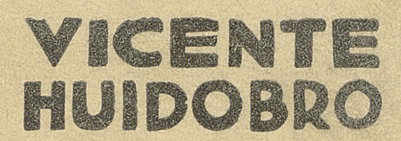


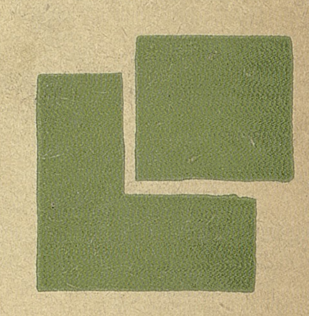

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE
Volúmenes de esta obra
1
9
187
31
BIBLIOTECA NACIONAL
0353192
AAT 3847 c.1





LA PROXIMA

(historia que pasó en poco tiempo más)



Biblioteca Walton

1 9 3 4

FE DE ERRATAS

Se ruega al lector corregir el mismo las principales erratas de este libro antes de empezar su lectura. Las erratas menores y las erratas de puntuación el lector podrá advertirlas por sí solo.

En la página 36 línea 11, dice esta la curiosidad, debe decir **tal la curiosidad.**

En la página 38 línea 12 dice **mala la sangre** debe decir **mala sangre.**

En la página 39 y otras dice **sobre estimación** debe decir **sobreestimación.** Lo mismo más adelante **sobre producción** debe leerse **sobreproducción.**

En la página 42 y otras dice **auto destrucción** en vez de **autodestrucción.**

En la página 46 dice **Otto Pabst,** debe decir **Otto Trauber, Pabst.**

En la página 53 dice **¿Cómo se va haber** debe decir **¿Cómo se va a haber.**

En la página 68 dice **cualité** debe decir **qualité.**

En la página 77 dice **nosotros mismos llegamos a dudar** debe decir **nosotros mismos llegábamos a dudar.**

En la página 117 línea 24 dice **que trabajar para el burgués** debe decir **que trabajar para el obrero.**

En la página 117 línea 26 dice **que trabajar para el obrero** debe decir **que trabajar para el burgués.**

VICENTE
HUIDOBRO

LA PROXIMA

(historia que pasó
en poco tiempo más)

EDICIONES "WALTON"

1934

A KARL LIEBKNECHT
Y ROMAIN ROLLAND
los más auténticos hé-
roes de la gran guerra.
Pero esta vez nadie podrá situarse
"Au dessus de la mélée".

V. H.



Santiago de Chile, 2 de Enero de 1933.

Sr. Dn. Roberto Suárez.

Mi querido Roberto:

¡Cómo no poner tu nombre en la primera página de este libro todo impregnado del recuerdo de aquellas vacaciones que pasamos juntos en tu "Villa Oriolo" al pié de los Alpes italianos en 1930! Allí escribí este libro. Tu lo seguiste paso a paso, lo viste desarrollarse desde semilla hasta árbol. Muchas noches discutimos sobre puntos en él tratados, sobre su técnica y su finalidad. Llegó un momento en que estábamos ambos decididos a irnos a Angola y construir una colonia de hombres nuevos sobre la roca donde Roc acaso estaría ya construyendo la suya. Volvías por las tardes de tu trabajo en tu consulado en Milán y nunca dejabas de preguntarme, con interés, por mi trabajo del día. Mucho hablamos, mucho soñamos sobre las páginas de este libro. Tú me advertías: "Tal vez el público no comprenderá esas páginas sobre el delirio de Roc en las calles muertas de París. Tal vez el público no comprenderá el diálogo anónimo o colectivo. Piensa que esos procedimientos que te son habituales porque tú los has empleado desde hace más de quince años no lo son al lector corriente". Yo le respondía ¡qué importa que el público no comprenda! Tanto peor para él. Siempre el que debe comprender comprende. Ya es bueno de que el lector corriente deje de ser corriente". Tú reías y al final me dabas razón.

Otras veces nos poníamos a calcular la fecha probable de la próxima guerra. Yo afirmaba "me parece imposible que el régimen capitalista encuentre otra solución a sus conflictos que una guerra". Tú respondías "¿cómo es posible que el capitalismo que ha creado una civilización milenaria como la nuestra, con tantos recursos y tantas cosas admirables no vaya a encontrar otra solución"?

Pasaban las horas de sobremesa y luego terminábamos la noche sentándonos en el jardín oyendo cantar los ruiseñores. ¿De qué cosas discutirían ellos? Allí en ese jardín, una noche, se formó en mi espíritu la firme resolución de traer algún día ruiseñores a América, costara lo que costara, y soltarlos en nuestras tierras de Chile. Los ruiseñores se deshacían cantando mientras nosotros pensábamos en la sangre de la tragedia futura. Luego afirmábamos como sacudiendo nuestro pensar "es tan admirable el canto de los ruiseñores que ha podido resistir a todos los malos poetas del mundo durante tantos siglos". Y nadie como tú para explicar, para sentir la voz de ese pájaro ébrio de su propia alma. ¿Recuerdas como yo aquellos cuatro meses? En recuerdo de ellos y de nuestra vieja amistad, quiero ver aquí tu nombre, mi querido Roberto, sin tacha desde la infancia, desde nuestra primera adolescencia.

Un abrazo de piedra

Vicente Huidobro.

EXORDIO

La época de tranquilidad acabó en el mundo y no volverá hasta dentro de muchos años. Ahora estamos en un período de revoluciones y guerras que puede durar más de lo que se piensa. Las crisis económicas se repetirán cada vez más agudas, sembrando el pánico y la desolación en los hogares y en los pueblos.

A los que aman la calma, a los que no sienten su espíritu atraído por la lucha, aconsejo refugiarse en alguna isla lejana o en algún rincón de la tierra y esperar allí hasta que haya pasado el período de las grandes transformaciones en el mundo civilizado.

Acaso este período termine en la catástrofe total.

Esto dependerá de la cordura de los hombres.

CAPITULO I

UN VISIONARIO REALISTA Y PIONEER IDEALISTA

La expedición Alfredo Roc acababa de llegar a Marsella. El nuevo explorador volvía de Angola por cuarta vez y parecía más optimista que nunca.

Sin duda alguna Alfredo Roc había nacido para pioneer y todos sus otros oficios, todos los otros trabajos a que dedicara antes su vida, habían sido un error. Impulsado por su naturaleza demasiado rica, por su exceso de generosidad vivía equivocándose.

Al fin había encontrado el objetivo de su vida. Y al fin también los años le habían enseñado a conocer a los hombres y por lo tanto a desconfiar de sus impulsos generosos.

A menudo decía a sus amigos:

—Nuestros abuelos esos eran hombres, esos pioneers que fundaron países en América valían la pena. Nosotros somos unos pobres infelices que nos contentamos con escribir sobre ellos. No vivimos, sino que escribimos lo que otros vivieron. Somos unas pobres ratas.

Y luego agregaba:

—Vámonos a buscar una tierra en donde podamos trabajar, en donde podamos hacer algo grande, sentir el placer de crear un mundo con nuestras manos, con nuestra cabeza, con nuestro esfuerzo. Lejos de estos países en donde todo está hecho, en donde se ha llegado a esta lamentable situación actual, a esta crisis humana representada por el odio de unos hombres a otros, por la intranquilidad general casi histérica y por poner impuestos hasta a la respiración y a las miradas. Es preciso pegar una estampilla en cada suspiro. ¡Ay del que se olvida! porque entonces se le deja caer encima un triste policía o una cosa que llaman la ley y que se presenta seguida de un cortejo de multas.

Lentamente fué formando un grupo de amigos que se iban interesando por correr esta aventura.

Alfredo Roc había comprado terrenos en Angola. Eligió esa región del Africa no sólo a causa de su clima excelente, de sus enormes riquezas mineras y de la fantástica fertilidad de su tierra sino también por pertenecer ese país tres veces más grande que Francia, al Portugal.

Nuestro *pioneer* tenía una gran simpatía por el pueblo portugués y una gran admiración por la historia del Portugal, de esa pequeña nación, tan pequeña en territorio y que fué un día el pueblo más interesante de la tierra, el más grande como imperio colonial y la cuna de los más extraordinarios aventureros de una larga época de maravillas.

Desde hacía dos años Alfredo Roc tenía la obsesión de una catástrofe inminente en Europa y en América, en todo lo que llaman mundo civilizado. A medida que pasaba el tiempo esta obsesión crecía en su cerebro como si el momento presentido se acercara a pasos ajigantados.

—Viene la catástrofe, amigos míos, viene, yo la siento venir y no quedará títere con cabeza, ni piedra sobre

piedra. Yo la siento venir como se siente en la noche los pasos del señor que dobla la esquina.

Algunos sonreían escépticos, otros, los menos, creían como él en el cataclismo inevitable.

—Hay demasiados odios acumulados en estas viejas razas sin cordura. Se siente, se huele una aura mala en el aire de Europa. Yo no soy teósofo pero creo, como dicen los teósofos, que es posible que las personas tengan algo así como una aura en torno de sus cabezas, algo así como el fluido que despiden sus pensamientos y sus sentimientos. El fluido de Europa es malo, está muy espeso, muy cargado de rencores, muy rojo de borrascas futuras.

No faltaban algunos que al oir estas palabras de Alfredo Roc, interrumpieran riendo:

—Ya Roc amaneció apocalíptico.

—Sigue con sus manías de fin de mundo. ¿Sabes que ya hay quienes te llaman el loco del cataclismo?

—Está bien, ahí veremos. A pesar de todo no me cansaré de repetiros: salvaos pronto y salve cada cual aquello que más le interese de lo poco digno que va quedando en esta civilización condenada a muerte.

Entre broma y broma la cosa iba tomando cuerpo. La obsesión de Alfredo Roc empezaba a propagarse como una epidemia.

En la primera expedición sólo dos amigos quisieron partir con él. Uno era el poeta Baltazar Doriante y el otro Julio Bances un simpático muchacho, bueno, listo, con su título de ingeniero agrónomo, recibido en una Universidad de los Estados Unidos.

La primera expedición fué sólo una inspección general, un recorrido del país que les interesaba conocer en sus

diversas zonas para estudiar los terrenos que más les convenía comprar.

El gobierno portugués dió toda clase de facilidades a los expedicionarios, juzgando cuerdamente que esos nuevos colonos blancos que sólo querían trabajar y vivir en paz no harían ningún mal a aquella lejana provincia tan injustamente olvidada de los hombres; al contrario ellos valorizarían las tierras, llevarían otros colonos pues el plan principal de Alfredo Roc eran regalar terrenos cultivables a todos los que los solicitaran y que se comprometieran a trabajarlos.

En esa primera expedición sólo compró veinte mil hectáreas. Su plan era comprar unas cien mil y hacer que amigos suyos compraran otro tanto. Así tendrían tierras suficientes para meter en ellas varios miles de familias.

—Lo que tu quieres es un refugio para ir a esperar que pase la borrasca, solían decirle los amigos.

—Lo que yo quiero es un pedazo de tierra en donde vivir tranquilo, en donde trabajar y poder crear algo lo más distinto posible de vuestro mundo de odios, de explotación injusta, de contínuas querellas, de esta asquerosa lucha por la vida, agriada y violenta.

—¿Y por qué no escogiste el Congo francés o el Congo belga?

—El clima allí es demasiado caluroso para nosotros.

—¿Y por qué no elegiste entonces tus tierras en el Africa del Sur inglesa?

—Porque allí ya hay demasiada política, demasiada civilización, de esta civilización que conocemos y que por eso mismo detestamos. Además allí los terrenos son más caros y ya deben haber tantas molestias, tantos inconvenientes, tantos impuestos, tanta vigilancia inútil como en cual-

quier país de Europa. Si vamos huyendo de la esclavitud en que vivimos en Europa no es para caer en otra esclavitud igualmente odiosa.

—Pero yo creo que donde el hombre civilizado vaya llevará sus taras.

—Trataremos de evitarlo lo más posible.

—¿Y el gobierno portugués no empezará a molestaros una vez que ya estéis instalados?

—El gobierno portugués es uno de los gobiernos más comprensivos y más fáciles en este sentido. No creáis que son ningunos tontos, son muy inteligentes y saben lo que les conviene. La emigración de buena gente a sus tierras no puede sino valorizarlas y aumentar su importancia en todo sentido.

—De todos modos, Roc, convendrás con nosotros que es una cobardía abandonar el campo porque crees que hay peligro en quedarse en él. Tu sitio está aquí, tu deber de hombre es lanzarte a la pelea.

—¿Por qué mi sitio está aquí cuando yo detesto el mundo que habéis hecho o que hicieron vuestros padres?

—Tú crees que pronto va a venir una guerra espantosa y que esta guerra va a terminar con la revolución social o que si no hay guerra de todos modos vendrá la revolución, tu deber es ayudar la revolución social para que cambie el mundo, este mundo que tanto detestas.

—¿Y por esa razón yo voy a condenar al exterminio a mis hijos, a mis padres, a mis hermanos y a todos los seres que me son queridos?

La mujer de Roc había muerto a los cuatro años de su matrimonio, dejándole un hijo que ahora debía tener unos veinte años.

—En la historia de la evolución del mundo no tiene

ninguna importancia la muerte de los seres que te son queridos.

—La tiene para mí y yo no tengo sino una vida.

—Si todos los hombres pensaran con ese egoísmo no se podría hacer nada en el mundo.

—No todos los hombres tienen derecho a ese egoismo que tú quieres ver en mí.

—¿Y por qué tú tienes derecho?

—Desde el momento en que esta idea se me ha metido en la cabeza es porque tengo derecho a ella y debo realizarla. Acaso sea esta la misión para la cual he nacido y nada más.

—¿Salvar a unas cuantas familias de amigos o de colonos desesperados, de esos que se mueren de hambre en algunos países de Europa y que sólo por esta razón acudirán a tu llamado?

—¿Y te parece poco grande salvar a esos desgraciados? Los que vengan vendrán no sólo obligados por el hambre, sino también por su destino. Vendrán porque deben salvarse de la muerte.

—En ese caso te diría que no basta salvar en tu Arca de Noé cierto número de hombres, hay muchas cosas de nuestra civilización que deben salvarse.

—Nunca he dicho lo contrario y todo lo que sea digno de salvarse trataremos de salvarlo.

—Pero no te lleves contigo sólo poetas, artistas y soñadores, llévate hombres de ciencia, médicos, ingenieros, arquitectos, mecánicos, etc. Te deberías llevar, mi querido Noé Roc, una legión de sabios, una tribu de cerebros escogidos o mejor dicho una pareja de cada género humano.

—A pesar de tus ironías puedes estar seguro de que se hará todo lo que se pueda hacer... y además pondremos a

salvo en nuestra Arca de Noé, como tú la llamas, una pareja de cada uno de los instrumentos y de las máquinas inventadas por el hombre. Una pareja por lo menos.

—Llévate a Einstein, a Freud, a Broglie, a Georges Claude, a todos esos hombres de ciencia que tanto admiras y de los cuales estás siempre hablando, al Dr. Nicolai, cuya valentía no pudo ser doblegada por los valientes bélicos de la Gran Guerra.

—¿Por qué nó? ¿Quién te dice que ellos mismos el día en que se declare la nueva guerra no salgan escapados y no vayan a parar a nuestras tierras? Ellos saben perfectamente que la nueva guerra será de exterminio, que no quedará una rata con vida en todo lo que llaman mundo civilizado. Entonces, ¿en dónde refugiarse? Los que no quieran perecer, los que tienen algo que salvar, los que no quieran morir antes de haber terminado su obra ¿dónde podrán ir a trabajar en paz? Si se les ofrece un rincón de la tierra lejos de la confusión universal ¿por qué no irían a establecerse allí? Porque es evidente que habrá en el mundo un período de confusión que lo mismo puede durar dos años que diez, en el cual período si te has salvado de las guerras, te pueden fusilar por error en una esquina y luego pedirle disculpas a tu cadáver. Habrá fusilamientos en masa, sin control, tanto de un lado como del otro.

—Acaso no sea tan absurdo lo que dices. Piensa en irles construyendo laboratorios, academias, hospitales, institutos a tus sabios. Llévate una imprenta porque a lo mejor después de la catástrofe no queda ni una máquina de escribir en toda Europa. Y mira que sería lástima!

—Es fácil hacer burla de todo. Yo creo que sería una gran lástima que se perdiera cualquier invento interesante del hombre.

—Y si después de tanto viaje y tanta expedición resultara que no hubiera nada.

—Habremos corrido una bella aventura y seremos siempre los pioneers de una nueva nación, de una nueva raza de hombres rejuvenecidos por el trabajo en una tierra virgen, rejuvenecidos por el entusiasmo de crear un mundo nuevo.

Sobre este tono giraban casi todas las discusiones, después del primer viaje a Angola de Alfredo Roc.

Cuando vieron sus amigos con qué serenidad y con qué vehemencia el loco dé los cataclismos, el apocalíptico Roc había tomado su aventura, el tono de las conversaciones fué cambiando. Los excépticos disminuían de día en día.

¿Cuántas cosas grandes han empezado siendo el sueño de un loco? ¡Cuántas cosas ayer absurdas son hoy realidades tangibles!

En su segundo viaje el número de los expedicionarios había aumentado considerablemente. Ya la prensa había empezado hablar en Europa de las posibilidades de una próxima guerra.

Muchos eran los que querían partir y había que seleccionarlos.

Iba en este viaje Alberto Duren amigo de infancia, compañero de colegio de Alfredo Roc. Un entrañable afecto los unía desde aquellos años, para Roc era como llevar un hermano. Quince años de carrera diplomática habían bastado a Duren para asquearse de la mezquina y equívoca vida burocrática. Ahora nadie más entusiasta que él, nadie con más ganas de correr la gran aventura. Sentía sus manos cargadas de electricidad creadora. Le reían los ojos, le reía la piel. Después de quince años por primera vez volvía a sentir el optimismo luminoso de su primera juventud.

¡Dejar esa vida pequeña sin más horizonte que los cuatro muros de una oficina, sin más posibilidades que la de ascender un día a un sillón un poco más confortable. Cambiar todo eso por cuatro horizontes en donde se pierde la vista, en donde se puede soltar la imaginación en libre carrera!

No necesito decir que Alberto Duren era un hombre superior. Todo hombre capaz de aventuras, es un hombre superior.

Iban también en este segundo viaje Baltazar Doriante, Julio Bances, el arquitecto francés Le Corbusier y Jaime Oriol, el joven cineasta, con todos sus aparatos para filmar no sólo las magníficas fiestas de las tribus negras y escenas de la vida salvaje sino también los primeros pasos de la expedición, los primeros trabajos de estos nuevos pioneers.

Baltazar Doriante, el poeta, demostraba en todo momento que su imaginación iba acompañada de un raro espíritu realista. Era un hombre orgulloso, con ese orgullo tranquilo, sordo y reconcentrado de los verdaderos orgullosos. Desde su infancia se había colocado tan fuera de la atmósfera habitual que ni las palabras ni los actos de nadie, de ningún enemigo habían alcanzado jamás a conmoverlo. Y Dios sabe si tenía enemigos. Se contaban de él un sin número de leyendas. El se paseaba entre sus leyendas con aire displicente. Se decía que tenía un alma tiránica, una psicología de sultán; que había roto las relaciones con su familia por una tontería, por uno de esos reventones de su carácter difícil. Daba la sensación de que estaba castigando a su familia por un delito que nadie conocía, acaso por una de esas que él llamaba las insolencias familiares, por algún atentado íntimo contra su dignidad de hombre libre, porque este hombre que siempre se había colocado por encima del bien y del mal, este hombre que se

reía de las palabras de sus enemigos era en cambio terriblemente susceptible respecto a todo lo que atañía a su persona en el seno de la familia. Alfredo Roc que le quería como a un viejo amigo y que le comprendía como pocos, decía de él:

—Doriante está castigando a su familia de un delito de lesa majestad.

Poco nos importa lo que se dijera de Baltazar Doriante ni de su pasado. Nos importa el presente. El poeta se iba convirtiendo en un agricultor de primer orden. Trabajaba la tierra con amor como si nunca hubiera hecho otra cosa, ponía toda su imaginación al servicio de la vida práctica y junto con Alfredo Roc y Alberto Duren trazaban los planos del porvenir.

Julio Bances demostró una vez más sus conocimientos de ingeniero agrónomo, no sólo al escojer las tierras que se debían comprar en este segundo viaje sino muy principalmente en la selección de las semillas, de los animales para criaderos, aves domésticas y también indicando las mejores y más prácticas maquinarias agrícolas.

El gran arquitecto francés Le Corbusier, había aceptado con entusiasmo la invitación de Roc de formar parte de la colonia y de venir a trazar en sus tierras la futura ciudad, dejándole campo libre para hacerla a su antojo.

En cuanto a Jaime Oriol, éste después de haber filmado todo lo que quiso filmar, se entregó de lleno a los trabajos elementales de la colonia. Su inteligencia rápida y clara le hacía comprender fácilmente todo aquello que parecía más lejos de sus hábitos y pronto fué una ayuda indispensable para sus compañeros.

La segunda expedición había desembarcado en Loanda en pleno verano. De allí habían partido en dos automó-

viles a ocupar las tierras compradas cerca del mar y construír sus casas, las primeras casas de la colonia que construirían en pocos días pues eran ideadas por el mismo sistema de los chalets desmontables y podían armarse como juguetes de niños sin ninguna dificultad.

Todo había sido bien estudiado y en éste ramo los consejos de Le Corbusier fueron preciosos.

También en este segundo viaje llegaron a Angola diez familias de trabajadores del campo. Seis familias españolas, dos francesas y dos italianas.

Después de la construcción de las habitaciones se hizo el reparto de las tierras y empezaron los trabajos agrícolas.

Tenían sólo dos tractores Ford que pasaban de mano en mano. Todos habían aprendido a manejarlos.

Al cabo de poco tiempo Alfredo Roc regresó solo a Europa a preparar su tercer viaje y la segunda inmigración.

En el tercer viaje partieron sus padres que tenían una gran finca en el sur de España y sus hermanos uno de los cuales tenía una propiedad en Castilla y los otros dos venían desde América después de haber vendido sus haciendas.

Una fuerza subsconciente se había impuesto al optimismo de su familia que al principio hizo poco caso de sus llamados y de sus cartas imperiosamente apocalípticas.

La revuelta situación política en España, los repetidos motines revolucionarios en América, les hicieron sentir toda la fuerza de verdad que había en las palabras proféticas de Roc.

Sus padres partieron con una verdadera tribu de campesinos de su finca. Lo mismo sus hermanos habían elegido lo mejor de sus peonadas americanas para instalarse con ellos en sus nuevas tierras y no cambiar mucho sus costumbres.

Una hermana casada partió con su marido y sus hijos. El marido era médico, así mismo el mayor de sus hijos. El segundo era ingeniero electricista.

Ya pronto tendrían técnicos de todos los oficios en la colonia.

Iban también en esta tercera expedición varios constructores de casas, tres mecánicos y cinco carpinteros. Iba el pintor Juan Rosales y su mujer de cuyo matrimonio Roc había sido padrino. Iba su amigo norte-americano, Jim Mulander, acompañado de su esposa y sus hijos. Iba el poeta y pintor Hans Arp con su mujer y dos amigos suizos. Arp, dotado de un olfato especial para oler los acontecimientos graves, no dudaba un momento de que ya había sonado la hora de abandonar Europa.

Jim Mulander había conseguido que un amigo suyo, el mormon Harry King, partiera desde Estados Unidos con doscientas familias mormonas.

La colonia crecía como por encanto. Unos partían sólo impulsados por el miedo, otros por el placer de crear una nueva civilización en un mundo vírgen, otros por el placer de renovar su vida y salir, pronto fuera de la atmósfera de angustia que reinaba en Europa y América. Muchos solamente atraídos por la aventura. Entre estos debe contarse un joven químico francés recién recibido y un geólogo polaco titulado en Alemania, ambos de un espíritu ardiente, más imaginativos que un poeta.

En este viaje fué cuando Alfredo Roc se presentó en Viena ante el gobierno austriaco para ofrecer sus tierras.

—Tienen Uds. más de trescientos mil desocupados y no saben que hacer con ellos. Yo ofrezco regalarles tierras en Angola. Creo que para Uds. sería una buena solución y sobre todo para ellos.

De allí se fué a Berlín e hizo el mismo ofrecimiento. En todas partes sus proposiciones fueron aceptadas en principio e inmediatamente se ordenó el estudio de los medios más fáciles para transportar a los nuevos emigrantes.

Roc pensaba en su entusiasmo: ¡A cuántas gentes voy a salvar de la muerte y voy a ofrecer una vida mejor, más vasta, más digna! Acaso ellos mismos ahora no lo sospechan y salen de su país de mala gana.

Seguramente los políticos a quienes Roc se había acercado en diferentes países no juzgaban la cosa con su mismo idealismo y sólo veían en su proyecto la manera de deshacerse de miles de desocupados, de conjurar una crisis o alejar el peligro inminente de una revolución.

¡Qué podía importarle la manera de ver de esos hombres si ello venía a servir sus planes!

—En Francia encontrarás poca gente que quiera venir, le había dicho antes de partir Baltazar Doriante. Los franceses salen poco de su país.

—Los franceses salían poco, respondió Roc, las nuevas generaciones viajan con más facilidad y ya verás tú cómo vendrán.

Desde luego en París, Roc había entrado en tratos con los jefes de los emigrados rusos. Hay cerca de cien mil cosacos en París que viven pobremente y muchos de los cuales sólo sueñan con partir a un país que les ofrezca tierras y garantías para el trabajo.

Entretanto en Angola unos se dedicaban a la caza para procurarse los alimentos y a la labranza de los campos, otros trabajaban infatigablemente en la construcción de grandes barracas de madera lo más confortables posible para recibir a los nuevos colonos y que pudieran vivir cómodamente mientras ellos mismos irían construyendo sus casas.

Había en la fiebre de ese trabajar contínuo una alegría

fraternal, un sentimiento tan humano que la labor se les hacía liviana y casi no la sentían.

Todos tenían una mirada luminosa de profetas. Parecía que llevaban el mundo del futuro en sus entrañas.

Cada llegada de barcos con colonos era un día de fiesta. Aquella era la Tierra Prometida y los nuevos y los viejos emigrantes se abrazaban como amigos que se hubieran conocido toda la vida.

Los padres de Alfredo Roc se construyeron un inmenso chalet de tres pisos para vivir allí con todos sus hijos.

La gran comodidad de estos chalets desmontables consiste en que se puede pegar una pieza a la otra hasta el infinito y en que se puede agregar un piso sobre otro, tantos como resistan los materiales empleados y la base del edificio. Y esto en un mínimo de tiempo verdaderamente increíble.

En este tercer viaje Roc permaneció más de un año en Angola.

A mediados de Mayo de 1934 volvió a partir a Europa en busca de nuevos elementos y toda clase de maquinarias para la agricultura, las viñas, la avicultura, la construcción de casas, aserraderos para los bosques, etc., etc. Le acompañaba en este viaje Baltazar Doriante.

De Europa pensaban pasar a los Estados Unidos antes de regresar a Angola.

Alberto Duren había quedado al frente de la colonia. Bances y el padre de Roc dirigían los trabajos agrícolas, sus hermanos los trabajos de ingeniería y construcción.

El secretario de Duren era el gran cazador de la colonia y había logrado tal experiencia en su oficio que en los dos días de caza de la semana, el jueves y el domingo, un pequeño número de cazadores siguiendo sus indicaciones, lograban alimentar de magnífica carne a todo el mundo para el resto de la semana.

Cazaban patos silvestres, perdices, conejos, codornices, cerdos salvajes, liebres, gallinetas selváticas en tal cantidad que parecía imposible, parecía la descripción de un libro de cacerías fantásticas.

Inútil decir que el domingo el número de cazadores aumentaba como por encanto. Y mientras unos iban a la caza otros se dedicaban a la pesca. Los mariscos entre las rocas, los pescados en el mar.

Los árboles frutales traídos de América por los hermanos de Roc aún no producían, pero crecían vertiginosamente. Paltas, chirimoyas, lúcumas de Chile, mangos de Méjico en poco tiempo más darían sus frutos esquisitos. Entretanto tenían los árboles frutales de la región, tenían magníficas naranjas, plátanos, melocotones, limones, manzanas, peras y toda clase de hortalizas.

Habían plantado café y el mejor tabaco de Cuba. Tenían caña de azúcar, cacao, algodón y por encima de todo tenían entusiasmo, confianza en sí mismos, ese placer en el trabajo que sienten los que tienen la conciencia de estar creando algo.

Los colonos de aquella tierra privilegiada formaban ya como una especie de gran familia. Jamás había entre ellos disputas ni peleas. Se ayudaban unos a otros como mejor podían.

Además tenían la ayuda de los negros. Los negros de aquellas regiones son dulces, alegres y pacíficos.

El clima era agradabílisimo, estaban allí lejos del ecuador. No había mosquitos y la mosca tzé-tzé no existía en aquellas tierras. Ningún animal venenoso. ¿Qué más podían querer?

Cuando en Europa preguntaban a Alfredo Roc por los leones y los tigres del Africa, este no podía menos de sonreír.

—Los leones y los tigres huyen del hombre amigos míos, todos esos peligros son fantasías que cuentan en Europa. Yo me he paseado por las selvas de Angola a pié sin más armas que mi bastón y jamás me ha pasado nada. Los tigres y los leones no atacan sino en los circos alemanes.

En este viaje a Europa, Alfredo Roc formó una gran compañía cinematográfica con capitales ingleses, franceses, alemanes y suecos. Estaba decidido a construír un nuevo Hollywood internacional. La ciudad que se iba a fundar con este objeto se llamaría Chaplinia en honor de ese extraordinario Charlie Chaplin que con razón admira el mundo entero.

Al mismo tiempo Baltazar Doriante no perdía sus días en Europa. Desde España mandaba a Angola sesenta familia de pescadores gallegos, nueve familias de aceiteros de Andalucía y otras tantas del sur de Italia. En la Lombardía contrataba especialistas de la seda y del gusano y lo mismo hacía en Lyon.

En cuanto a la producción cinematográfica era evidente que en Angola se podrían producir films más baratos que en ninguna parte del mundo, visto que allí casi no hay impuestos.

El gobierno portugués ha tenido la habilidad de no aplastar con impuestos sus colonias, sino dejarlas desarrollarse libremente.

En el mes de Febrero de ese año habían fundado una escuela de Artes y Oficios y un colegio en la colonia. En el próximo año fundarían una universidad y una biblioteca.

Se llevarían profesores de Portugal y de España y si se podía de Francia y Alemania.

Todo se hacía como por encanto, todo se realizaba con una facilidad de sueño.

De todas partes del mundo partían gentes por su cuenta, buscando un refugio en aquellas benditas tierras de Angola.

Alfredo Roc y Baltazar Doriante debían encontrarse en París después de haber cumplido sus misiones respectivas en diferentes países de Europa. Antes de tres meses ya ambos estaban en París.

Tanto en París como en Berlín muchos amigos se habían ofrecido para ayudarlos en sus trabajos en Europa.

Sucedió entonces una cosa curiosa de la cual hablaron todos los periódicos. Para contarla dejaremos la palabra al diario "El Tricolor" de Paris:

"Desde hace algunos días andan unos cuantos locos repartiendo papelitos por las calles de Paris y en los vagones del Metropolitano. Esto no sería nada si esos papelitos no contuvieran palabras sin sentido o tan absurdas como estas:

"*¿Quiere Ud. salvar su pellejo? ¿No quiere Ud. perecer en la próxima guerra que se prepara? Venda sus muebles y tome el primer vapor para Angola*". Estos papelitos se reparten sin son ni ton, en manos del primero que se presenta y el que los deja caer desaparece como una sombra. ¿Quién habla de guerra en estos tiempos cuando todo peligro de una nueva guerra en Europa ha felizmente desaparecido por muchos años? ¿Quiénes son estos mistificadores? Pues sólo mistificadores o bromistas de un género bien pesado pueden permitirse semejante imbecilidad.

Casi todo lo que contaba ese *Faits Divers* era perfectamente exacto, excepción hecha de aquello de: "estos papelitos se reparten sin son ni ton, en manos del primero que se presenta". Esto era falso. Los papelitos se repartían muy cuidadosamente y sólo se ponían en las manos de personas que por su aspecto presentaban cierto interés.

Los había mandado imprimir Baltazar Doriante y los

repartía con tres amigos suyos, de toda su confianza, no los daba al primero que pasaba sino muy parsimoniosamente. Así un día Doriante iba en el Metró de Montparnasse a la Madeleine y vió frente a él un muchacho de ojos iluminados que iba leyendo "Les Chants de Maldoror" de Lautreamont. Inmediatamente le pareció digno de dejarle caer un papelito sobre el libro y así lo hizo al momento de bajarse en la estación de la Madeleine.

Otro día vió saliendo de un taller de la rue de la Paix a un grupo de costureritas entre las cuales se destacaba una de una belleza sorprendente. Doriante se acercó al grupo y dirigiéndose a la que le interesaba:

—Perdón, señorita, se le ha caído este papel.

La muchacha cogió el papel y se alejó leyéndolo con sus amigas.

Roc se reía de estas actividades de su amigo.

—Es una cosa absurda lo que estás haciendo, Baltazar. Estás perdiendo tu tiempo.

—No pierdo mi tiempo porque no ando buscando a quien darle mis papelitos, los doy cuando me sale al camino alguien que me parece interesante por cualquier motivo y bastaría que una sola persona se decidiera a partir para que no fuera una cosa absurda.

—Comprenderás que nadie se va a decidir a partir porque le pasen un papel en la calle o en el metró.

—Te equivocas hay mucha gente que tiene el deseo subconsciente de irse, una vaga idea de lo que puede pasar, y basta sólo una frase para cristalizar ese deseo y fijar esa idea. Dices que es absurdo, pues te contaré que el otro día dí a un muchacho estudiante uno de estos inútiles papelitos por haberle oído decir en un café del Boulevard Saint Michel unas cuantas cosas inteligentes y ¿sabes lo que hizo?

me alcanzó en la calle y me pidió toda clase de informes para partir a Angola. Parte en veinte días más con sus dos hermanas y su madre. Acaba de recibirse de médico, conoce su oficio perfectamente. Perdió a su padre en la guerra de 1914.

—¿Ya sabes todo eso?

—Me convidó a su casa y me presentó a su familia. Su madre tiene una pequeña casa de modas, cose, borda y teje con dedos de hada. Una de las hermanas recibió este año su título en la Escuela de Farmacia, la otra ha estudiado avicultura en la mejor escuela moderna. ¿Qué te parece?

—Me parece que los poetas conocen razones que la razón no conoce.

—¿Y tú dices eso? Pero piensa que si vamos a analizar con eso que llaman la razón todo lo que tu has hecho, todo lo que tu estás realizando parecería mucho más ilógico que esta historia de los papelitos. Tu eres más poeta que todos los poetas. Y tus predicciones de guerras y revoluciones exterminadoras. ¿Hay algo más absurdo que tus predicciones?

—Dejemos estas cosas. Por el momento debemos pensar en nuestro viaje a Estados Unidos y nuestro regreso a Angola.

De todas las predicciones catastróficas de Alfredo Roc ninguna se había realizado. Muy al contrario, la tensión diplomática aguda que se sintiera entre Francia y Alemania a principios de ese año había pasado. Todo presagiaba un largo período de paz. De cuando en cuando se presentaba una dificultad que era allanada o se procuraba allanar rápidamente y sin conflictos. Lo mismo con Italia y con Rusia las relaciones volvían a un curso normal de completa tranquilidad. Un momento se creyó que ya se iban a

las manos, que ya se iba a encender la nueva guerra. Felizmente después de tomarse el pulso los contendores aplacaron sus iras.

Todos sabían que la próxima guerra sería una guerra atroz, sin cuartel, una guerra de fin de mundo y ante la cual la Gran Guerra sería una pequeña guerra. Era muy grave atreverse a declararla. ¿Quién tomaría sobre sus hombros la responsabilidad?

Ahora sí que la paz era definitiva y todos los conflictos se arreglarían con palabras y lo más amigablemente posible.

Ahora Alfredo Roc no se atrevía a responder con su conocida frase, cada vez que se hablaba de una posible nueva guerra.

—Sí aún estamos en guerra desde 1914. Suponer que la guerra se acabó en Noviembre del año 18, es una estupidez.

Lo que era una estupidez era hacer semejante afirmación. El peligro de una nueva guerra se había alejado de Europa por muchos años, acaso para siempre.

De cuando en cuando salía una voz en Alemania gritando que el pueblo alemán estaba con la soga al cuello, que Alemania se suicidaba si continuaba en su actitud de aceptar viejos tratados, que la situación era imposible y que sólo quedaba resolverla por las armas.

Era la voz de un loco y nadie hacía caso.

Lo mismo cuando Italia se levantaba de mal humor pidiendo la revisión del tratado de Versailles y nuevas tierras para colonizar con su pueblo que desbordaba de la península.

Delirios de un pueblo viejo al cual un dictador ha aplicado el injerto de Voronof.

En realidad los ánimos se calmaban pronto y la Europa parecía volver a dormirse en una especie de sueño beato. La prudencia imponía su silencio. El miedo de otra guerra, de una guerra espantosa apagaba los malos instintos.

Los presagios de Roc sólo podían producir risa en Europa y Roc ya no tocaba este punto, talvez ya no creía él mismo en su vieja obsesión.

Así dos semanas más tarde cuando llegó a Nueva York acompañado por Doriante, le extrañó sobremanera ver que muchas gentes lo tomaban por profeta.

Varios periodistas fueron a entrevistarlo. Uno de ellos decía en su artículo: "El señor Alfredo Roc es el soñador que se ha pasado cuatro años profetizando la próxima guerra y toda clase de catástrofes". Otro le trataba de alienado, visionario, de neurasténico iluminado que quería fundar un país de intelectuales y artistas y pedía lo encerraran en la casa de locos. Otro decía que era un buen comerciante, que había asustado con lúgrubes profecías a unos cuantos centenares de ingenuos para llevarlos a colonizar sus tierras y valorizarlas. No faltaba quien le acordaba un valor real de pioneer, un espíritu creador de primer orden y le llamaba Alfredo Roc el Constructor, agregando que en cuanto a sus profecías de una próxima guerra de exterminio acaso no anduviera muy errado.

Una escritora espiritista declaraba en un periódico que Roc había oído una noche la voz de su abuelo muerto hacía seis años y que le decía: "Alfredo, Alfredo, antes del año 1935 refúgiate en el Africa. Sálvate y salva a los tuyos de la horrible hecatombe".

Con todo esto Roc había pasado a ser un hombre popular en los Estados Unidos. En todas partes se le recibía con interés o con curiosidad.

Lo que a él le interesaba era llegar hasta los grandes magnates de la industria. Llegar al director de la "Ligth and Power" esa compañía que según le habían dicho era capaz de construir ciudades como con una varilla mágica de "Las Mil y una Noches"; llegar hasta Henry Ford, hasta los reyes del acero, del petróleo etc, demostrarles que el mundo capitalista, el mundo de la banca y de las finanzas estaba agrietado por todas partes y se venía abajo, que todo ese mundo ya no tenía raíces, que descansaba sobre una rutina ya muerta en la conciencia de los hombres, que habían nacido valores nuevos, más sólidos, más reales y que ellos parecían ignorarlos o vivir aún en un sueño lejos de la nueva verdad humana.

Su entrevista con Mister Ford fué breve y a cualquiera que no conociera la psicología de Roc le habría parecido insensata.

—Mister Ford, nosotros necesitamos de su ayuda le dijo Roc, necesitamos automóviles, camiones y maquinaria agrícola. No tenemos dinero pero podemos pagarle con tierras. Le daremos diez mil hectáreas en Angola y Ud. nos dará en cambio lo que nosotros necesitamos.

—Y qué voy a hacer yo con diez mil hectáreas en Angola, señor mío, fué la respuesta de Ford. ¿Para qué me sirven a mí esas tierras?

—Piense en lo que puede pasar mañana en el mundo civilizado, piense en que hay una civilización condenada a muerte, piense en que esta muerte puede presentarse con catástrofes horrendas. Tener un pedazo de tierra por allí en un rincón del mundo, lejos de los centros de conmoción, puede ser de cierta utilidad en muchos casos. ¿No lo cree Ud?

—Todo es posible. En fin, señor Roc, estudiaremos

su proposición y pronto recibirá nuestra respuesta. ¿Cuántos automóviles, camiones y tractores necesitan Uds? Dígame esto por escrito y sobre todo dígame si hay la materia prima necesaria en aquellas tierras para construír una pequeña usina, anóteme el clima, las distancias al mar, los medios de comunicación, la cantidad de obreros disponibles y el precio de la mano de obra.

—Mañana tendrá Ud. en sus manos todos estos datos.

—Su proposición será estudiada y ya veremos lo que puede hacerse, si puede hacerse algo.

—En todo caso, mister Ford, dijo Roc levantándose y tendiéndole la mano, no olvide Ud. de marcar en su carnet la fecha de hoy. Acaso un día la recuerde Ud.

Los hombres de negocios y los industriales de esas razas nuevas ofrecen una gran diferencia con sus colegas de Europa. Esta diferencia consiste en que el financista o industrial europeo ve siempre más pequeño, es más tímido, más rutinario, ante cada asunto que se le propone empieza siempre por ver toda clase de dificultades, él mismo se amontona piedras en el camino, mientras el americano es más valiente, ve más grande, salta los inconvenientes o los derrumba a patadas, todo le parece posible o por lo menos digno de estudio.

Comprendida esta diferencia se comprenderá una gran parte del secreto de esos dos mundos.

Henry Ford aceptó la proposición de Roc y una vez discutido y acordado el número de unidades de máquinas de la transacción, se firmaba el contrato.

A los pocos días Roc y Doriante partían de América acompañados de un ingeniero y dos técnicos de la casa Ford que debían elegir las tierras que recibirían y estudiar las posibilidades para levantar una usina.

Así terminó este viaje y por cuarta vez Alfredo Roc volvía a pisar la tierra de Angola.

¡Cómo había crecido la colonia durante su ausencia! Era una pequeña ciudad jardín trazada por Le Corbusier con una ciencia y una gracia incomparables.

Cada casa tenía su jardín de flores, su jardín de legumbres, su huerto de árboles frutales, su gallinero, sus conejeras, sus caballerizas y dependencias para auto u otras maquinarias.

En torno de la ciudad se extendían los campos cerrados, con pastos para el ganado caballar y bovino, los campos de trigo, de cebada, de avena, de maiz.

Habían grandes cuadrados con plantaciones de olivos, almendros, nogales.

En los faldeos se paseaban rebaños de ovejas y de cabras .De cuando en cuando pequeños bosquecillos de eucaliptus, avenidas de álamos, esos maravillosos álamos que son hechos especiales para el viento, que tienen en las tardes una vibración única, un ruido manso de arroyo.

Un poco más lejos, del lado de la bahía, la Compañía Cinematográfica Internacional había ya empezado la construcción de su ciudad, esa Chaplinia que como Hollywood se dedicaría a una sola industria y sería tan famosa en el mundo entero.

Los trabajos de esa nueva ciudad cinematográfica eran dirigidos por el arquitecto alemán Gropius. Esto era ya una garantía para el futuro.

Los mejores técnicos de Alemania, Francia e Inglaterra instalaban inmensos talleres y centrales eléctricas. Todo lo más moderno y lo más perfecto en la materia se encontraría allí. En pocos meses más quedaría terminada una gran fábrica de película virgen y otra de aparatos filmadores.

Era verdaderamente imposible hacer más en menos tiempo.

La colonia poseía entonces más de seiscientas mil hectáreas. Una franja de cien kilómetros a la orilla del mar y luego se extendía hacia el interior, abarcando regiones de diferente altura y por lo tanto diferente clima.

Cerca del mar habían plantado grandes viñas con cepas de tipo Burdeos y otras más pequeñas con plantas traídas de Madera, Jerez y Oporto. Al interior habían plantado cepas de la Borgoña. Los técnicos de las viñas eran todos franceses, españoles y portugueses.

Muchas de esas tierras habían sido compradas por iniciativa personal, por algunos emigrantes que tenían dinero y atraídos por la propaganda de Roc, habían venido a Angola, estableciéndose junto a él.

Habían construído un ancho camino que atravesaba por el medio todas las tierras de la colonia, desde el mar hasta el último límite. A ambos lados del camino había una serie de chalets y puestos de bencina para los automóviles. Todo el camino se extendía entre dos hileras de árboles frutales.

Pronto habría una tal abundancia de productos de todas clases que no sabrían que hacer con ellos.

La colonia crecía a gran tren. Sus riquezas y su población aumentaban en progresión geométrica. Las mujeres, aquellas mismas mujeres que en Europa no querían tener hijos, allí daban a luz que era un contento. Todas querían tener hijos, muchos hijos porque el porvenir no las asustaba. La holgura de la vida era allí una garantía para el porvenir.

Los mormones practicaban su verdadera religión bíblica y tenían varias mujeres como los patriarcas. Lo mismo

algunos grandes señores turcos que no se resignaban con las nuevas ideas de Mustafá Kemal habían ido a establecerse a Angola con sus mujeres y sus harenes.

Todos respetaban las costumbres de los demás y nadie se metía en las vidas ajenas.

Había llegado una colonia de Naturistas y tres grandes colonias de nudistas: dos de Alemania y una de Francia. La fama de esa nueva tierra de la Libertad, sin estatua, pero real atraía a todo el mundo.

Entre tanto seguían apareciendo anuncios en los principales periódicos de Paris, de Berlin, de Londres, de Viena, de Madrid, de Barcelona, de Lisboa, de Milán, ofreciendo tierras para la emigración.

Se daban conferencias sobre Angola en que se hablaba del Paraíso que constituía aquella colonia ya tan próspera y rica.

Pasó una cosa curiosa y fué que muchos emigrantes recién llegados al Brasil y a la Argentina preferían cambiar de rumbo y volvían a embarcarse para Angola, pues ya en esos otros países la lucha por la vida es tan ruda como en Europa, en cambio la colonia de Roc, les presentaba muchas mayores posibilidades y facilidades para todo.

Roc había establecido dos oficinas centrales para la emigración. Una en Paris y otra en Berlin. Su amigo el periodista Charles Dupont tenía a su cargo la oficina de Paris.

Charles Dupont era un hombre activo, serio, de toda confianza y tenía una fé ciega en Roc. Habría partido con él si no hubiera sido porque sus negocios en Francia y su familia se lo impedían por el momento. Sin embargo él sólo pensaba en arreglar su situación para partir. Estaba decidido a hacerlo apenas pudiera.

Alfredo Roc en este su cuarto viaje se quedó en Angola más de un año y seguramente se habría quedado ya definitivamente si no hubiera sido porque los mismos negocios de la colonia le obligaron a embarcarse una vez más para Europa.

En este viaje volvía a Europa con algunos de los primeros expedicionarios. Le acompañaban Alberto Duren, Baltazar Doriante y el mecánico que había llevado en su primer viaje, Pierre Chartier, magnífico chofer, un muchachote rubio, grande, fuerte que iba a Bruselas a buscar su familia.

Acaban de desembarcar en Marsella en donde debían quedarse dos o tres días para arreglar ciertos asuntos de envíos de semillas, animales y máquinas para la colonia. De allí partirían a Paris.

(¡Ah! mi querido Roc, cómo despedazarías estas páginas si las leyeras. Al través de ellas tu obra resulta empequeñecida, resulta de un ridículo, de una ingenuidad sólo comparable a Buda o a Cristo.

Desde aquí oigo tu voz: Maldito autor pretendes escribir con un estilo impersonal y sólo logras aparecer tan banal como el más mediocre periodista).

CAPITULO II

HA HABIDO TRAGEDIAS EN EL CIELO

Aquella misma noche de su llegada a Marsella, Charles Dupont llamó por teléfono desde Paris al Hotel donde sabía paraba siempre Roc. Desgraciadamente Roc y sus amigos habían salido.

Dupont le dejó dicho que lo llamaría al día siguiente a las doce de la noche. Las horas de la noche son las mejores para las comunicaciones telefónicas entre ciudades distantes, porque naturalmente las líneas están más libres que en el día.

Alfredo Roc tenía algunos amigos en Marsella y era esta la curiosidad que despertaba este fantástico y tan real personaje que desde que llegaba a una ciudad sus amigos y aún otros que no eran sus amigos se precipitaban a su encuentro y le vaciaban encima cajones de preguntas sobre su empresa, sobre la vida en Angola, sobre las mil leyendas que se contaban en Europa acerca de la Colonia.

—¿Y qué tal, Roc, cómo va esa colonia?

—Magníficamente. Todo el mundo feliz, nadando en

la abundancia. Nadie quiere volver a Europa, esas gentes piensan en su antigua vida como en una pesadilla.

—¿Supistéis allá que hace quince días tuvimos un grave conflicto con Alemania y que estuvimos al borde de una nueva guerra?

—Sí, lo supimos. Recibimos la noticia por nuestras instalaciones de radio. Y también supimos que algunos días antes hubo un conflicto grave con Rusia y otro con Italia. Todos vienen juntos, se diría que esto se busca de propósito. Me parece que hay algo muy negro que se está incubando en las sombras.

—Cuidado, Roc, no hables de la próxima guerra, ni te muestres pesimista. Ahora hay aquí orden de poner en la frontera a todo extranjero que hable de la guerra.

—La ceguera y la sordera obligatoria. Y ¿qué ganan con eso? Además no son sólo los extranjeros seguramente los que han hablado de la guerra, sino también todos tus compatriotas que no tienen la cabeza para otra cosa que para peinarla. ¿Qué se gana con esos rigores? Nada.

—¿Sabes tú lo que se gana? Dar al mundo impresión de debilidad porque en Alemania no se castiga a nadie por hablar de la guerra ni de probables catástrofes.

—¿Pero todo ya pasó, verdad? Felizmente parece que el peligro de un conflicto grave se ha alejado por el momento, ¿no es así? ¿Y en Alemania qué se dice?

—Hay un silencio mortal, un silencio helado, te diría que es un silencio peor que el ruido de mil cañones.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, pero te juro que preferiría que hubieran seguido las protestas, los reclamos y los insultos en discursos y en periódicos.

—¿La cosa fué verdaderamente tan grave?

—Tanto que se decía que la guerra era inevitable. Un diario de París publicó que Alemania declararía la guerra al día siguiente a las dos de la tarde y que a las cinco volarían sobre Paris quinientos aviones lanzando bombas y despedazando la ciudad.

—Exageraciones de algún exaltado.

—Se decía que los aviones alemanes tal vez se cruzarían en el cielo con los aviones franceses que irían a hacer saltar todo Berlin por el aire.

—Calla. No hablemos más de estas cosas. Siento vergüenza de ser hombre.

—Así es, no vale la pena hacerse mala la sangre. Hablemos de nosotros, de los amigos, de tus empresas. Dime ¿qué es de Arp? ¿Qué hace Arp en Angola?

—Está encantado de la vida, trabaja, escribe, pinta. Su mujer ha decorado el interior de varias casas.

—¿No ha tenido ningún hijo? Porque dicen que la gente allá se pone muy prolífica, que las parteras no descansan.

—Que yo sepa no ha tenido ninguno. Es posible que haya tenido sin que yo lo sepa.

—¿Y Jacques Lipchitz?

—Está allá desde hace poco tiempo, pero ese si ha tenido ya varios hijos de piedra.

—¿Y está contento?

—Todo el mundo allá está contento. Aquello es el Paraíso.

—Vamos, deja de lado tu propaganda.

—No es propaganda, es la verdad. Trabajamos que es una maravilla y también nos divertimos mucho. Todos hemos vuelto a la niñez. Es algo encantador.

—¿Y los negros?

—Estupendos, tienen unas fiestas maravillosas, son alegres, buenos, serviciales. No, no te rías, son buenos, buenísimos, tu no sabes que últimamente se han hecho estudios especiales sobre todas las razas y resulta que los negros son los menos criminales del mundo.

—Están cansados de comerse a los blancos.

—Si ya no hay antropófagos, hombre, esas son fábulas. Yo creo más posible que un misionero se coma a un antropófago que no un antropófago a un misionero.

—Estás enamorado de tus negros.

—Siempre he tenido por ellos una gran simpatía. Son francos y alegres como niños, se ríen como un piano. No tienen nada de esas razas tristes, frías y taciturnas del oriente, esas razas verdosas como piedras de subterráneo. Nosotros estudiamos a nuestros negros y te aseguro que son más interesantes que lo que pueda pensarse.

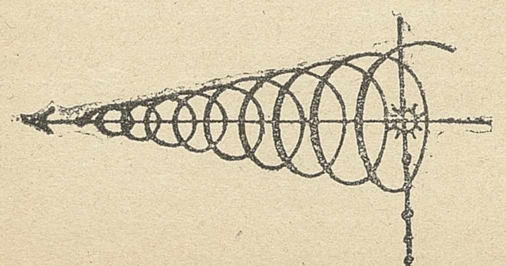
—Aquí también se les ha estudiado y de aquí salió la moda de esta especie de sobre estimación de su arte, de sus danzas, de su música.

—Te aseguro que no es una sobre estimación, hemos estudiado allá en la misma fuente su poesía, sus leyendas, su filosofía, que también la tienen. Son seguramente los restos de una gran raza que debe haber tenido un gran apogeo en siglos remotos. Tienen una concepción del mundo, una cosmogonía que es algo maravilloso. Solamente que está todo perdido, disperso, hay que irlo buscando por aquí y por allá y juntando los pedazos. Lo que te dice el fetichero de una tribu hay que saberlo acordar, ligar con lo que te dice otro de otra tribuna lejana. Pero sin duda alguna esos pueblos tuvieron una profunda ciencia de la vida y como te digo una concepción cosmogónica que se puede deducir de

esos trozos dispersos y que acaso fué mucho más cercana a la verdad que la nuestra.

—¿Una concepción cosmogónica, dices? ¿Estás hablando en serio?

—Y tan en serio. Una concepción cosmogónica maravillosa. Nosotros la estamos estudiando y reconstituyendo otra vez. Escúchame porque vale la pena. ¿Sabes lo que debió haber sido el universo para sus antepasados? ¿Sabes lo que ellos pensaban de los mundos y de nuestro sistema planetario? Te lo voy a contar para que tengas la primicia antes que llegue a Europa una obra estupenda que estamos ya imprimiendo en Angola. Para ellos, es decir para el último de sus sabios, el fetichero Lundocro, todos los astros giran en torno del Sol como para nosotros, con una diferencia y es que ellos creen que giran en una elíptica que se va achicando, que se va cerrando imperceptiblemente, que figuraría como una especie de espiral en el espacio. Así todos los astros de nuestro sistema planetario son atraídos por el Sol y se van acercando al sol en donde caerán un día, como ya han caído muchos otros. El primero en caer será el que está más cerca del Sol actualmente, es decir Mercurio, después caerá Venus, luego la Tierra etc. Te lo explicaré mejor por medio de un gráfico, aunque soy muy mal dibujante:



El Sol va marchando en el espacio en la dirección que

indica la flecha. Va marchando rodeado de su cortejo de astros que al mismo tiempo van girando en torno suyo como caballos de circo.

De tiempo en tiempo, tiempo que puede ser muchos millones de años, el Sol, se traga un planeta. Lo mismo hacen los planetas, de cuando en cuando se tragan un satélite, porque los astros son grandes comedores. La Tierra, por ejemplo, nuestra Tierra, se ha comido ya varias lunas. Esto no es una fantasía puesto que es sabido que existe en muchos pueblos la tradición de una época de la Tierra sin luna. Esta tradición, que se llama *preselenita*, es casi tan común como la tradición diluviana. En el fondo debiera ser la misma pues el diluvio es precisamente ocasionado por las Lunas o sea nuestros satélites que caen en cataratas de agua sobre nuestro planeta.

La Luna es un astro de hielo, una inmensa masa de hielo como los polos, que se va acercando a la Tierra. Cada mil años se acerca un segundo y medio. Cuando la atracción de la Tierra se hace más poderosa la Luna empieza a acercarse más rápidamente, hasta que su masa se deforma, se va alargando, alargando y llega un momento en que forma como un techo o un anillo alrededor de la Tierra, entonces los hielos comienzan a deshacerse y a caer en lluvia sobre nosotros. Ese es el diluvio. Seguramente ha habido varios diluvios y habrá aún por lo menos dos, pues la Tierra después de haberse tragado a nuestra Luna actual atraerá a Marte que será nuestro futuro satélite, nuestra futura luna y que a su vez un día caerá en la Tierra, también en forma de diluvio, porque Marte también es un astro de hielo. Esto te explica el misterio de los famosos canales de Marte que hicieron creer por su regularidad que ese astro era habitado. La regularidad se debe a que el hielo se rom-

pe siempre en líneas precisas, casi rectas y geométricas y por eso los canales de Marte cambian de figura y de sitio.

Estos diluvios producen, como es natural, un trastorno completo en nuestro planeta. Varía el eje de la Tierra, los mares se precipitan de un lado para otro, desaparecen bajo las aguas grandes porciones de tierra, se produce una época glaciaria, la mayoría de los hombres y animales mueren en el cataclismo, así mismo casi toda vejetación y no quedan ni rastros de las civilizaciones y las obras de los hombres. Sólo pequeños grupos de seres humanos por aquí y por allá, en las altas montañas de la Tierra logran escapar con vida.

Principia otra vez la lucha horrenda del hombre con la naturaleza. El hombre ha vuelto a ser un animal de cavernas, acosado por el frío, peleando para nutrirse, buscando un poco de calor. Es en esta lucha contra el frío en donde nace la inteligencia del hombre. En la lucha contra el frío, contra el agua, vuelve a dar sus primeros pasos el ingenio humano.

—De donde resulta que el primer invento del hombre es el paraguas y el gabán, exclamó un irónico periodista.

—Precisamente, el gabán y el paraguas. ¡Qué humor! Doriante respondió por Roc que seguía imperturbable.

—Lentamente, muy lentamente la inteligencia se va desarrollando, desarrollando hasta llegar a crear esas grandes civilizaciones que admiramos, estas civilizaciones extraordinarias que a veces, y es el caso de la nuestra, llegan como resultado a una especie de absurda fiebre de auto destrucción, por auto destrucción se inventan las máquinas y todos los inventos del hombre no tienen otro origen.

—La manía de auto destrucción no es un absurdo, es innata en el hombre. La idea de la muerte domina toda la vida de los seres humanos, es el eje profundo, la última raiz

de nuestra propia esencia. Y esta fiebre de auto destrucción, aunque parezca una paradoja, tiene su origen en el miedo a la muerte.

—Por miedo a la muerte nos precipitamos en la muerte.

—Mientras te oía contarnos tu maravillosa teoría cosmogónica y tus descripciones de los diluvios me vinieron a la memoria cuatro versos del poema Ecuatorial de Vicente Huidobro:

"Alfa Omega
Diluvio Arco-Iris.
Cuántas veces la vida habrá recomenzado
Quién dirá todo lo que en un astro ha pasado".

—El principio del agua y del fuego domina en esta maravillosa cosmogonía. Los astros se dividen en dos clases: Los astros de fuego y los de agua, de agua condensada o sea hielo. Hay un grupo de astros intermediarios, los menos numerosos, que son formados de agua y fuego y miles de metales y materias químicas que acaso son sólo la resultante de la lucha del fuego y el agua. A estos pertenece la Tierra.

Cuando una de esas inmensas masas de hielo cae en el Sol, al contacto de la masa de agua, que se evapora casi toda en gases y del fuego, se producen grandes explosiones. El sol lanza disparos de materias en combustión; esas inmensas masas refundidas saltan del sol como balas al espacio. Si llevan bastante fuerza y van a parar muy lejos esas masas forman nuevos astros, si no, vuelven a caer en el Sol en mil pedazos y desaparecen en él.

—Es decir que el Sol come y digiere como cualquier ser vivo.

Exactamente. Todos los astros comen y digieren como seres vivos.

—¿Y las estrellas dobles? ¿Cómo las explica esa teoría?

—Suponte tú que el Sol se ha comido ya a todos los astros de su sistema, menos a Júpiter y que Júpiter a su vez se ha ido comiendo a todos los que estaban más cerca de su esfera de acción, llegará un momento en que se encontrará solo Jupiter y el Sol haciendo su camino paralelamente en el infinito y acaso ya muy cerca el uno del otro. He aquí las estrellas dobles.

—¿Y dices que la inteligencia del hombre comienza en la lucha contra el frío? Yo creo que la inteligencia empezó por una deformación interna del cerebro, fué una enfermedad cerebral, una epidemia que apareció en una familia especial de monos. En todo caso tu cosmogonía es un poema extraordinario, es algo que abre la cabeza y dilata el pecho. Y cuanto más justa me parece que la teoría de Laplace. Nunca me han convencido esas como nebulosas de gases que se van condensando. En realidad lo natural es que una nebulosa de gas en el espacio se deshaga, se diluya, se disuelva. En todo caso, Roc, la teoría de tus negros es más hermosa y *se non e vero e ben trovatto.*

—¿Por qué no será verdad? Si está bien encontrada es porque puede ser verdadera.

—Eso de dar a los astros una especie de categoría de seres vivos, me gusta. Muchas veces he pensado que nosotros no somos sino microbios en las venas de un gigante. La tierra sería algo así como una gota de sangre o una partícula que se mueve adentro de esas venas. Lo mismo el Sol y todos los astros. ¡Cuántos millones de microbios hay en una gota de sangre o en una gota de agua! Y piensa que para ellos cuando miran hacia otra gota vecina las distancias son inconmensurables, lo mismo que para nosotros cuando miramos hacia los astros del cielo.

—Señores, basta ya de teorías, interrumpió Baltazar Doriante, creo que ya es hora de irse a dormir.

—¿Oyes, Roc, a tu amigo Doriante? Estos poetas siempre son los menos poetas. Ya está bostezando.

—He trabajado duro todo el día. He estado ensayando máquinas, haciendo selecciones de semillas, visitando fábricas.

—Bueno, amigos míos, a dormir y hasta mañana, exclamó Roc. Buenas noches.

—Nos veremos mañana por la noche.

—Un rato corto mañana por la noche, pues a las doce tenemos la comunicación telefónica con Dupont y esto es muy importante.

—Los asuntos de Angola, ante todo.

A la noche siguiente después de la comida Roc, Duren y Doriante estaban en el Café con los amigos miopes, como llamaba Roc a todos sus amigos que no querían moverse de Europa y que podían vivir contentos en el viejo continente.

—Traemos una gran noticia, dijo Roc, instalándose en su asiento. Hemos recibido un cable en el cual se nos anuncia que en tres días más se embarcará para Angola Charlie Chaplin.

—¿Y qué va a hacer allá?

—Hombre lo más lógico del mundo, va a asistir a la inauguración de la ciudad que lleva su nombre, a descubrir él mismo el monumento que se le ha levantado en la plaza central de Chaplinia, a presidir las fiestas de inauguración que empezarán en un mes más y para las cuales nosotros también estaremos allá.

—¿Es verdad, como se dice por aquí, que todas las

calles de vuestra ciudad tienen nombres de artistas de cine?

—En nuestra ciudad nó; en Chaplinia sí. No sólo de artistas de Cine sino también de los grandes inventores a los cuales se debe la cinematografía y de algunos metteurs en scene. Hay una avenida que lleva el nombre de los hermanos Lumiére, hay otra que se llama avenida Douglas Fairbanks, otra que se llama Greta Garbo, otra que lleva el nombre de Buster Keaton, otra el de los hermanos Marx, el de Harry Langdon, el de Clive Brooks, Joan Crawford, Einssestein, Otto Pabst, Marlene Dietrich, etc., etc.

—¿En vuestra ciudad, en esa ilustre ciudad de Nambul, que más bien debiera llamarse en francés Maboul, no es verdad entonces que las calles tienen nombres de artistas?

—En primer lugar en Nambul no hay calles, todas son avenidas. Eso de las calles está bueno para vuestras viejas ciudades apolilladas. Hay una avenida Arthur Rimbaud, una avenida Baudelaire, avenida Góngora, avenida Lautreamont, hay una plaza Shakespeare, una plaza Nietzche, una avenida Dostoievski, una avenida Leonardo de Vinci, otra Stephan Mallarmé, otra avenida Greco.

—Pronto habrán avenidas con los nombres de Pablo Picasso, Guillaume Apollinaire, Georges Bracque, Henry Matisse, André Derain, Juan Gris, Alfred Jarry.

—Naturalmente.

—Y luego vendrán los nombres y las estatuas de los fundadores de la famosa colonia: Alfredo Roc, Baltazar Doriante, Alberto Duren, Julio Bances, Jaime Oriol, Hans Arp, Jacques Lipchitz, Jim Mulander, Harry King, Walter Gropius, Le Corbusier.

—¿Y por qué nó? Me parece muy natural que así sea.

—Una avenida o una plaza, o un parque o un monu-

mento para cada amigo. La ciudad tendrá que crecer según el número de los amigos.

—No os asustéis por eso. La ciudad crecerá más rápidamente que el número de los amigos. Y habrá otras ciudades que nacerán.

—Habrá su avenida para Edgar Varese, para Francis Picabia, para Henry Laurens, para Paul Eluard, para André Breton, para Joan Miró, para Max Ernst, para...

—Sí, hombre, para todo el mundo y para tí también si te callas la boca.

—¿Y los filósofos, los médicos y los sabios, los váis a dejar de lado? ¿Váis a olvidar a Lenin, a Hegel, a Karl Marx, a Einstein, a Trotsky, a Stalin?

—No olvidaremos a nadie, no te preocupes, a nadie que valga la pena. Seguramente has suprimido a muchos que un día tendrán su nombre inscrito en nuestras ciudades. Muchas personas cuyos nombres tu ignoras y que nos han ayudado con su dinero o que nos han regalado maquinarias, criaderos de caballos y animales de raza, que nos han regalado hospitales, laboratorios completos, bibliotecas, colecciones de cuadros de maestros.

—Todos los locos convencidos de que este viejo mundo se acaba y que hay que tratar de salvar algo.

—Todos esos locos, como tú los llamas, son nuestros amigos y son mucho más numerosos de lo que vosotros pensáis. También hay grandes mujeres en nuestra colonia, mujeres que han trabajado con nosotros, que nos han ayudado sin desmayar.

—¿Y qué tendrán su avenida y su estatua?

—Naturalmente. Todos esos creadores, esos *pioneers* son los nuevos santos de nuestro calendario. Lo que sí puedo asegurarte que ninguna calle llevará nombre de corone-

les, de generales, ni de fabricantes de cañones o inventores de gases mortíferos.

—Aquí se ha dicho que muchos de esos pioneers sólo han partido atraídos por la reputación de fabricantes de afrodisíacos milagrosos que tienen los negros de Angola. No os riáis. He leído no hace dos meses en una revista que los negros de Angola poseen afrodisíacos especiales que les permiten conservar facultades de los veinte años hasta más allá de los setenta.

—Eso es en una sola tribu, la tribu de los Luenas, que son los únicos perezosos y que sólo saben bailar. Pasan la vida en fiestas y qué fiestas extraordinarias. Es inimaginable nada más estupendo que esas fiestas de poseídos. Los negros de las otras tribus, los quiocos, los lundas son grandes, fuertes y muy trabajadores.

—Y como trabajan por la comida no hay ni que pagarles. Ustedes están abusando con ellos y creando un país sobre las espaldas de miles de esclavos.

—Nada de esclavos. No digas tonterías. Se les paga como se puede, pero se les paga a todos.

—Los verdaderos esclavos, interrumpió Doriante, están aquí en Europa, sois vosotros.

—Creo que bastaría ver la alegría que reina en Angola, agregó Alberto Duren, la confraternidad que hay entre blancos y negros, para comprender que sólo allí hay verdadera libertad.

—Se trabaja con alegría y con amor porque cada cual está convencido de la obra que realiza, porque todos viven bien y nadie tiene miedo al futuro. Sería bueno que vosotros los incrédulos dieráis una vuelta por allá.

—Se quedarían con la boca abierta, exclamó Duren.

—No volverían más a Europa.

—Entonces no queremos ir, querido Roc, preferimos vivir aquí.

—O morir aquí.

—Aquí no se vive, se muere. Júpiter ciega a los hombres que quiere perder, continuó Doriante.

—Y a los otros los ciega Roc.

—Estos ciegos gozan de buena salud y son los únicos que verán mañana.

—¿Qué hace Rosales? ¿También está construyendo su calle?

—También. Está gordo, contento, tiene dos hijos.

—Parece que allá las que tienen más trabajo son las parteras.

—Tenemos siete parteras.

—Siete parteras jóvenes y bonitas.

—Siete parteras que también pueden parir.

—Naturalmente. Seis tienen hijos y la otra va a tenerlo.

—Magnífico, ¡qué país de porvenir!

—Tenemos varios médicos de primer orden y dos dentistas excelentes.

—Ya se pueden romper los dientes en caso de pelea. ¿No tienen Uds. una academia de box?

—Tenemos muchos buenos puños, mejores que los de la mayoría de vuestros profesionales. No necesitamos boxeadores.

La conversación seguía rodando sobre el tema de Angola, alternativamente en serio o en broma. Roc, impertérrito ante el escepticismo de algunos de sus amigos, parecía hablar sólo para llenar el tiempo que debía transcurrir hasta las doce de la noche, hora en que Dupont lo llamaría por teléfono desde París.

Una de las cosas que más resaltaba en el carácter de Roc era su despreocupación de la opinión pública. Tenía un aire siempre lejano. Parecía estar escuchando constantemente una voz que hablara adentro de su cerebro. Se diría que nada tenía importancia para él sino lo que decía esa voz.

Otra cosa que resaltaba en el carácter de Roc era su amor por lo extraordinario. Los que no comprenden ni saben diferenciar, las gentes superficiales, lo juzgaban un hombre fantástico. Nada más absurdo, nada más lejos de su espíritu.

A menudo solía decir: lo extraordinario es admirable cuando empieza a convertirse en realidad en el cerebro.

Ese primer paso lo estremecía y lo hacía vibrar hasta las últimas fibras. La realización parecía producirle un goce más tranquilo, más ponderado. Debía haber entre ambos la misma diferencia que hay entre el placer sexual y luego el placer de contemplar crecer al hijo. El uno todo extremecimiento y el otro placidez.

Así debía ser porque las concepciones ideológicas parecían producirle un goce físico, un espasmo cerebral.

Todo el grupo de los primeros expedicionarios de Roc participaba de sus sentimientos, estaban igualmente electrizados que él. Un espíritu homogéneo reinaba en todos, una cohesión de equipo los unía y daba a sus impulsos un ritmo unísono. Esta era su gran fuerza. Por mi parte yo creo que esta fuerza de cohesión nacía de un sentimiento semejante: el aburrimiento. Creo que el hastío, el spleen, el asco fué el primer resorte que los movió para lanzarse en esa aventura de colonizadores. Es posible que me equivoque, es posible que en alguno de ellos resurgiera el alma española de aquellos conquistadores de América, de aquellos grandes aventureros del pasado, pero creo que la mayoría se lanzó im-

pulsada por este dilema: o me voy a vivir una vida nueva o me suicido.

Para ellos la expresión *vida nueva,* significaba todo el cansancio, la vergüenza que sentían en continuar viviendo una vida pequeña, mezquina y sometida a los caprichos de cualquier político imbécil o de cualquier militarote inculto.

Recuerdo una vez que se discutía sobre arte haber oído a Roc estas palabras reveladoras: Pensar en la poesía o en el arte en estos momentos en que se está planteando el destino del hombre, me parece una cosa ridícula y sin sentido.

Por eso no me extrañaba ver la movilidad de su expresión, verlo pasar de un gesto displicente a un gesto meditativo y luego a un gesto doloroso, terriblemente angustiado. Se adivinaba la marcha de sus pensamientos al través de su frente.

Seguía todas las bromas de la conversación para llenar el tiempo, pero cuán lejos estaba de sus interlocutores y como se adivinaba una puntilla de desprecio, una cierta compasión hacia ellos, en sus palabras y sus actitudes.

Faltaba justo un cuarto para las doce cuando se despidió de sus amigos y partió al hotel solo con Duren y Doriante. ¿Para qué le interesaban los otros? Allí se quedarían comentando sus actos, su obra, sus palabras. Comentadores al margen, comentadores que como todos los que comentan no tienen tiempo de *hacer actos,* viven al margen.

Los tres sentados en el hall del hotel esperaban el llamado telefónico en silencio, como si un tácito acuerdo les impusiera silencio.

Sonaron las doce. Pasaron las doce cinco, las doce diez, las doce veinte.

—Cuánto tarda en conseguir la comunicación, exclamó de repente Doriante.

Pasadas las doce y media, la señorita del teléfono vino corriendo a llamarles.

—Listo, listo, París lo llama.

Roc seguido de sus dos compañeros se precipitó al aparato.

—Aló, aló, ¿eres tú Dupont? Qué gusto de oír tu voz... Aquí nos tienes, perfectamente... Un viaje excelente... Y tú y tu mujer y tu chico... También un gran abrazo en mi nombre... Y nuestros asuntos... ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo marcha la oficina?... ¿Doscientos emigrantes más? Ya lo creo y mucho más... ¿Partieron ya?... ¿Y los otros cuando parten?... Nosotros estaremos en París en tres días más... Hay mucho qué hacer aquí... Claro está, prepáralo todo, cuanto antes mejor... Pero sobre todo la maquinaria agrícola... Sí, de Burdeos las máquinas de viticultura... Haz hecho bien...

Junto al teléfono Duren y Doriante comprendían, mejor dicho adivinaban, toda la conversación pues estaban al tanto de los asuntos de que podía tratarse y bastaba con las preguntas y las respuestas de Roc para saber lo que hablaban.

—Entonces, será necesario comprar doscientas mil hectáreas más, seguía la voz de Roc... Es tu mujer o tu chico el que habla al lado del teléfono... Dile lo mismo de mi parte y al chico un beso, dile que en Angola tiene muchos compañeritos que lo están esperando y que podrá jugar a sus anchas, que allá no hay departamentos sinó que todo el mundo tiene su casa como cuando va a veranear junto al mar... Ya lo creo, contentísimos... Robusto, alegre, es

otro hombre, cuando le veas no lo vas a conocer... Recorre sus tierras a caballo desde la ocho de la mañana... El nó, él las recorre en su Citroen... ¿Por qué toses? ¿Estás enfermo?... ¿Estás fumando?... No te oigo... Sí, están aquí a mi lado... Aló, aló... No te oigo... ¿Qué te pasa? ¿Quién se quejó? Se oyó como un gemido en el teléfono. ¿Por qué no contestas?... Aló, aló, Dupont, aló... Dupont, Dupont... aló...

—Te han cortado, exclamó Alberto Duren, asi marchan aquí los teléfonos.

—Vuelve a llamar, agregó Doriante irritado, vuelve a llamar aunque no sea sinó para insultar a la telefonista.

—Aló... Aló, repetía la voz de Roc. Aló... Señorita me han cortado. Estoy hablando con París, una conversación de suma importancia... Aló, aló... Aló... Nada, cortaron... ¿Aló, aló, París?... ¿Aló, París?... ¿Cómo dice señorita? ¿París no contesta?... No es posible, señorita... ¿La central tampoco contesta?... qué raro me parece... ¿Cómo se va haber cortado el cable? ¿Y no hay más que un cable?... Me parece muy raro... ¿Será una descompostura en la central?... Muy raro... Gracias, señorita, no vale la pena, llamaré mañana.

Los tres amigos volvieron a sentarse en sus sillones de silencio, pero más silenciosos, más meditativos que antes.

—Esperemos un momento, acaso Dupont vuelva a llamar. Teníamos aún cosas importantes que hablar.

—¿Qué dice? ¿Qué novedades tiene?

—Dice que ha recibido muchas cartas de particulares que quieren partir a Angola y ofrecen sus servicios y sus conocimientos. Uno que se ofrece para fabricar champagne, cognac y toda clase de licores, si le damos mil hectáreas de te-

rreno, otro que ofrece el invento de un faro luminoso para matar mosquitos y toda clase de insectos, un faro dotado de un aspirador potente que no dejaría bicho en cien leguas a la redonda. Es muy interesante. Otro que ofrece un automóvil híbrido, de tierra y agua. También interesante, puede sernos muy útil para atravesar los ríos sin peligro de que se apague el motor. Dice que es increíble la cantidad de gente que quiere partir. Mujeres que sólo piden que se les regale el terreno para irse y establecer criaderos de aves, huertos de fruta y hortalizas o pequeños comercios.

—Empieza a aumentar el número de los creyentes en Angola, dijo sonriendo Alberto Duren.

—O empieza a aumentar el número de los aburridos *del Se prohibe fumar, del Se prohibe escupir, del Se prohibe,* se prohibe, se prohibe... exclamó Doriante.

—Acaso, amigos míos, empieza a aumentar el número de los videntes, de los que huelen un mal porvenir, de los que viven angustiados, de los que sienten que van andando sobre algo no muy sólido.

Roc dejó caer estas palabras de un modo seco, sin énfasis. Nada en él de declamatorio, nada de grandes frases sobre los malos tiempos, sobre el siglo corrompido, sobre la época amoral, sobre este fin de mundo ávido de sensaciones fuertes, este tiempo que se droga, que baila y filosofa, que no cree en nada ni en nadie, que niega a Dios y adora a los dioses. Siglo sin freno, sin escrúpulos, siglo de diletantes y amanerados, de falsos poetas, de falsos artistas, de falsos pensadores. Un siglo que corre al abismo con los ojos vendados, una sociedad decrépita que ya huele a muerto y que disfraza su vacío con contorsiones y trata de cubrir su angustia con libertinajes. Nada de esto en el lenguaje de Roc. Un simple asco del mundo en que había actuado durante

veinte años y una convicción absoluta, sin gritos ni alaridos, de que vienen sobre el mundo días de Apocalipsis, días de confusión y de tragedia en que acaso todo pueda perderse y en tal caso hay que tratar de poner a salvo, por lo menos lo más esencial, de esta civilización condenada a muerte.

Todos los actos de Roc eran una prueba de lo antideclamatorio de su temperamento. Era un hombre de acción sobrio, preciso, decidido, pero no cantaba sus acciones. Nadie le oyó jamás grandes descripciones de su vida en las selvas y las tierras vírgenes, nunca contaba proezas y actos extraordinarios. Desde luego los que lo juzgaban un ser fantástico por haber conocido una pequeña parte de las aventuras de su vida, ¡cómo lo habrían juzgado de conocerlas todas!

—Mira, Roc, mira. Ahí viene uno de tus amigos, ese periodista que estaba en el Café con nosotros. Qué cara de loco trae, exclamó Doriante mirando hacia la puerta.

En el mismo instante, uno de los amigos que Roc dejara en el Café se precipitaba como una tromba en el hall del hotel, gritando:

—Roc, Roc. París... París. Se acabó París. París destruído. Ahora mismo... esta noche. París despedazado, en ruinas. Los aviones...

La voz entrecortada de angustia y horror era más expresiva que cualquier discurso. Los ojos saltados, la aflicción pintada en el rostro, no permitían pensar en una broma pesada.

—¿Qué dices?, gritó Roc. ¿Te has vuelto loco?

—Ojalá. Miles de bombas sobre París. ¿Oyes? Miles de bombas. A esta hora el incendio debe devorarlo todo. No debe haber escapado casi nadie. El gesto de consternación

que se pintaba en el rostro de Roc era su única respuesta y parecía decir *ahora comprendo.*

Doriante y Duren se miraban en una actitud siniestra, como desconcertados por la magnitud de la noticia. Los tres parecían clavados en sus asientos y se veía en sus ojos que aún el cerebro no podía habituarse a semejante monstruosidad. Por mucho que Roc hubiera pensado que esto pudiera pasar, ahora que otro le contaba que había pasado, que acababa de pasar lo que él preveía, ahora le parecía increíble, absurdo, falso, imposible.

—¿Cómo se ha sabido en Marsella?, preguntó Duren. ¿No habrá error, no será una exageración?

—El teléfono de los diarios, contestó el interrogado como disvariando, con la voz ahogada. Varios diarios estaban en comunicación con París y de repente... ¡Ah! Bandidos, gritó el periodista. París no contestaba. Se telefoneó a Orleans, Orleans contestó. De Orleans telefonearon a París, París mudo. De Orleans se llamó a Ruan para que Ruan llamara a París por si era una dificultad en la línea del Sur. París mudo. De pronto de Versalles telefonean a Orleans que acaba de haber un raid sobre París.

—Pero, ¿cómo lo han sabido? ¿por quién lo han sabido?

—Seguramente algún automovilista, algunos escapados. No se sabe nada más. Nada, nada. Ni quienes han sido... Y esto sin declaración de guerra. Bandidos. Miserables.

—Era de preveerlo. Sin declaración de guerra. ¿Es Alemania que ha hecho esto?

—Qué duda cabe. Algunos imbéciles dicen que los italianos, otros que los rusos. ¿Recuerdas lo que te dije ayer? Prefiero los insultos en diarios y discursos que este silencio repentino del otro lado del Rhin.

—¿Y ahora qué se va a hacer? ¿ Yel gobierno? ¿Quién dirige? ¿Quién manda?

—No se sabe nada. Absolutamente nada. Hay que esperar hasta mañana.

—Yo parto inmediatamente a París, exclamó Roc, poniéndose de pié.

—Partimos contigo, ¿verdad Duren? dijo Doriante. Y debemos partir en avión.

—Por cierto en avión, repitió Roc. Pobre Dupont.

—¡Qué, pobre Dupont! gritó el periodista exaltado. ¡Qué nos importa Dupont! Qué le importa a la humanidad, qué le importa a la Historia tu amigo Dupont cuando hay millones de cadáveres, cuando se acaba de cometer un crimen atroz, una ignominia histórica sin igual en la vida de los hombres.

—Tienes razón, amigo mío, pero piensa en todos los Dupont, en todos los amigos Dupont que han muerto esta noche. Comprende mis palabras. Cuántas gentes en todas las cuidades de Francia llorarán mañana a un amigo muerto en París.

La noticia había cundido por la ciudad como llevada por el viento. Todas las calles estaban llenas de gentes, toda Marsella estaba llena de la horrible noticia. Marsella estaba pálida, Marsella estaba roja, Marsella callaba, Marsella vociferaba, Marsella empuñaba las manos de la venganza alzándolas al aire y dos grandes lágrimas rodaban de sus ojos.

Llegó el apocalipsis con un cielo de rayos y de muertes. Llegó la noche de la gran catástrofe. El principio del fin.

CAPITULO III

PARIS

Alfredo Roc, Doriante, Duren y el mecánico Chartier partieron esa misma noche en un avión hacia París.

Aterrizarían en Orleans o en Versalles y de allí seguirían su viaje en automóvil por mayor prudencia. Acaso no los dejaran entrar en París, acaso las autoridades de Versailles habían cerrado los caminos. Pero qué autoridades iba haber en momentos de tal desconcierto, de semejante trastorno.

Lo curioso fué que a ninguno de ellos se le ocurrió pensar qué iban a hacer en París destruído, a qué iban a París cuando ya París no existía. ¿Iban a ver la catástrofe? ¿A contemplar de cerca la hecatombe? No, no era la curiosidad la que les guiaba, era un impulso misterioso, una fuerza extraña que les empujaba, que les atraía. Iban en un vuelo vertiginoso y es que en el fondo tenían una secreta esperanza de poder salvar a alguien, de poder hacer algo. Acaso aún era tiempo y podrían servir de ayuda milagrosa, realizar lo imposible.

A las cuatro y media de la mañana aterrizaban en Versailles y a los diez minutos corrían en un auto hacia París. ¡Qué síntoma más extraño que todo se arreglara con tanta

facilidad! El avión, el auto. No había inconvenientes para nada.

Las caras pálidas, los ojos consternados de las gentes. Aquella voz en el garage que parecía salida de otro mundo:

—¿Quiéren Uds.? ¿Un auto para ir a París? Sí, señores, ahí tienen, elijan, llévense el que quieran.

¿Y el precio? ¡Qué precio! ¿Pero es que va a haber moneda mañana, va a haber dinero? ¿Podremos tan siquiera decir que estaremos vivos? ¿Habrá algo que valga algo cuando la vida del hombre no vale nada?

En el camino de Versalles a París de cuando en cuando cruzaban grupos de gentes, pequeñas procesiones de gentes con valijas y sacos de ropa sobre los hombros. Estos son los que huyen, pensaban Roc y sus amigos. Van huyendo como las pobladas que salían de las ciudades malditas en la Biblia. Iban con un gesto cansado a pesar del pavor de los rostros, parecían moverse como autómatas que obedecen a un instinto supremo de salvar sus vidas y se lanzan sin sentido, sin razonar hacia los campos, hacia los caminos, hacia todo lo que se aleja, esa es la gran palabra, *lo que se aleja* de la hecatombe.

Deben ser habitantes de la banlieue, pensó Roc.

Para qué detenerse y preguntarles algo sobre la tragedia de París. No deben saber nada y si saben, acaso no sepan contestar.

Pocos minutos después de la cinco de la mañana llegaban frente a París.

—Pero. ¿Cómo? ¿París está intacto?, gritó Roc.

—Mira, mira, Roc, las casas, ¿dónde están las casas destruídas?, exclamó a su vez Doriante.

—Era una mentira, una mentira, repetía Duren. No puede ser, ¿qué significa esto? No es posible una broma se-

mejante. ¿Y esos grupos de fugitivos que hemos cruzado en el camino?

—París está intacto, prorrumpió a su vez y lleno de júbilo el mecánico Chartier.

Efectivamente París se alzaba a unos doscientos metros con todas sus casas, con sus luces aún encendidas en las calles.

—La destrucción habrá sido más lejos, será en otros barrios, tal vez sólo en el centro de la ciudad, dijo Roc con una voz más serenada, como si una esperanza hubiera nacido en su espíritu. Entraremos por la puerta de Versalles.

—En todo caso las noticias llegadas a Marsella eran de una exageración evidente, exclamó Doriante.

—Así se vé, fué la respuesta de Duren.

Poco debía durarles está última ilusión. Apenas entraban en París por la puerta de Versalles y tomaban por la calle Vaugirard, cuando vieron dos bultos tendidos en el suelo junto a dos bicicletas. Detuvieron el auto y los cuatro, como movidos por un solo resorte, saltaron a tierra. Eran dos policías muertos, rígidos, como de piedra.

Un poco más allá, junto a la puerta de una casa, un gato echado en el suelo. Lo tocaron. También estaba duro, también parecía de piedra.

—¡Qué cosa más rara, exclamó Roc, han lanzado un gas nuevo, un gas desconocido!

—Que mata petrificando, dijo apenas Alberto Duren.

—Tenía razón, rugió Doriante, No era una exageración.

—No han destruído los edificios, pero han muerto a todo el mundo.

—¡Qué horror! Pensar que en este instante todas esas casas están llenas de muertos.

—Miles de casas llenas de muertos.

—Paris es un enorme cementerio.

—Mira, mira Roc, aquí en las gradas de esta casa, una mujer muerta con una criatura en los brazos. Parece que estuviera viva.

—¡Qué espanto! Y esto puede hacer el hombre,... Vamos, vamos al auto. A casa del pobre Dupont.

Inútil me parecería describir los sentimientos que se agitaban en el espíritu de esos cuatro hombres corriendo solos en un auto en medio de las calles de una ciudad de muertos. Inútil e imposible. Ellos mismos no habrían podido decir lo que sentían. Estaban anonadados, aplastados y sin embargo en el fondo de sus almas sentían de repente como unas redobladas ansias de vida. Ganas de llorar, de gritar, de correr, de saltar, de lanzarse a cabezasos contra los muros. Miles de sentimientos contradictorios se debatían en sus almas.

Charles Dupont vivía en el Boulevard Raspail casi en la esquina de la rue Schoelcher.

Roc, mirando a sus compañeros y adivinando lo que pasaba en sus espíritus, dijo afectuosamente:

—Amigos míos, hay que sobreponerse a los nervios, hay que dominar el corazón. Lo que vamos a ver esta noche es algo que pasa más allá del límite supuesto, es algo repugnantemente extrahumano.

A todo lo largo de la rue Vaugirard, en ambas veredas, iban viendo, de trecho en trecho, cadáveres de hombres y mujeres tendidos en el suelo. En las salidas de las estaciones del Metropolitano los grupos de muertos eran más numerosos. Habían automóviles parados en el medio de la calle con todos sus muertos sentados adentro como si hubieran llegado al término del viaje y el chofer hubiera

detenido su máquina en las puertas de la eternidad. Otros habían perdido el control y subido a las veredas, otros se habían estrellado contra las casas y estaban allí achatados, detenidos por el choque con sus muertos en perfecto estado.

Los cuatro amigos, los únicos vivos entre tanto muerto, al desembocar al boulevard Pasteur y torcer a la derecha, vieron dos enormes grupos de cadáveres amontonados los unos sobre los otros en las gradas de las estaciones del Nor-Sud y del Metropolitano.

Ya no hablaban. ¿Para qué hablar? ¿Es que aún existe la palabra humana? ¿Aún tiene voz el hombre?

Instintivamente apretaban los dientes y los labios. Sentían un gran vacío en la cabeza, un vacío de gruta milenaria al fondo de la tierra, allá lejos perdida.

Ya no pensaban en nada. ¿Habían pensado alguna vez? El pensamiento del hombre también les parecía una cosa lejana, perdida, vacía.

¿Por qué se detenían, allí, allí en el boulevard Raspail esquina de la rue Scholcher? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo hacía que iban andando en ese auto? ¿De dónde venían, en dónde estaban? ¿Qué había pasado en el mundo aquella noche? Es una pesadilla. ¡Curiosa pesadilla! No puede durar mucho rato. Pronto va a sonar el despertador. Y hay que levantarse para ir al colegio. Hace frío, un frío seco, picante. Se siente como un pedazo de hielo en el cerebro. Es una ventana abierta allá arriba, arriba, encima de la Torre Eiffel, una gran ventana que se ha quedado abierta, y entra tanto frío. ¿O será el insomnio? A cualquiera se le ponen los nervios de punta. Una noche entera sin dormir. El sistema nervioso se resiente. Los pobres nervios se ponen como cuerdas de guitarra. Pero ¿por qué estar aquí detenidos? ¿Qué es lo que hay que hacer aquí?

—¡Ah ya! Hemos llegado, amigos, dijo Roc y creyó que no había dicho nada, no oyó sus palabras. La casa de Dupont. A tierra.

—Y ¿cómo vamos a abrir la puerta?

—Pobre Dupont.

—La abriremos a patadas.

—¿Y para qué a patadas? Mira, Roc, la puerta está abierta. Hay una persona tendida en la puerta.

Un señor con un largo gabán impermeable yacía en tierra, en el umbral de la puerta, con un paquete en la mano. Cuidadosamente los amigos retiraron el cadáver y entraron en la casa.

—También estaba duro como una piedra, murmuró el mecánico Chartier.

—Chartier, quédate abajo, no se vaya a cerrar la puerta con el viento, dijo Roc mientras subía las escaleras con Duren y Doriante.

Charles Dupont vivía en el segundo piso. En toda la casa no se sentía el más leve rumor. ¡Y qué rumor podía sentirse en esas casas que eran tumbas!

De dos patadas hicieron saltar la puerta del departamento. Automáticamente, por una costumbre irreflexiva Doriante había apretado antes el botón de la campanilla. ¡Qué absurdo! La campanilla sonó al fondo de la casa. ¡Qué absurdo! Llamando a los muertos, esa campanilla macabra, sin eco en el oído de sus dueños.

La puerta abierta con la chapa rota, parecía decirles: pasen Uds., pasen, señores violadores de tumbas. Y sin embargo ninguno de los tres se atrevía a dar un paso. Estaban allí, de pié ante la puerta, como si estuvieran clavados en el suelo, con el corazón en suspenso. Acaso puede sentirse un ruido, acaso el amigo, por ser amigo de ellos, ha es-

capado a la muerte, acaso va a salir a recibirles, acaso va a gritar desde su pieza: entren, entren Uds., vengan a darme un abrazo.

Los tres estaban allí convertidos en estatuas, también petrificados; pero esas tres estatuas sentían unos golpes de martillo en el corazón, sentían unos como pinchazos en la cabeza. Sería tal vez el escultor que estaba dando los últimos retoques a su obra.

De repente los tres se miraron. ¿Quién iba a pasar primero? ¿Por qué estamos aquí de pié, sin movernos? Pensó Roc, y entonces comprendió que no se movían porque en el fondo cada cual quería retardar la hora de la visión del amigo muerto, el momento de encontrarse frente al cuadro que presentían allí cerca de ellos a unos cuantos pasos.

Adentro del departamento se veían las luces encendidas en dos piezas. Roc inclinó la cabeza como abrumado y tomando una resolución:

—Valor, amigos, aquí nadie ha escapado y lo que vamos a ver es triste para nosotros, pues se trata de nuestro amigo, de nuestro hermano.

Una de las piezas iluminadas era el dormitorio de Dupont. El cuadro no podía ser mas lúgubre. Dupont estaba tendido en el suelo envuelto en una larga bata de lana con el fono del teléfono en una mano crispada, mientras con la otra parecía arañar el suelo. Un gesto de angustia en la cara y el cuerpo en una contorsión dolorosa. Su mujer acostada dentro de la cama parecía dormir plácidamente, apenas una mueca imperceptible en los labios daba idea de un momento de dolor. En cambio el niño, junto a ellos, en su camita tenía los ojos como desorbitados y la lengua mordida entre los dientes.

Roc, Doriante y Duren sentían una mano de hierro que les estrujaba el corazón.

Pobre Dupont, el buen amigo Dupont, el camarada de tantos años. En silencio los tres amigos cogieron el cadáver y lo colocaron sobre la cama junto al cuerpo de su mujer. Roc parecía adivinar en los labios del muerto las frases que ya iba a decirle en el teléfono, los últimos pensamientos del amigo, dirigidos a él y cortados por la muerte.

¡Pobre Dupont! ¿Qué culpa tenía él para morir así? Y esa criatura, ese pobre niño, y esa mujer, esa hermosa mujer, ¿qué habían hecho para merecer la muerte? ¡Ah qué infamia! ¡Qué crimen asqueroso! ¿Por qué razón habían de morir tantos inocentes, tantos seres inofensivos, dulces, tranquilos?

—¡Ah! Si hubiera venido con nosotros a Angola, murmuró apenas Roc.

—Vamos, vamos, Roc, salgamos de aquí. No hay nada que hacer.

—Ni siquiera podremos prestarles los últimos servicios. ¿Cómo vamos a enterrarlos? Habrá que esperar quien sabe cuantos días.

—Un ejército de enterradores... si es que la situación se normaliza. ¡Qué horror!

Roc besó la frente de su amigo muerto y junto con sus amigos, salió escapado como si quisiera huir de esa visión, como si sintiera que el horrible cuadro iba a perseguirlo por todas partes.

En la calle, el mecánico Chartier, los esperaba en el volante del auto.

—Nadie, dijo, no se ve un ser vivo. No hay un alma en París. Es raro que no haya venido nadie de los pueblos vecinos.

—Tendrán miedo a los gases, respondió Duren, pensarán que puedan quedar flotando gases invisibles en la ciudad.

Por la primera vez se les ocurrió pensar en esto. ¿Y ellos qué estaban haciendo allí en medio de París? Arrastrados por un impulso loco se habían lanzado en un vuelo hacia la ciudad que creían destruída y ni un momento se les había ocurrido pensar que ellos también podían ser víctimas de los gases que a veces quedan horas y días contaminando el aire, arrastrándose por el suelo, en donde caen y en doscientos o trescientos metros a la redonda.

—Nos hemos escapado milagrosamente, exclamó Doriante, debe ser un gas de efecto fulminante y que se evapora rápidamente.

—Seguramente se trata de un gas nuevo. Figuráos si hubieran sido bombas de *yperite*, ya estaríamos todos contaminados.

—O de *phosgene* que hace estallar los pulmones y se muere en medio de dolores atroces.

—Basta, basta, amigos míos. Chartier, vamos hacia Montmartre y hacia el otro extremo de Paris. Es posible que allí hayan caído menos bombas y alguien haya escapado: Acaso encontremos heridos, acaso podamos salvar a alguien.

—Estos gases no hacen heridos, Roc, estos gases no perdonan a nadie.

—Nada se pierde con ver. Vamos lentamente y miremos bien, si algún bulto se mueve, si se ve algún animal vivo, allí nos detendremos.

El automóvil se deslizaba sin ruido y era difícil la marcha pues no sólo había cadáveres en las veredas sinó también, de cuando en cuando, se encontraban cuerpos hu-

manos en medio de la calle y tenían que ir haciendo quites a derecha e izquierda.

Bajaban por el boulevard Raspail. Los cafés de Montparnasse se veían iluminados. Al cruzar frente al boulevard Edgar Quinet una gran luna blanca les salió al encuentro, una luna en el cielo sobre el cementerio, una luna semejante al canto de los ruiseñores.

Los cafés se veían llenos de gente, cadáveres en actitudes las más diversas y a veces tan ridículas que harían reír si no hicieran llorar.

Un viento frío, un viento de amanecer, se levantó en el aire haciendo crujir los árboles muertos, las hojas muertas.

El café del Dome iluminado a giorno mostraba las escenas más absurdas y macabras. Los habitués sentados en sus banquetas, afirmados los unos en los otros parecían seguir en secreto una conversación interminable.

En una mesa varios pintores conocidos y una desconocida oxigenada formaban un grupo de piedra estupefacta de su súbito silencio. Un poco más allá, un señor corpulento, dormía echado sobre su mesa. En el suelo un mozo tendido con una botella de Cognac rota en la mano. Vasos, pedazos de vasos y platillos rotos diseminados por todas partes.

Esto es lo que los cuatro amigos vieron desde la calle. ¿Con qué objeto bajarse del auto? ¿Qué iban a hacer allí?

Al frente, el café de la Rotonde presentaba un espectáculo semejante y seguramente todos los otros cafés y los dancing y los bares...

—En este barrio, por lo menos, no ha quedado una rata con vida.

Siguieron por el boulevard Raspail hacia el boulevad Saint Germain y hacia la plaza de la Concorde. Iban si-

lenciosos con la cabeza gacha. Todo el peso del cielo se les había caído encima.

Roc sentía como una pulsación violenta en el cerebro afiebrado. Pensaba y las ideas y las visiones saltaban en su cabeza como en una horrible pesadilla.

"Soy yo Roc o no soy yo Roc. ¿Es verdad que me fuí con un grupo de amigos al Africa y que hace sólo tres días he vuelto a Europa? ¿Y esto es Europa? ¿He salido alguna vez de Europa? Y si me encontrara de repente con el cadáver de Roc, tendido en el suelo. Notre Dame des Champs. Nadie en la plazuela, ni un alma. Un paraguas roto solo en el suelo, solo en medio del silencio. ¿Y si esto fuera la muerte? ¿Y si yo estoy muerto? Esto podría perfectamente ser mi entierro. Han descubierto un gas nuevo. Han asesinado una ciudad entera como antes se asesinaba a un hombre solo. Han asesinado a Paris, sin declaración de guerra. Es una infamia. Es una cosa abyecta. La historia no perdonará jamás. ¿Pero cuándo se ha declarado la guerra para asesinar individualmente? Entonces ¿por qué para asesinar colectivamente? En el fondo es lo mismo. Los asesinos son asesinos. *Au Bon Marché choix, elegance, cualité.* Los asesinados son asesinados. Las víctimas son víctimas. Un gato muerto frente a esa puerta. En el tercer piso hay una ventana iluminada, un muerto iluminado, un muerto leyendo. *Francais achetez des produits francais.* Varios muertos leyendo, otros pintando. Miles de muertos leyendo, otros en los brazos de sus mujeres, otros pintando. Muertos, muertos, muertos. Picasso en la rue de la Boetie en el cuarto piso, muerto. Tanto que le dije que se comprara tierras en Angola. No creía. Todos son escépticos. La muerte pesca a sus presas de antemano. Y no los suelta. Les venda los ojos, les cubre los oídos. Picasso te cambiamos dos mil hectáreas de tierra en Angola por unos cuantos cuadros para nuestro museo. *Couté,* aquí compré una

vez unas coquilles Saint Jacques. En Angola tendremos coquilles Saint Jacques, tendremos buenos cocineros francēces y de otros países, de todos los países. *Marie Kummer danse rytme plastique culture phisique.* Muertos, muertos, muertos. Y Georges Bracque ¿En donde estará Georges Bracque? Se habrá escapado de la muerte. ¿Y Matisse. Henry Matisse y André Derain? Un autobús parado al medio de la calle, con todos sus muertos adentro como una pecera... los peces petrificados. Tantos cadáveres en las veredas, tantos autos muertos. Cómo resonarán los pasos en una ciudad de muertos. *Casino de París demain Mistinguett.* La Cámara de Diputados. Palabras, palabras, palabras. El templo de la saliva. Nacionalistas, socialistas, radicales, comunistas, liberales, Poincaré, Caillaux, Blum, Herriot, Tardieu, Leon Daudet, muertos, muertos. Todos convertidos en estatuas de piedra. Ya tienen su propio monumento. No falta sino un pequeño pedestal y la inscripción. El Sena. Sigue corriendo, inocente, no sabe lo que ha pasado. Corre, corre de puente en puente. No sabe que han asesinado a su Paris. Una peniche viene como sonámbula a la deriva. La Concorde. El viento. El viento de la mañana es bueno para la salud. Aquí me salió al encuentro una vez, aquí fué, me acuerdo, aquí fué, era hermosa y tenía unos ojos inmensos de antracita, uno de esos seres de Paris, uno de esos seres que salen de la noche y vuelven a perderse en la noche, uno de esos seres que registran con mano cautelosa los bolsillos de la noche, registran, registran y a veces detrás de la mano que se hunde se hunden ellos enteros en uno de esos bolsillos de sombra. Si fuera escritor escribiría sobre estas cosas y sobre esta horrible impresión. *Vous avez du feu pendant six mois avec la Salamandre, se mefier de contrefacons.* Calles, calles. Una ciudad muerta tiene más calles

que una ciudad viva. El viento pesca un diario en el suelo y se pone a jugar con él, luego lo levanta hasta la altura de los ojos y se lo lleva, se lo lleva, se aleja leyendo en silencio. Calles, calles, calles de muertos. Muertos. muertos, calles y más calles, muertos y más muertos. Tantos muertos y tantas calles. Calles viejas, calles jóvenes. Nunca hubo una ciudad con calles más vivas, con más vida en sus calles, las calles de Paris eran seres vivos, todas tenían personalidad, sangre y huesos, carne y nervios... Calles humanas, calles desfachatadas, calles honradas, calles con los labios pintados y los ojos encendidos, calles de cabellos blanco, calles midinettes, calles señor banquero, calles madame la marquise, calles bailando al son de la Java, calles llorando al ritmo de La Petite Lily, calles de guante blanco, calles de manos encallecidas, calles que roban el reloj, calles que asesinan, calles que dan un beso, calles que rien en la mañana como una pajarera, calles que suspiran en la tarde como un cipres de cementerio, calles envueltas en pieles de armiño, calles que tiemblan de frío bajo un farol, calles que arrastran su cola de encaje, calles con los zapatos rotos y los pies sucios, calles que hablan todo el día, calles que hablan toda la noche, calles que hablan día y noche, calles en silencio desde hace cien años, calles que acaban de nacer, calles que están al borde del sepulcro, calles que viven soñando y meditando, calles que no tienen tiempo para pensar en nada, calles de malas costumbres, calles hambrientas, flacas, pálidas, calles rozagantes, calles olientes a vino que se alejan tambaleándose, calles desocupadas que callejean todo el día mirando con la boca abierta, calles vagabundas, calles que se acuestan temprano y roncan como un bendito, calles que se acuestan tarde y nunca apagan la vela, calles valientes, calles enigmáticas, calles miedosas, calles llenas de experiencia a las cuales no se engaña así no más, calles graciosas llenas de

chispa y de ingenio, calles lentas, calles sesudas llenas de espíritu científico, calles matemáticas . Era un ser vivo. Paris. Sin duda alguna era un ser vivo. ¿Qué ciudad ha tenido más carácter en el sentido de un carácter más completo? Otras ciudades han sido tristes o alegres, románticas o clásicas, cálidas o frías, secas o bizarras. Paris era todo, todo a la vez. Un ser vivo. Maravilloso genio lleno de novelas. de cuentos, de tragedias, de comedias, de poemas, de cuadros, de esculturas, de música. Calles que son el corazón, calles que son la cabeza, calles que son brazos, calles que son senos, calles que son ojos, calles que son vientre, calles que son sexo, calles que son piernas, calles que son boca, calles que son ano, calles que saltan con una pelota de goma y se suenan las narices llenas de mocos. Paris, única ciudad en donde aún vivía la aventura, en donde uno podía encontrarse un fantasma que le pidiera fuego para el cigarrillo antes que sonaran las doce campanadas fatales y se terminara su permiso para pasear en la tierra, única ciudad en donde uno podía ver a la novia muerta bajarse de un tranvía y perderse en la multitud con una sonrisa en los labios, en donde se hace el amor con una mujer que se suicida dos horas después, en donde se discute sobre arte con un señor que va a asesinar a su rey. Ciudad que tiene catadores que la beben a pequeños sorbos, lentamente y la paladean, la paladean como el más delicioso de los vinos. Allí lloró Eloísa, allí castraron a Abelardo, por ese balcón trepaba Henry IV, en ese banco se sentó el Dante, por esa ventana se asomó Catalina de Medicis y hubo miles de protestantes que murieron, esas campanas, allí arriba, esas campanas de Saint Germain l'Auxerrois dieron la señal de la matanza, allí vivió Victor Hugo, allí murió Lautreamont, allí Lenin tomaba el café y jugaba al ajedrez ,por esta calle pasó Napo-

león de vuelta de Austerlitz, en esa pequeña placita hay un *bistró* que tiene los mejores vinos de la Bourgogne y un Calvados digno de Júpiter, en aquella buhardilla del séptimo vive una chica preciosa, maravillosa y el séptimo piso se ha convertido en el séptimo cielo. *Le Thermógene bien appliqué sur la peau engendre la chaleur. Gloria le lait parfait.* ¿Por qué esa chica tan hermosa no se vendría a Angola con nosotros? Ahora estaría viva. Quién se lo iba a decir. Por qué no se le ocurriría. Había que decírselo, era un deber decírselo, acaso se hubiera venido, acaso la idea le hubiera encantado. Allá se habría casado, tendría hijos, viviría en la abundancia, en un país nuevo, en un país recién nacido, en un país que se está formando. Muerta, muerta. Estaría viva, alegre, sana, feliz y pondría su cara hermosa en nuestras calles y nos alegraría el alma a todos. Muerta, muertos, todos muertos. La Biblioteca Nacional. Tantos libros que se van a perder, porque esto no es nada. La guerra sólo ha comenzado ahora y después vendrán las revueltas, las revoluciones, los fusilamientos en las calles. Durante cuanto tiempo reinará la confusión, la fiebre de destrucción, el poder pasará a un partido y al día siguiente al partido enemigo. A la derecha, a la izquierda, a la izquierda, a la derecha. Vaya Ud., a saber. Puede ser el fin de la civilización, la destrucción y la muerte universal. Había que haber salvado muchos manuscritos raros, únicos, muchos libros perdidos. Si yo hubiera sido Rockefeller desde hace cuatro años tendría cien escribientes trabajando todo el día en copiarme tanta obra preciosa. Nos faltó el dinero, sin embargo salvaremos muchos libros. Nuestra biblioteca de Angola es rica en obras esenciales. El pensamiento humano no se perderá y ya tenemos un par de ejemplares de cada máquina inventada por el hombre. En realidad hemos

hecho mucho, no se podía hacer más en menos tiempo, una labor de titanes. Somos titanes, seremos titanes en la Historia. *Gervais fromages frais pure creme. Clos du Postillon.* Un vino malo, bastante malo, el blanco talvez un poco mejor que el tinto. *La Kabiline.* Otra vez los bulevares, luces se alumbran, se apagan, corren, saltan. Esos afiches que salen disparados al cielo y se pierden en la eternidad. La Torre Eiffel hace cascadas luminosas con Citroen. CITROEN. Debe haberse muerto, seguramente está muerto. Les Galeries Lafayette. Le Printemps. Debían haber puesto una sucursal en Angola. Ya es tarde. Muertos, muertos. La Trinité, la rue Pigalle, el Bal Tabarin, el Moulin Rouge. Muertos, muertos. Calles, plazas, avenidas llenas de muertos. Rue Víctor Massé, boulevard Rochechuart. Cuando yo llegué a Paris, hace veinte años, allí estaba la primera boutique con cuadros cubistas. Picasso, Bracque, Gris, Leger, Metzinger, Gleizes, Marcoussis. Había otros que no eran cubistas Delaunay, Chagall, Derain, Chirico, Laurencin, Kisling, Fetiches negros. Después hubo escultores, Brancusi, Lipchitz, Laurens. Apollinaire, con la cabeza pesada de poemas, entraba a la boutique y hablaba, hablaba, discutía, discutía. L'Ami Felix. Le Pére Sagot. Max Jacob. André Salmón, Maurice Raynal. La guerra, la gran guerra. Pronto será la pequeña guerra. Amigos, buenos amigos. ¿En donde estarán ahora? ¿Cuántos habrán escapado a la hecatombe? Es algo horrendo, feroz. Y sin declarar la guerra. Había que preverlo. Yo lo pensé muchas veces esto podía pasar. Claro está, podía pasar. Y pasó. Muertos, muertos. Pobre Picasso; en los últimos años era una moda atacarlo, atacar a Picasso era algo casi obligatorio, monsieur Picasso representa el espíritu malabarista, se habla de su eterna juventud y en realidad su obra es una ma-

nifestación de cansancio y de senilidad, es el gran producto de una época amoral, ligera y ávida de sensaciones violentas, en esta época libre, sin freno, sin escrúpulos, un pintor como Picasso libre, sin freno, sin escrúpulo tenía que ser su pintor, el hombre fuerte avanza lentamente y prudentemente. (Como Napoleón ¿verdad?) Picasso un síntoma del genio fin de siglo siempre viviente y actual, del satanismo y del no-conformismo, Picasso el imitador, Picasso el plagiario, pobre Picasso, Picasso no es un pintor. Alto ahí, señor crítico, justamente por eso nos interesa, porque Picasso es más que un pintor, es un hombre, es un monstruo y justamente por eso nuestro siglo no es ese estropajo despreciable que Ud. quiere pintarnos, es un gran siglo, una gran época porque es el siglo que ha descubierto al hombre, que se ha hundido en el fondo de las aguas y del barro y ha ido a pescar al hombre, lo que nos interesa es el hombre, no el poeta ni el artista, Gran siglo es este siglo en el cual unos cuantos genios han lanzado al hombre sobre el tapete del mundo como un pez palpitante y desnudo. Picasso es el primer pintor que es más que un pintor, como mi amigo Vicente Huidobro, es el primer poeta, que es algo más que un poeta. Recuerdo una frase suya que es todo un bello principio: "El hombre es el hombre y yo soy su profeta". Nosotros no tenemos en Angola ningún cuadro de Picasso. Es lástima. Ahora sería fácil. Podríamos ir a su casa, subir, abrir las puertas y sacar todo los que quisiéramos ¿quién iba a decirnos nada? En esta ciudad sin nadie, sin un alma podríamos robar todo lo que quisiéramos, romper vitrinas, hacer saltar puertas, nadie nos vería y en el fondo no haríamos sino ejecutar primero lo que otros harán mañana. Mañana el saqueo ¿cómo van a evitar el saqueo? Vendrán como cuervos de todos los pueblos vecinos, de los campos. No enterrarán a los muertos. ¿Enterrarán a los muertos? ¡Quién va a enterrar a los muertos! Se pudrirán en su

sitio. Pero si están petrificados no se podrirán. Robar para nosotros, robar lo que pudiéramos necesitar en nuestra colonia no es una falta y mucho menos en estas circunstancias, es casi un deber, es salvar cosas del desastre total, es dar utilidad a cosas que aquí van a perder toda utilidad. No ha faltado quien haya dicho que la humanidad se destruirá a sí misma antes de su fin natural. Me comería un sandwich de Paté de Foie, del verdadero de Strasburgo y luego beber un vaso de vino del Rhin. Debemos conseguirnos una o dos familias alsacianas que tengan la tradición de la cría de gansos y de la fabricación del paté. Que lleven a Angola esa magnífica tradición y que se arraigue allá. Con lo que me gusta a mi el paté de foie verdadero. Tenemos cepas especiales para el vino del Rhin. El hombre es un monstruo de la naturaleza, mejor dicho, es una monstruosidad de la naturaleza, el hombre presiente y siente su posición monstruosa en medio del mundo y trata de evadirse de ella pero trata de evadirse por la inteligencia cuando es precisamente la inteligencia la que le confiere esa posición falsa; en su afán de evadirse empieza a trabajar con el cerebro, empieza a crear, empieza a singularizarse, es decir, a hacerse cada vez más monstruoso; de este conflicto, de esta contradicción nace la angustia del monstruo, y nosotros en vez de gritar muera la inteligencia, aplaudimos entusiastas los resultados de esta monstruosidad; el verdadero profeta de un porvenir más feliz sería aquel que lograra destruír la inteligencia, que hiciera desaparecer la situación de monstruo que el hombre ocupa en la naturaleza y lo colocara en un estado más o menos termítico, y cómo nos revelaríamos todos contra semejante hombre cómo lapidaríamos a semejante profeta; estamos habituados al pensamiento, estamos envanecidos por la inteligencia y ya no podemos concebir una

vida sin ella; hemos hecho hasta una voluptuosidad de las torturas del pensamiento, y acaso como decía el otro día mi grande amigo Doriante la inteligencia en su origen haya sido sólo una enfermedad del cerebro, una epidemia en una familia especial de orangutanes; a esa epidemia debemos todo el dolor de la vida, el desequilibrio constante de nuestra vida y ella ha sido sin duda la enfermedad más grave que ha sufrido el ser humano. Toda creación del hombre teniendo como punto de partida una monstruosidad, aquellas que aparecen como más monstruosas son las más lógicas. Creo que tengo fiebre, debo tener un poco de fiebre. Muertos, muertos. Quien les habría dicho ayer que hoy iban a estar todos muertos. Gasten su dinero, beban los mejores vinos, los mejores licores, el mejor champagne, coman los guisos más caros y más esquisitos, regálense en todo, no se priven de nada, mañana será tarde, mañana es la muerte, la miseria, el hambre, el frío, la cárcel, la peste, la muerte, la muerte. El hombre se mata por miedo a la muerte. El sexo y la muerte he ahí los dos resortes que mueven toda la maquinaria humana, Paramount. En Angola haremos magníficos films. Metro Goldwin Mayer. Se trabaja por miedo a la muerte, por miedo al vacío. El reflejo del sexo es menos imperioso en la vida del hombre que el de la muerte. Los grandes místicos del tipo de San Juan de la Cruz reunían los dos, eran los sexuales de la muerte como Gilles de Raiz que es en el fondo de la misma familia. Esta nueva guerra sin clarines ni banderas, sin héroes ni galones, esta guerra que no perdona a nadie, esta guerra anónima aunque sea más horrenda que las otras es más justa. Sin duda alguna esta guerra es más justa que las otras. Ahora cae lo mismo el que fabrica las armas que el que las lleva, el que declara la guerra y se queda en su casa que el que no la declara y lo

obligan a partir frente al enemigo. Lo mismo el poderoso que el obrero. Ante la *yperite* todos son iguales, la *yperite* ha establecido la igualdad en el mundo y los hombres sabrán aprovecharse. Que me fusilen, yo no partiré a otra guerra, decía mi amigo Latour. Ya está muerto, se libró del fusilamiento. Destruír es muy fácil, lo difícil es construír. ¡Qué disparate! La verdad es que es más fácil construír que destruír; trata de destruír en el hombre la idea de patria, de religión, de familia, trata de destruír cualquiera idea, cualquiera costumbre y verás si hay algo más difícil. Hace años nos divertíamos con un amigo en inventar cosas y echarlas a correr; al cabo de un tiempo volvían a nosotros, alguién nos contaba nuestra propia invención, a veces la leíamos en los periódicos y en vano podíamos afirmar que era una mentira, nadie nos creía, al último nosotros mismos llegamos a dudar; aquella broma había cobrado tal fuerza de verdad, con el tiempo se había legitimado al pasar por tantos labios y tantos oídos que llegaba a imponerse hasta a nosotros mismos. Ahí tenéis la leyenda de Cristóbal Colón, genovés o italiano; todo el mundo sabe que ese es un error histórico, todo prueba que Colón jamás ha sido italiano y, sin embargo, nadie se atreve a romper esa leyenda y esa tradición absurda, sin ninguna base seria, durará aún muchos años. Paramount. Comparar la vida con un teatro es una tontería, una cosa vieja. El teatro debiera ser más interesante que la vida. No, la vida debiera ser más interesante que el teatro. Además, todo lo que se le ocurre al hombre es una tontería. Desde el momento que una cosa nace en el cerebro del hombre es porque es una tontería. El hombre es un animal ridículo y estúpido. Teatros, teatros. Pase Ud. al control. Nada más absurdo que ese tribunal de cretinos que había en todos los teatros de París y que a uno lo colocaban donde les daba la

gana. En ninguna parte del mundo existe una cosa tan imbécil. Es como comprar una mercadería a ciegas. ¿Por qué? Yo compro el asiento que me dá la gana, no el que le dá la gana a un cretino cualquiera a quien no conozco y quien no me conoce. Hace tres años, hace más de tres años estaba en un teatro en donde trabajaban Saint Granier y Boucot; un señor a mi lado exclama en voz alta: parece mentira que en una ciudad como París puedan tener éxito dos imbéciles semejantes, nunca he visto dos infelices iguales, dos cómicos con menos gracia. Otro señor le contesta encolerizado: Ud. no comprende el esprit francés, seguramente Ud. es extranjero. Nó, señor, soy francés pero he viajado por el mundo y me dá vergüenza que semejantes animales puedan tener éxito en mi tierra. Además el hecho de ser francés o de no ser francés no significa nada. No es una gloria ser francés. ¿Por qué creer que la nacionalidad constituye un honor o una deshonra? Un honor, tal vez a causa de la Legión de Honor. La Legión de Honor no significa el honor de la legión. Recuerdo en una fiesta nacional, tendría yo quince años, unos señores gritando desaforados: Viva España, viva España. Yo me planté delante y grité a mi vez: Viva España hasta cierto punto. Dos señores me miraron con ojos de furor, otros soltaron la risa. El patriotismo es una cosa bien curiosa; si yo no amo a un compatriota mío evidentemente no soy un antipatriota, si no amo a dos, a tres, a diez, a veinte, a cien compatriotas míos tampoco soy un antipatriota. Si no amo a mil, a un millón de compatriotas míos aún no soy un antipatriota, desearía saber a partir de qué número se es antipatriota. Lo mismo respecto a la tierra y a las ciudades; si no me gusta una provincia de mi país nadie va a juzgarme antipatriota, si no me gusta una ciudad, ni dos, ni tres, ni diez, ni veinte... Es curioso. Conocí un mu-

chacho hijo de padre japonés y de madre serbia nacido en París, que, a cada momento decía: cuando nuestros abuelos se tomaron la Bastilla, nuestra sangre, nuestra raza, nuestra cultura francesa nos impide amar esas cosas, nosotros que hemos producido un Pasteur... Y aquel otro español que decía: cuando nosotros descubrimos la América; Ud. la descubriría lo que es yo no he descubierto nada, le contestó otro más lógico. Quiero decir que nuestros abuelos descubrieron y poblaron la América. Nuestros abuelos nó, los abuelos de ellos sí, los abuelos de los ibero-americanos poblaron su América. En cambio nosotros poblaremos Angola y haremos de Angola un paraíso. Ahora estamos a las puertas de una nueva guerra, se abre el camino al salvajismo integral. Es el principio del fin. La civilización europea va a desaparecer como desapareció la civilización China, la civilización asiria, la civilización egipcia, la de Babilonia, la incaica, la de los mayas y la de los aztecas. Acaso el mundo va a caer ahora en una anarquía total durante un largo período de años y luego se impondrá un régimen social nuevo, más verdadero, más justo. Acaso es necesaria la muerte de toda la sociedad actual, acaso...".

—Mira, Roc, allí viene gente, gritó Doriante, casi en un alarido. Gente, gente viva.

Roc levantó la cabeza como si volviera de un sueño.

—Vamos hacia ellos, gritó a su vez Alberto Duren.

—Vamos hacia ellos, murmuró Roc, deben ser las autoridades de alguna ciudad vecina.

—O simples curiosos que se atrevieron a entrar en París.

—O inconsciente como nosotros o tal vez la primera banda de saqueadores.

Dos grupos de individuos se acercaban a ellos hacien-

do señas y a su vez como extrañados de encontrarse con seres vivos en medio de ese cementerio de pesadilla en que estaba convertida la ciudad.

Al llegar a la plaza de la Opera en donde los otros se habían detenido, Roc recordó la fotografía subrealista París en 1930, ya le parecía ver un rebaño de vacas pastando en medio de la plaza.

—¿Han visto Uds. señores, qué cosa más espantosa?, dijo un señor alto y grueso desprendiéndose del grupo y mirando a nuestros cuatro amigos en el auto que acababa de detenerse frente a ellos.

—Realmente es algo que pasa más allá de todo lo imaginable, respondió Roc.

—Una ciudad de estatuas de piedra, de hombres petrificados.

—De hombres y animales petrificados. Hace dos horas que nosotros andamos dando vuelta por la ciudad en automóvil y no hemos encontrado ni una rata con vida.

—¿Los señores han venido tal vez de por aquí cerca?

—No, hemos venido en aeroplano de Marsella.

—Nosotros hemos venido de Sevres. En los alrededores las gentes están como locas. El mundo parece despertar de una pesadilla. Estos han sido los alemanes.

—¡Qué duda cabe, los alemanes!

Uno de los del grupo sonrió ligeramente, con la minúscula sonrisa del señor que todo lo sabe y que sabe que los otros se equivocan.

—No han sido los alemanes, fueron los rusos.

—Eso es absurdo. Los rusos no tienen nada pendiente con nosotros. Han sido los alemanes.

—Y sin declaración de guerra.

—Es una mancha eterna en la historia del hombre.

—Y si hubieran sido los italianos, irrumpió de pronto un hombrecillo pequeño, de grandes bigotes caídos y voz aguda.

—Qué italianos ni que ocho cuartos, los alemanes, señores, nada más que los alemanes.

—¿Y por qué no los alemanes con los rusos y los italianos?

—Porque estos golpes de sorpresa no puede hacerlos sino un solo país y en gran secreto. De otro modo el espionaje lo sabría y lo comunicaría al país interesado antes que sucediera.

—Yo creo como el señor, todo indica que han sido los alemanes.

—Y vean Uds. que gas más poderoso y más extraño.

—Un gas que mata petrificando.

—Y con una fuerza de acción que no ha dejado un ser vivo en todo París, una ciudad tan grande como París.

—Seguramente se trata de un gas nuevo.

El señor que todo lo sabe volvió a sonreír con la misma sonrisa minúscula de hace un momento.

—Es el gas X, el gas del cual se había hablado hace poco tiempo en el diario el "Aprés Midi".

—¿Y qué gas, es ese gas?

—Eso es lo que no se sabía. Por eso se llamaba el gas X. Ahora sabemos de que se trataba.

—Pero nó de qué se compone.

—En todo caso es algo horroroso y esto no va a quedar así, dijo el señor corpulento, el primero que se había acercado al grupo de nuestros amigos. Estamos en presencia de una nueva guerra.

—En todas las calles hemos visto los cuadros más horrendos.

—Nosotros también. En la Gare d'Orsay hemos visto todo un tren que venía llegando o que tal vez iba a partir con todos los pasajeros muertos. Algo horrible, fantástico.

—El tren de la eternidad.

—Esto no puede quedar sin castigo, repetía el señor corpulento, tendrá su castigo y un castigo ejemplar que resonará en el mundo como si estallara el planeta.

El viento de la mañana batía un pedazo de affiche medio despegado y el papel tomaba proporciones de bandera. Era curioso ver aquel pequeño grupo de hombres vivos en medio de tanto muerto, parecían turistas visitando la ciudad milenaria recién desenterrada en las faldas del volcán. Roc miraba hacia todos lados y pensaba: en todas esas casas no hay sino muertos, miles de muertos, ¡pobre Dupont!, millones de muertos. Ante la muerte todos los hombres son iguales, desaparecen las diferencias de clase y de fortuna. Esto es vulgar pero es cierto. Todos son iguales, todos los muertos tienen un sólo apellido, todos los muertos son Dupont. Hay miles de Dupont encerrados en sus casas, millones de Dupont petrificados en el más allá.

Todas las palabras horripilantes y pesimistas, todas las palabras de dolor y de odio pasaban por esos labios, los únicos labios movibles en medio de la gran ciudad muerta. Catástrofe, cataclismo, desastre, desolación, calamidad, fatalidad, plaga, ruina, día nefasto, fecha maldita, derrumbe, miseria, agonía, desvastación, asolamiento, trastorno, desorden, tumulto, alboroto, ansiedad, angustia, etc., etc. Venganza, venganza.

Todo muerto: hombres, caballos, perros, gatos, pájaros. La muerte que viene volando por los aires. Cien aviones, doscientos aviones, quinientos aviones silenciosos, mil aviones matando desde muy alto, desde el cielo, sin ver los

rostros angustiados, sin oír los clamores desesperados de sus víctimas. Así se puede matar hasta el infinito; el corazón no se extremece, acaso no siente una mayor emoción. Mujeres, viejos, niños recién nacidos, cunas con criaturas contorsionadas, nenes colgados del pecho de sus madres.... bebiendo la leche de la muerte, entrando en la eternidad con los labios blancos de leche materna. La matanza general, a granel. El fin del mundo: o por lo menos el fin de un mundo.

Las cabezas bajas, las espaldas dobladas, los ojos vagos. Todos están pensando lo mismo. Se les ha caído el mundo encima, han envejecido increíblemente, todos tienen cien años.

De pronto una voz anónima irrumpe en medio del grupo:

—Dicen que en Bruselas también han arrojado gases, pero otro gas, ún gas distinto... son diferentes ensayos.

Al oír Bruselas, Chartier dió un salto.

—¿Qué dice Ud.? ¿Han arrojado también bombas en Bruselas?

El pobre Chartier pensó en su familia y se puso lívido. Su familia que él venía a buscar para llevarse consigo a Angola, su mujer, su madre, sus hijos. Los ojos de Chartier se abrieron desmesuradamente.

—En Bruselas, murmuró apenas. ¿Cómo se ha sabido? No puede ser. Puede ser una equivocación. ¿Cómo se ha sabido?

—Lo oímos decir en Sevres antes de partir.

—Pero, ¿cómo se supo en Sevres?

—No sabemos como se supo. Se supo como se saben las cosas. Alguien llevó la noticia, alguien que habría podido escapar en un automóvil, alguien a quien se lo comunicaría

algún otro alguien. Vaya Ud. a saber. A lo mejor algún espía...

—Pero no es posible. ¿Con qué objeto bombadear Bruselas?

—Vaya Ud. a saber. Para destruír las capitales de dos países aliados, que marchan juntos, para dar un golpe aterrador, aplastante en una sola noche. Vaya Ud. a saber... Dicen que lanzaron gases que producen la locura que no matan, pero que hacen perder la razón...

Chartier no oyó más, ya no oía. ¿Para qué oír más? Roc se acercó a él y le tomó la mano. Duren y Doriante también se acercaron al pobre amigo.

—Cálmate, Chartier, piensa que todo esto puede ser una mentira.

—En estos casos siempre se miente o se exagera, agregó Duren.

—¿Y si fuera verdad? Pudo apenas exclamar Chartier con la voz ahogada. Yo cojo cualquiera de estos autos que hay aquí por montones en las calles y me voy a Bruselas.

—Nos vamos todos contigo y en el auto en que hemos venido.

—No, me voy solo. Uds. deben ver si hay manera de enterrar a Dupont, a su mujer y a su hijo. Uds. deben partir inmediatamente a Marsella. Nunca tendrán más que hacer que ahora.

—Te acompañaremos a Bruselas, luego veremos.

—No puedo aceptar la compañía de Uds. señor Roc, Uds. tienen otros deberes que cumplir. Además supónganse que no haya pasado nada, que sea una falsa noticia.

—Te acompañaremos por lo que pueda pasar. Nadie sabe aún lo que puede pasar.

—Si Uds. insisten, solo lograrán impedirme partir a mi también.

Un muchacho rubio, de unos veinticinco años, se había acercado al grupo de nuestros amigos que discutían separadamente. Parecía haber adivinado el motivo de la discusión y ya no podía contener las ganas de decir algunas palabras a esos desconocidos que hablaban de Bruselas.

—Yo también soy belga, dijo, por fin, y acompañaría con mucho gusto al señor. Ya habría partido si supiera conducir un auto. Miren Uds. cuántos autos que ya no pertenecen a nadie.

—¿Es Ud. belga? murmuró Chartier emocionado tendiéndole la mano, partiremos juntos, yo soy mecánico y sé conducir cualquier auto. Ya ve Ud. señor Roc, no partiré solo.

Lentamente los del grupo de Sevres se iban acercando al grupo de Roc. La conversación agitada de los amigos, el rostro angustiado de Chartier, atraía todas las miradas.

—¿Qué pasa, señores, si en algo podemos servirles? Aquí estamos, ¿acaso alguno de los señores es belga?

—Precisamente, nuestro compañero, el señor Chartier y este joven han decidido partir a Bruselas, respondió Roc.

Todos hablaban en voz baja. Se diría que tenían la sensación de estar en un cementerio o en un servicio fúnebre. Sería terrible dar un grito y despertar a un muerto. Hay que dejarlos dormir tranquilos, respetar su sueño, respetar ese sueño que infunde tanto respeto.

Con los ojos húmedos Chartier se despidió de sus amigos, se despidió rápidamente como si no quisiera dejar sentir la angustia que le apretaba el pecho y seguido de su nuevo compañero saltó en un auto.

Doriante alcanzó a decirle:

—Te esperamos en Marsella.

—No irrumpió Roc, te esperamos en Burdeos.

Ya el auto se alejaba y el ruido del motor producía un raro contraste en la ciudad de la muerte.

CAPITULO IV

La noticia de la horrible hecatombe se había puesto en marcha. Saltando de horizonte en horizonte en pocos minutos había dado la vuelta a la Tierra.

Un estremecimiento de indignación sacudió los cinco continentes. La noticia caía del cielo como habían caído las bombas sobre París. Era difícil dar crédito a semejante horror, era difícil habituarse a ella. Sin embargo, la noticia fatal se instalaba entre los hombres, ocupaba su sitio en el cerebro de los hombres.

Un aullido de cólera empezó a formarse en el seno de la lejanía. Todos los países mostraban los dientes y levantaban al cielo los puños airados. Aún aquellos que tenían resentimientos contra Francia, aquellos que disgustados, acaso por cierta actitud un tanto insolente de los franceses de *l'aprés guerre*, no querían saber nada de Francia, ante la magnitud de la catástrofe veían caer sus rencores y no podían menos que olvidar las ofensas.

El mundo sentía pesar sobre su corazón el cadáver de París. Millones de ojos buscaban un enemigo escondido detrás de cada nube del cielo.

He ahí lo que el hombre es capaz de hacer contra el hombre. Para qué vanas declamaciones. Siempre ha sido lo

mismo. ¡Ay de aquellos pobres inocentes optimistas! ¿No hubo en la antigüedad ciudades enteras pasadas a cuchillo, sin respetar ni las mujeres, ni los viejos, ni los niños? Tampoco esto del ataque a los civiles indefensos es ninguna novedad. La guerra es la guerra y en la guerra se trata de matar, de matar el mayor número posible de enemigos y de vencer. Si aceptáis la guerra debéis aceptarla en todas sus formas, con todas sus consecuencias. Las guerras no se hacen con caramelos, ni con serpentinas. Y esto no cambiará mientras no cambie la organización total que rige a los hombres desde siglos. Lo demás son quimeras.

Hombres de buena voluntad, hombres de sangre pacífica, marchaos a poblar las islas de los mares lejanos y los desiertos escondidos.

El hombre sabe adivinar en las aguas del mar cuando viene la tempestad, puede sentir por los rumores de la tierra que se prepara la erupción del volcán pero en vano escrutará el cielo para saber si vendrá la muerte hoy o mañana. El cielo no muestra su secreto ni en el más leve pliegue de su frente.

En un sitio del mundo se encuentra una gran ciudad solitaria, tendida en medio de los campos. Una campana dobla al fondo de la historia.

Esta no es la guerra de soldados contra soldados, es la guerra de ciudades contra ciudades. Y no hay salvación posible. ¿Cómo váis a esconder una ciudad? Podéis esconder a un hombre, podéis fabricar escudos para un hombre. ¿Pero para una ciudad?

Preparad las tumbas para las ciudades. Pasarán los entierros de las ciudades y miles de campanas se quejarán como un rebaño de ovejas perdidas en la noche.

CAPITULO V

Una atmósfera pesada reinaba sobre la tierra. Todos los países se hablaban en secreto. Todo era sigiloso en el mundo.

Contrariamente a lo que habría podido pensarse, no se produjeron en Francia, desórdenes ni revueltas. El golpe había sido tan grande que las gentes quedaron como atontadas y sólo la idea fija de la venganza se había apoderado de todos los corazones. Vengarse, pero, ¿vengarse de quién? ¿quiénes habían atacado a Francia?

En medio de la silenciosa confusión general un hombre se había apoderado de todas las voluntades. Un hombre o acaso un pequeño grupo de hombres. Algo se preparaba en las sombras. Una mano enérgica laboraba en el misterio y mantenía el orden.

¿Quién era el que había tomado la responsabilidad del gobierno en tan horribles circunstancias?

Nadie lo sabía. Se le llamaba el Dictador Invisible. Unos decían que era un almirante de la escuadra, otros que no era un solo hombre, sino un triunvirato. En todo caso el Dictador Invisible contaba con las policías de todo el país, con la marina de guerra y con lo que quedaba del ejército. Además nadie trataba de desobedecerle, había como una

especie de acuerdo tácito entre los ciudadanos en acordarle plena confianza, sentían un verdadero descanso en saber que en esos momentos tan duros alguien velaba por ellos. Acaso este hombre desconocido iba a decir la gran palabra, acaso él iba a ejecutar el gesto que todos esperaban. El solo representaba el porvenir y la última esperanza. ¿Para qué combatirlo? Ya habría tiempo si el país se sentía defraudado.

Al principio todos se quedaron esperando un nuevo ataque del enemigo. El ataque no se produjo. Sin embargo, la capital fué trasladada a Marsella y se decía que el gobierno estaba instalado a bordo de un acorazado.

El Dictador Invisible había pedido a la nación sólo quince días de confianza y de calma absoluta. Había nombrado un gobernador militar de Paris con doscientos mil hombres bajo sus órdenes para impedir un posible saqueo y enterrar los tres millones de muertos.

¿Quién no iba a acordar quince días de crédito a quien prometía solucionar el gran problema de la hora presente? Además se decía que este Dictador Invisible había sido nombrado en reunión secreta por los altos jefes del ejército y la marina y por los gobernadores de todas las provincias. Seguramente esto era efectivo. En todo caso alguien mandaba, una voluntad dominaba y en todas partes se sentía su autoridad y se ejecutaban sus órdenes. Debía ser un hombre enérgico y de una actividad extraordinaria.

Se habían suprimido los trenes a Paris y todos los caminos al llegar a la antigua capital estaban cerrados.

Pero ¿qué pasaría después de esos quince días tácitamente acordados por el pueblo anonadado ante la catástrofe? Cuando el pueblo se sacuda y se despierte de su atontamiento ¿cuál será su primera reacción?

Por el momento en todas las conversaciones sólo se ha-

blaba de las pruebas que hacían pensar que el país agresor era este y no el otro.

—El ataque ha venido de Alemania.

—Nó, son los italianos los que nos han atacado.

—Y ¿por qué no pensar que pueden haber sido los rusos?

—El ataque ha venido de Alemania porque nuestras últimas dificultades graves han sido con ellos.

—También con Italia, no olvides que el problema esencial entre ambos países no había tenido ninguna solución y nadie ignora que los italianos se preparaban para la guerra desde hace algunos años.

—Este golpe es una cosa que está en la tradición alemana. Una invasión sin declaración de guerra... Están retratados.

—¿Y el nuevo espíritu italiano? No creo que entre los jefes facistas haya mucho respeto por los tratados, ni por las antiguas alianzas o recuerdos románticos de la unión con Francia en la última guerra.

—Nó, señores, busquemos quien se beneficia más con este horrible atentado fuera de todas las leyes y sabremos el nombre del malhechor.

—No sólo quien se beneficia sino quién es más capaz de ponerse fuera de todas las leyes.

—Yo sostengo que el agresor es Rusia porque el pueblo ruso estaba convencido de que los países capitalistas y Francia a la cabeza les preparaban una guerra sin cuartel.

—Eso es absurdo, los rusos habrían advertido a sus amigos de alguna manera ¿cómo los iban a matar junto con la gran masa enemiga o neutra? ¿cómo iban a asesinar ellos a cientos de miles de trabajadores inocentes de las faltas de sus gobernantes?

—¡Qué ingenuidad! El que se siente en peligro y cree

que sólo puede salvar su pellejo con una sorpresa brutal no repara en armas ni en medios.

—Palabras, palabras. La cosa es muy clara ¿cuál es nuestro enemigo tradicional?

—Alemania.

—Eso es, Alemania ¿entonces?

—Basta de frases huecas, señores, la guerra es la consecuencia de la política, es la política misma. Guerra y política son una sola cosa. ¿A qué tanto buscar los culpables por otros lados? Los culpables somos todos, tanto nosotros como ellos. El sistema capitalista lleva la guerra pegada a su cuerpo como un órgano más y no podrá nunca encontrar el medio de eliminarla. Eliminarla sería cortarse un órgano esencial e indispensable a su vida.

—Tiene razón, tiene razón.

—¡Qué va a tener razón! La Sociedad de las Naciones pudo perfectamente haber eliminado la guerra.

—Esto parece burla, no están los tiempos para reir. La prueba de que la Sociedad de las Naciones no podía eliminar la guerra está a la vista puesto que no la eliminó.

Tanto en Francia como en todos los países del mundo se discutía más o menos lo mismo y del mismo modo. No son tan diferentes los hombres como ellos creen, es decir como su vanidad les hace creerse.

CAPITULO VI

Aquella tarde Alfredo Roc se paseaba con su hijo Silverio por los muelles de Marsella. El mar estaba tranquilo, absolutamente despreocupado de las tragedias de los hombres.

Silverio Roc acaba de llegar de Rusia. Su padre lo había llamado para llevárselo consigo al Africa o despedirse de él si no quería seguirlo y prefería volverse a Rusia que era el único país que parecía interesarle en el mundo.

—¿Qué voy a hacer con Uds. al Africa? Ese gesto de huída me parece un gesto cobarde. Mi sitio está aquí, mi deber es ayudar a los hombres que están transformando el mundo. Todos debemos contribuír a la revolución. Tú, padre, has proclamado la fuga, yo pienso que hay que quedarse aquí y si es preciso morir aquí.

—Yo no he proclamado la fuga. Lo que yo digo, es que hay que salvar todo lo que sea digno de ser salvado. Las grandes conquistas de nuestra civilización no deben perecer. Lo que yo quiero es salvarlas de la catástrofe y salvar con ellas a ciertos hombres preciosos para el mundo.

—Puedes estar seguro que todo lo que deba salvarse se salvará y así mismo los que deban salvarse se salvarán.

—Hijo mío, yo creo que pronto no quedará piedra sobre piedra, que la catástrofe será total.

—Quiere decir que debía ser total.

—Tu fatalismo histórico no me consuela... ni me convence.

—Sin embargo así será. Si eso sucede quiere decir que el mundo había llegado a un punto en el cual era preciso comenzar todo de nuevo. Además, debo advertirte que yo no creo que éste sea el caso.

—Los acontecimientos se presentan de tal manera que parece que estuviéramos en un comienzo de fin de mundo.

—Si la catástrofe pasa más allá de lo previsto será por culpa de los imbéciles que no quieren resignarse a ver nacer un mundo nuevo o por culpa de los ciegos que no ven que ese mundo será el mejor que jamás ha existido sobre la tierra.

—¿Y no piensas que puedes equivocarte?

—Nó, porque yo estoy viendo nacer un mundo mejor. No olvides que yo vivo en un país en donde se está construyendo el mundo del porvenir.

—Yo también estoy al tanto de todo lo que allí se hace. Leo cuanto se escribe sobre Rusia y he hablado con muchas gentes que vienen de allá. No todos piensan como tú.

—Ya sé, ya sé. A mí no me cuentan cuentos sobre lo que allí pasa y sólo puedo espantarme ante las calumnias de la prensa capitalista. Cuando leas un periódico pregúntate qué capital representa ese periódico... Comprenderás muchas cosas. Primero se negó la importancia del Plan Quinquenal, después se negó su posible éxito y luego cuando no pudieron negar ni su importancia ni su éxito, empezaron a preparar los ánimos para formar una santa alianza contra Rusia y declararle la guerra.

—Yo no proclamo la guerra contra Rusia, yo espero. Hace años en vista de la crítica situación de Europa, de los millones de obreros desocupados sostuve que era preciso que las grandes naciones se pusieran de acuerdo y crearan con esos desocupados un país nuevo en algún sitio del Africa con buen clima y buenas tierras. Entonces eso era posible, ahora ya es tarde.

—Y por eso ahora piensas que son las aristocracias las que deben emigrar al Africa y crear allí un nuevo imperio de esclavos. Nos abandonáis la Europa para ir al Africa a repetir vuestra infecta civilización de explotadores y explotados.

—No se trata de crear un nuevo imperio de esclavos ni de explotadores.

—Se trata tal vez de salvar el pellejo mientras ruje la revuelta y suenan las balas. Nó, nó, tu emigración aristocrática al Africa es una utopía.

——Estoy convencido de que sería lo más cuerdo.

—¿Y piensas que nosotros triunfantes en Europa no iríamos a libertar a vuestros explotados?

—En los diez o doce años que vosotros pondréis en arreglaros en Europa, en salir del período de luchas y de confusión, nosotros habremos ya crecido bastante.

—Y seréis fuertes para defenderos ¿verdad? Utopías, utopías.

—Cuántas grandes realidades han empezado siendo utopías. ¿Por qué no pueden hacerse dos ensayos distintos en dos distintas partes del mundo?

—Porque el vuestro no será un ensayo sino una repetición y ya sabemos a donde volverá a llevar al hombre.

—Acaso sólo el nuestro esté destinado a realizarse.

—Tanto peor para la humanidad.

—Sin embargo, te repito, hay muchas cosas de nues-

tra civilización que es preciso salvar de una posible catástrofe total.

—Lo que haya que salvar ya lo salvaremos nosotros. El resto que perezca. Ya ves a donde ha llevado tu civilización, a la guerra, a la destrucción. Esto estaba previsto. La burguesía imperialista sabe que las guerras son productivas dentro de su inmunda organización. En todos vuestros países la mayor parte del presupuesto va a los armamentos militares. En vuestros países lo más importante no es el esfuerzo hacia la producción sino la conquista obligada de los mercados. Para nosotros lo más importante es producir para dar bienestar a todos los hombres.

—Pero en el momento de la lucha, en el momento del cambio de vida social podéis conducir la humanidad a la muerte o a la barbarie.

—La lucha contra el imperialismo opresor, la lucha contra la explotación que ejercen unos cuantos hombres sobre millones de hombres es una lucha santa. Sois vosotros los que conduciríais la humanidad a la barbarie. Vuestro falso principio social, viejo y podrido, es el que va derecho a convertirse en sepulcro de la civilización. Felizmente que apareció en el mundo la única idea que puede salvar y salvará a la humanidad.

—Nuestro mundo tiene aún recursos y puede salvarse.

—Nó, vuestro mundo ha jugado ya todas sus cartas y está en la agonía, en los últimos estertores de la agonía.

—Eres demasiado optimista, hijo mío.

—¡Ah! Sí, soy optimista y cada día más optimista.

El sol se ponía en el horizonte. Un sol más grande iluminaba los ojos del hijo y del padre, un sol distinto en cada cabeza.

Alfredo Roc sentía que no convencería jamás a su hi-

jo. Silverio Roc sentía que su padre se creía investido de una misión salvadora.

Mirando fijamente a su padre, el hijo no pudo impedirse de exclamar:

—Eres un romántico ingenuo, pobre padre, retardas de cien años.

Las grúas de los muelles, a pesar de la hora, seguían trabajando. Parecía que querían levantar el día y volcarlo fuera del mundo. Cargaban grandes cajones con destino a Córcega. Centenares de enormes cajones. Seguramente maquinaria agrícola. ¡Quién piensa en labrar la tierra en estos tiempos!

CAPITULO VII

PARENTESIS BELGA

No podemos dejar de contar lo que había sucedido en Bélgica al mecánico Chartier y a su amigo inesperado. Efectivamente había habido un ataque aéreo a Bruselas y arrojado sobre la ciudad un gas especial que había enloquecido a toda la población. Figuraos el espectáculo de una ciudad de locos, figuraos un inmenso manicomio suelto por las calles. Sería largo y difícil describirlo. Supongo al lector con suficiente imaginación para adivinar las curiosas, las maravillosas escenas que debían verse por todas partes y a cada instante. Y paso.

Como es lógico pensarlo Chartier y su compañero difícilmente podían hacerse comprender de nadie en semejante ciudad. Ambos eran mirados como seres raros, nadie entendía el lenguaje de esos dos hombres. Los locos decretaron encerrarlos en un manicomio bajo severa vigilancia.

En el mismo manicomio fueron encerrados algunos holandeses y muchos otros belgas venidos de provincia a la capital, después del ataque de los aviones fantasmas.

Chartier y su compañero acordaron que lo mejor sería fingirse locos para recobrar su libertad. La treta no les valió

de nada, pues los cuidadores después de observarlos durante varios días acordaron que eran unos simuladores y estrecharon aun más su vigilancia.

Como sucede muy a menudo y como era necesario que sucediera en este caso, para ayudar también al autor, la casualidad vino a favorecer a nuestros amigos después de nueve días de encierro. Esta casualidad se presentó en forma de un gran incendio, casi milagroso, que estalló una noche en el manicomio. En medio del pánico producido por el incendio todos los cuerdos pudieron huír del manicomio y salir de la ciudad.

Durante los días que pasaron juntos en el manicomio, Chartier había convencido a su nuevo amigo que lo mejor que le quedaba por hacer era partir con él a Angola. Así, una vez en libertad, ambos sólo pensaron en encontrar un medio de locomoción lo más rápido posible para llegar a Burdeos antes de que partiera el barco fletado por Roc, y como en Bruselas lo mismo que en París, no era difícil ampararse de cualquier automóvil, su proyecto no tuvo tropiezo alguno.

CAPITULO VIII

Que cada cual siga su destino.

De este juego de los destinos diferentes nace la historia de los hombres. Y no hay nadie que no tenga su rol. Nadie deja de obedecer a la ley tácita de la voluntad histórica. Ese que se opone a todo avance, que tiene miedo de todo paso adelante, que retrocede ante toda evolución, sin que él lo sepa, también sirve al progreso del mundo. Ese como el escéptico, como el inerme, como el peso muerto tiene su rol de freno y también su rol de excitador del fuego pasional del otro, del que quiere correr, saltar todos los obstáculos, excitador aunque sólo sea por reacción, aunque sólo sea por el frote de los contrastes. También contribuirá sin saberlo a iluminar el incendio o a crear el mundo nuevo.

No hay ninguna fuerza perdida, no hay ninguna inercia inerte. El mundo progresa de abajo hacia arriba y a la larga nada puede oponerse a este progreso. Ni aún las más horribles catástrofes.

Que cada cual siga su destino.

Alfredo Roc y sus compañeros bogaban hacia Angola. Silverio Roc recorría las ciudades de Europa predicando a los obreros la revolución social.

Unos seguían al padre, otros seguían al hijo. La inmensa mayoría cruzaba los brazos y esperaba los acontecimientos.

Los acontecimientos no tardarían en venir.

CAPITULO IX

Se dicen tonterías. Se hacen tonterías.

Se cometen los más horribles crímenes. Todo cabe en un planeta. También el heroismo y las más altas bondades. Hay sitio para los piés de unos cuantos gigantes.

—¿Te ríes? Todo el mundo puede reir. Pero este momento es más bien para llorar. Mañana acaso...

—Silencio. ¿Qué pasa?

—Aló. Aló. Aquí radio Amsterdam. Anoche fué destruída la ciudad de Berlin. Un raid de aviones dejó caer miles de bombas incendiarias y de gases mortíferos.

—¡Ya está! Esto tenía que pasar.

—La guerra anónima.

—El comienzo del fin. La Apocalipsis.

Millares de rostros angustiados en todos los países del mundo no cambian en nada la topografía de la tierra ni el curso de los ríos.

—Silencio, señores. ¡Oh! ¡Qué horror! La catástrofe total.

—¿Qué pasa? Silencio, señores.

Las cifras bailaban en el telégrafo. ¡Qué hermosa danza para los músicos macabros! ¡Qué suerte!

"Berlin en llamas. La ciudad arde como una montaña de paja. Seiscientos aeroplanos volaron anoche sobre la capital alemana sembrando la muerte y la ruina".

—El fin del mundo.

—El Antecristo.

En un barco acercándose a las costas africanas un grupo de hombres se mira consternado. Se siente en toda la tierra el hálito de las llamas, se siente palpitar el corazón del fuego. Gran invento el telégrafo, gran invento la telegrafía sin hilos.

Alfredo Roc no piensa ya en la justificación de sus profecías, no piensa ya en su misión, en su magnífica empresa. Se olvidó de la vida, sólo piensa en la muerte. Una muerte inmensa cubre el camino del porvenir.

—Señores aquí termina la historia de la civilización. Sobre la Europa hay que poner una gran lápida: Aquí yace.

"Se supone que eran aviones franceses y aún se precisa que salieron de Córcega".

Alfredo Roc se golpea la cabeza: ¡Ah! Sí... maquinaria agrícola... ¡Qué duda cabe! Tantos cajones, enormes cajones...

Se nublan los ojos. Zumban los oídos. ¿Todavía más motores? Estos terribles motores adentro del cerebro, adentro del pecho.

En todos los rincones de la tierra bailan las letras, chillan las radios. ¿Quién ignora? ¿Quién no tiembla?

Aquí, aquí no temblamos. Somos un pequeño país, somos un gran país, pero más débil y nos sometieron por la fuerza de las armas.

Acá, acá tampoco temblamos. Somos un pueblo que ha sufrido bajo el yugo de los grandes imperios.

—¡Hurra!

—¡Hurra! Bravo. Se acabó Europa. Se reventó Europa. Ya no somos esclavos. Bailemos sobre la tumba de Europa. Somos libres. Saltaron las cadenas.

—¡Hurra! ¡Bravo! ¡Viva la libertad!

Se nublan los ojos. Zumban los oídos. Llorar sería ri-

dículo, sería tan pobre. Reír, ya lo sabemos, reír por histerismo.

No hay nervios. Todos los nervios se cortaron.... con un pequeño ruido seco como cuando se pisa un hueso de cereza.

CAPITULO X

Es posible que alguna selva lejana entone una "Marcha Fúnebre" más solemne y más grave que la de Chopín.

O un himno fúnebre propio. Un miserere de árboles nocturnos. Un músico cósmico cantando la muerte de la Tierra.

No quedará piedra sobre piedra. No quedará hoja en los árboles, ni fruto vivo. Serás el nido de las aves de rapiña. El olor a cadáver subirá como un vaho hasta la luna. Habría sido mejor no haber nacido nunca. Habría sido mejor que la tierra fuera una bola solitaria o no hubiera salido jamás del seno de su nebulosa. Ser o no ser. No ser, no ser; he ahí el problema. Serás una bola desierta. Crujirás como una carreta en el camino de tu elipse. Te dolerán los huesos envejecidos en el invierno interminable. Los otros astros se reirán de tí. Te escupirán al pasar. Te lanzarán piedras y migas de pan. Acaso alguno te arroje una moneda con olor a otros mendigos. Los cometas al cruzarte en su camino enrollarán su cabellera para librarla de tus piojos. Al oír tus pasos en el infinito todas las estrellas se cubrirán los ojos y huirán de tu contagio. Leprosa. Putrefacta. Cementerio ambulante. Pútrida, con tus océanos de pus. Barco fantasma relleno de esqueletos con tu bandera de andrajos flotando en el aire pestilente. Con las osamentas de tus grandes magnates aferrados aún a la bolsa de oro. La bolsa o la vida.

Ellos prefirieron la bolsa. Y sin embargo, idiota, se trataba de vivir... Con las osamentas de tus príncipes colgando de las ramas petrificadas de sus preciosos árboles genealógicos. Magnífico, magnífico. Tanta grandeza en tan poca tierra. Y tus coquetas y tus coquetos que sólo podían andar sobre tapices de seda. Já, já, já... Y esos esqueletos con la mano en la visera en la actitud más marcial, con el pecho lleno de heroicas medallas. Esos infelices, esos dementes que creían que el patriotismo consiste en odiar la patria de los demás. Se trataba de amar la tierra, cretinos, y no de causar el suicidio de la tierra en nombre de tal o cual pedazo, de tal o cual mapa de un color diferente, contra tal o cual otro de otro color. Já, já, já... Son hermosas las estatuas de tus héroes. Cada una de ellas representa un gran cretino aplaudido por millones de pequeños cretinos. Já, já, já... Rueda, leprosa solitaria. Tumor del infinito. En vano buscas una caverna en el cielo donde esconderte. O un gran sudario de nebulosas para cubrir tus escombros y tus cadáveres. Sin ninguna esperanza, sin esperanza de metamorfosis. Sin futuro posible. No serás ni el recuerdo de haber sido.

¿Por qué lloras, por qué te quejas y te escondes avergonzada en medio de la noche? Canta la gloria de ser la enorme solitaria. Ese era tu destino, tu sublime destino. ¿Qué más quieres que vivir sin hombres, sin mancha de sombra humana? ¡Bravo! por tus grandes magnates amantes del oro que te obligaron a cumplir tu destino. Bravo, por tus preciosos nobles que tenían la sangre diferente y perfumada. Bravo, por tus coquetas y tus coquetos, por tus patriotas y tus héroes. Bravo por todos ellos pues a causa de ellos puedes descansar de su peso y rodar más liviana en los espacios. Bravo. Canta tu gloria y atruena con tus cantos la eternidad.

CAPITULO XI

Alfredo Roc y sus compañeros habían desembarcado ya en Angola. Ellos estaban libres de la pesadilla universal. ¿Estaban realmente libres? Nadie tenía ganas de trabajar y ni siquiera podían admirar los progresos de la colonia.

Todos los oídos estaban atentos al menor rumor de las lejanías.

Esta angustia deberá pasar pronto. Es algo natural después de tantas conmociones. Luego volverán a trabajar y con más ardor que nunca.

La colonia había crecido enormemente. Los sembrados, las huertas, los viñedos se habían multiplicado como por encanto. Por todas partes se veía la actividad y la alegría del trabajo creador, el trabajo excitante del pioneer. La sonrisa satisfecha de los jardínes. La charla frutal de los árboles al sol.

Sin embargo, una angustia mental pesaba sobre los corazones. Las noticias del resto del mundo eran cada día más atroces. La telegrafía sin hilos aullaba a la muerte como un perro rodeado de fantasmas.

—Al fin y al cabo también somos hombres.

—No podemos dejar de pensar en lo que están sufriendo en este mismo instante millones de nuestros semejantes.

Es imposible desinteresarse completamente del resto del mundo. ¿Cómo seccionar sin dolor un órgano del resto del organismo total? ¿Cómo cortar en tan poco tiempo todas las adherencias? ¡Vivir solos, solos, una pequeña familia

humana, en un magnífico aislamiento! ¡Construír solos, lejos del mundo que agoniza, un mundo nuevo!

Pero, ¿cómo cubrirse los oídos? ¿cómo dejar de mirarse las caras?

La radio grita a voz en cuello para el mundo entero y aún para más lejos del mundo. La radio ladra con voz apocalíptica y las ciudades van cayendo, millones de hombres van muriendo.

"Londres destruído por los aviones fantasmas".

"Una nube de gases cubrió toda la ciudad durante ocho horas".

Las frases caen como martillazos en la cabeza y las gentes se quedan bamboleando entre dos abismos, entre la vida y la muerte o mejor dicho entre dos muertes.

Londres, la ciudad poderosa, extraordinaria, indomable, más misteriosa que una gruta submarina, con todos los encantos y los sortilegios de los diamantes célebres que brillan al fondo de las nieblas de mil sueños de ambición.

No es la guerra de hombres frente a hombres, de ejército frente a ejército. Es la guerra a distancia. Los aviones, y no sólo los aviones, bombas infernales enviadas a miles de kilómetros por medio de las ondas hertzianas.

La guerra inmunda, la guerra anónima, la muerte que cae de repente del cielo. La invasión aérea de miles de fantasmas, de miles de sombras nocturnas que se deslizan sin ruido... Sin anuncio, sin defensa posible.

La enumeración seca de las víctimas que no son ya nombres propios sino nombres de ciudades. Cada nombre significa innumerables nombres.

Munich destruído. Viena, Marsella, Milán, Roma, Varsovia. Buda-Pest, Moscou, Hamburgo, Barcelona, Bucarest, Praga...

La fiebre de la destrucción, el delirio de la catástrofe

se ha apoderado de los hombres. La locura, la locura de la muerte. La voluptuosidad histérica de la hecatombe.

Y aún la lista no ha terminado. Acaso no hace sino comenzar. Nueva York, San Francisco, Tokio.

¡Qué no quede nadie vivo, que no quede nada en pié! Todos se culpan unos a otros. Este es el culpable, aquel es el culpable, el otro es el culpable. Todos son culpables. No hay un solo inocente, ni un solo inocente entre vosotros.

—Felizmente, si se hunde la civilización, no todo perecerá! Todos los inventos esenciales del hombre están a salvo entre nosotros, en esta isla en medio del diluvio.

—Y, ¿para qué sirven esos inventos? ¿cuánta parte tienen ellos en este delirio de hecatombe? ¿Cuál es la gran felicidad que han traído al hombre todos esos inventos? ¿En dónde está ese apogeo del cerebro humano?

—Todo eso bien dirigido habría tomado otro camino, habría dado al hombre otro destino.

—¿Quién dice que esos inventos no llevan consigo el camino fatal que han tomado y que siempre han de tomar el mismo? ¿Quién dice que su destino sea otro que el que estamos experimentando?

—No vamos a culpar a la maquinaria, gritaba Alfredo Roc, de todas las locuras de los hombres. Esos aparatos sin conciencia, entregados a la malicia de los hombres no hacen sino obedecer a la mano que ordena.

—Obedecen, pero también imponen, respondía Julio Bances y de ellos pueden saltar consecuencias imprevisibles para sus creadores.

—No queremos maquinaria, no necesitamos aparatos científicos. Hay que destruírlos.

—¿Estáis locos? ¿Os estáis contagiando también de la fiebre universal de destrucción?

—Hay que destruírlos a patadas, a martillazos. Que-

remos una vida ancha, descansada, sin ese falso confort que reposa sólo en la rapidez, en el menor esfuerzo. Muera la inmunda *ferraille*.

—Estáis hablando como niños, no podréis vivir sin apelar a cada instante a esos aparatos, a esa inmunda *ferraille* a la que ya estáis habituados. ¿Queréis volver al hombre primitivo? ¿Queréis volver al hombre selvático?

—Naturalmente vosotros también estáis locos. ¿No sabéis que toda vuestra vida reposa sobre la ley de economía que representa esa *ferraille* tan despreciable?

—Soy vosotros los locos. Queremos una vida calma, sana, sin inquietudes, una vida de grandes señores pastores. Queremos viajar lentamente. Detestamos la precipitación, la velocidad. El tiempo no es oro. Tenemos mucho tiempo por delante, tenemos tiempo para todo y queremos tener mucho tiempo que perder. Queremos ir de una provincia a otra en una semana, de un país a otro en un mes o dos meses.

—¡Mueran las máquinas!, al fuego todos esos grandes inventos de la vanidad de los hombres, hombrecillos.

—Proclamáis la vuelta a la animalidad.

— ¡Viva la animalidad!

—Es preferible esa animalidad a la civilización engendradora de la muerte y del odio.

—Pero puede crearse una nueva civilización engendradora de vida...

—No con los mismos medios.

—¿Por qué si dirigimos los medios hacia otros fines? Creemos un mundo nuevo sirviéndonos de todo lo que deja el mundo que muere. No todo en él era malo, señores.

—Para crear un mundo nuevo, hay que empezar todo de nuevo. Debemos hasta olvidar todo lo que sabíamos.

—Pero eso es imposible.

—Bueno, señores, propongo una transacción. Encerraremos todas esas máquinas, todos esos aparatos científicos en un gran museo que dejaremos cerrado por cien años. Dictaremos una ley impidiendo abrir sus puertas antes del tiempo fijado. Crearemos un tabú, un templo prohibido... Si queréis lo rodearemos de fosos como una fortaleza.

—Los encerraremos en el museo, en nuestro museo que es bastante grande. Ya tenemos el sitio.

—Es preciso construir un foso en torno. Aislarlo como un lugar pestífero.

—¿Aceptáis?

—Aceptado.

—Sí, sí, aceptamos.

—Aceptado, pero encuentro que es una lástima no haberlos destruído todos, todos.

—¡Ah! La locura es contagiosa. ¿Qué culpa tienen los instrumentos mecánicos de la estupidez de los hombres?

CAPITULO XII

—De manera que la colonia va a cambiar de rumbo. Habíamos pensado trabajar todos en común fraternalmente, sirviéndonos de los perfeccionamientos de la civilización para crear más rápidamente y más cómodamente un mundo nuevo y ahora resulta que tenéis miedo de la mecánica, que sois víctimas de un prejuicio absurdo contra todo instrumento mecánico.

—No es un prejuicio absurdo, es la más alta lógica la que nos hace tomar esta determinación y cambiar nuestras primeras decisiones.

—Absurdo, absurdo. La humanidad se suicida y vosotros borráis en un minuto todas las conquistas de la humanidad en vez de serviros de ellas para crear una humanidad mejor.

—La mecánica es la maldición. Esos instrumentos están malditos, con ellos no se creará nada bueno.

—Delirios... misticismo. Felizmente que hasta ahora Rusia se salva y con ella todos los grandes inventos del mundo civilizado. Ellos no están locos.

—A lo mejor ellos tampoco se salvan. La guerra no ha perdonado a Rusia.

—Pero el gobierno con todos sus técnicos, sus ingenieros y sus mejores especialistas se ha refugiado en el Ural.

—Quiere decir que quedarán en el mundo dos pequeños núcleos de hombres de cultura semejante que harán dos ensayos distintos. Esto no está mal.

—Queda también la América del Sur y la América del Norte.

—No, señores, según las últimas noticias de la última radio, la revolución ha estallado en ambas Américas y en el Japón. En todas partes se baten en las calles y los aviones bombardean las ciudades y los campos. En un mes más, ¿qué es lo que va a quedar en pié?

—Cuando el hombre entra en el camino de la destrucción es imposible sujetarlo.

Odios, venganzas, represalias. La muerte hacia el norte, la muerte hacia el sur, la muerte hacia el este, la muere hacia el oeste.

—Murió la Rosa de los Vientos, se deshojó entre los dedos de la muerte.

—El vértigo.

—En fin, señores, que entre nosotros se haga la voluntad de la mayoría. Desde ahora todo se someterá a votación.

—No pienso así. Que se haga lo mejor, lo más lógico, lo más estudiado.

—Vamos a principiar otra vez como en Europa. La mayoría, la minoría. ¿Es qué el hombre no podrá nunca evadirse de las mismas normas?

CAPITULO XIII

Predicar en desierto, esto es lo que se llama predicar en desierto.

Ya había muerto en Europa hasta la última radiola. Sin embargo, la voz de Silverio Roc seguía tronando. Su voz y otras voces.

"Proletarios del mundo uníos"

"Murió el capitalismo. Murió como Sansón aplastando bajo sus escombros toda la tierra, amigos y enemigos. Murió la burguesía esclavizadora. Proletarios, los pocos que quedais por el mundo, uníos para empezar la reconstrución del mundo."

Pequeñas bandas de hambrientos andrajosos invadían los campos y las ciudades en ruinas buscando algo que comer.

En Nueva York se veían por aquí y por allá esqueletos de rascacielos y algunas columnas de humo entre los escombros subían al cielo como huyendo del contacto humano, en busca de un sitio más propicio y más digno.

Aquí termina la sociedad humana. Ahora no hay más que hombres, hombres contra hombres, hombres hambrientos contra hombres hambrientos. Y estos hombres se destruirán, se morderán como perros rabiosos, se devorarán como lobos.

En vano levantan los brazos al cielo y claman a grandes gritos. Jesucristo, Buda, Mahoma.... Jehová, Jehová.

El ruido del Diluvio se oye apénas allá lejos en el fondo de la historia, perturbado sólo por el ruido del incendio.

Los hombres huyen despavoridos. Las montañas, los ríos, las selvas huyen a la desbandada.

CAPITULO XIV

Todo tiene que morir. Todo lleva en si su muerte. Esta es una ley absoluta, acaso la única ley absoluta. Vivir no es otra cosa que ir desarrollando la muerte.

Cuando una sociedad no se resigna a morir para dar vida a otra, para dejar su sitio a otra, entonces se produce el envenenamiento general y viene la hecatombe. Una sociedad debe sentir cuando entra en la decrepitud, no debe tratar de engañarse con artificios y maquillajes, debe darse cuenta de que está viviendo artificialmente y tener la discreción, la generosidad de dejar su sitio a quien deberá fatalmente ocuparlo. Las catástrofes se producen por falta de generosidad.

Francia decía: A mí Rusia no viene a enseñarme la revolución. Yo ya hice hace más de cien años la revolución, yo dí al hombre todo lo que se le podía dar. Yo me conozco en revoluciones, tengo más que nadie la tradición de la revolución.

Rusia contesta: Esto es falso, las tradiciones no quedan siempre en el mismo sitio. Las tradiciones emigran. La tradición de la revolución francesa la tenemos ahora nosotros. Hoy Francia representa ante la revolución rusa lo que ayer representó Austria ante la revolución francesa, la mayor enemiga, el país jefe de la santa alianza contra la revolución. Si vivieran vuestros grandes hombres de la revolución, Marat, Danton, Robespierre estarían con nosotros contra vosotros. Además es mentira que vosotros distéis al hombre

todo lo que se le podía dar, puesto que nosotros pedimos más.

"Proletarios del mundo uníos. Vuestra hora ha sonado"

"Se acabaron las diferecias de clases. Camaradas, todos somos hombres"

Era preciso instruír al proletariado. En vez de hacerles la guerra había que prepararlos para tomar el poder. Este era el único deber lógico de una sociedad que va a morir. No prepararse a resistir por todos los medios pues así sólo se logra decidir la violencia y se obliga al ataque a los que creen y saben representar la nueva evolución humana.

—Pero es que el mundo capitalista no tenía aún por qué morir. Quedaban muchos países que estaban en pleno apogeo.

—No es verdad. El capitalismo había perdido el control de la conciencia humana y de la economía social. Sólo por testarudez no quería resignarse a abandonar el campo. Por pereza y ceguera. Por el amor egoísta a la costumbre y de cada cual a su preciosa persona; sin pensar que para su preciosa persona era mejor y daría más garantías, al final, el nuevo régimen.

—El capitalismo había perdido el control momentáneamente.

—Nó, la burguesía estaba alocada. Se sentía perdida. La desorientación espiritual era un símbolo de la desorientación económica. Los poderosos, los grandes magnates de la finanza no sabían donde esconder su oro. Esto es la prueba de que sentían el naufragio porque habían perdido el timón.

Quedaba Francia, Estados Unidos y algunos otros países que. . .

—Error, todos se sentían incapaces de gobernar el

mundo y no comprendían el nuevo espíritu de los hombres.

—Sin embargo, todos los días se veía llegar el oro de todo el mundo a Francia, a Suiza.

—Eso mismo confirma lo que estoy diciendo. El hecho de que en todo el planeta hubiera sólo dos o tres países en donde el capital se sentía más o menos seguro y corría a refugiarse, prueba que el mundo capitalista estaba perdido. En todas partes se veía condenado a morir, veía disminuír su estabilidad.

—Esto empezó a causa de la crisis. Las huelgas, los desocupados, la miseria, el hambre.

—La crisis era fatal, era la crisis de un régimen, de un sistema. Crisis espiritual y crisis económica. Ya lo he dicho.

—A causa de la sobre producción mundial. Si no hubiera habido sobre producción....

—Falso, falso. No había sobre producción. La mayoría de los hombres faltaban de todo. No tenían ni ropas suficientes ni suficientes alimentos. Millones de hombres no sabían lo que era una lámpara eléctrica, lo que era una máquina de coser. En la mayoría de los campos del mundo los hombres vivían casi como animales, ¿cómo puede hablarse de sobre producción? Es absurdo. Lo que sucedía es que había una pésima repartición de la fortuna. La gran masa de los hombres no tenía medios adquisitivos.

—El problema habría podido solucionarse por medio de la economía dirigida, sin llegar al comunismo.

—Basta pensar un poco para ver que la economía dirigida es imposible sin la supresión de clases y la abolición del capital privado. Hay demasiados intereses contrarios, ¿cómo podría nunca dirigirse a una serie de propietarios de usinas con intereses antagónicos? ¿como se les puede obligar a ponerse de acuerdo?

—Estableciendo las bases de la produción y haciéndolas obligatorias.

—Imposible hacerlas obligatorias mientras exista el interés privado.

—El Estado se hace dictador e impone su ley.

—El estado se hace dictador. Impone su ley.... Para esto lo primero que tiene que hacer es impedir la especulación particular. Obligar a todos los ciudadanos a trabajar bajo su control. Eso es el socialismo. eso es lo que pasa ahora en Rusia.

"Proletarios del mundo uníos"

Es preciso construír el mundo de nuevo. ¡Ay! de aquellos que se hacen los sordos ante el llamado de la realidad.

—Lo que nos es más antipático en Rusia es el colectivismo. Los comunistas matan todo individualismo.

—Matan el falso individualismo, para llegar después a un verdadero individualismo. El hombre del futuro verá aumentar en todos sentidos sus posibilidades de vida, la facilidad de su desarrollo y aún podrá permitirse el lujo de mayores ocios. Una perfecta repartición de la riqueza y del confort ¡qué individualidades daría! ¡cuánto más fecundo no sería entonces el ocio!

—El artista, el escritor bajo el régimen obrero tiene que trabajar para el ~~burgues~~. obrero

—Lo mismo que el artista del régimen burgués tiene que trabajar para el ~~obrero~~. burgués

—Sí, pero los burgueses son más cultivados, son capaces de comprender las cosas elevadas, mientras que el obrero es demasiado ignorante, no comprende nada.

—Los burgueses hoy comprenden las obras de arte (y habría que saber si las comprenden) pero ayer no las comprendían. Lo mismo los obreros que hoy no comprenden, mañana comprenderán.

—Pero no habiendo diferencias de clase...

—Justamente, no habiendo sino una sola clase social, los intelectuales y los artistas saldrán de esa clase, responderán a esa clase y al mismo tiempo irán adelantándose a ella, irán levantando el nivel y el nivel a su vez los irá levantando. El mundo producirá mucho mayor número de hombres interesantes cuando haya mayor número de hombres cultivados. Siempre habrá grandes personalidades, cerebros privilegiados. La humanidad siempre producirá frutos que serán su substancia pensante, que serán como la condensación de la raza, el tipo principal elaborado por centenares de tipos menores.

—Si es así ¿cómo entonces la mayoría de los hombres se opone a la revolución?

—Porque son muy pocos los hombres que sienten el destino de la humanidad y los que sienten su propio destino en el destino total.

"Proletarios del mundo uníos".

Es necesario que el verbo se haga carne y que la carne se haga verbo.

CAPITULO XV

Alfredo Roc estaba contento. De todos modos la colonia prosperaba. Se habían suprimido los tractores agrícolas, no se veía una sola máquina en los campos, pero los hombres trabajaban tan felices o más felices que antes.

Y los trigos crecían. Y las viñas pronto darían sus primeros vinos.

Evidentemente la intensidad de la producción disminuiría. ¡Qué mas dá! Acaso aumente la calidad. Y ¿para qué tanta producción? La colonia no es tan numerosa. Siempre habrá alimentos suficientes para esos cuantos miles de hombres. Lo demás vendrá por añadidura.

Alfredo Roc sentía que la mitad de su gran sueño se había derrumbado y sin embargo estaba contento. Harían una vida patriarcal en vez de una vida de acción. Así lo había acordado la mayoría de sus amigos. El había pensado construir en diez años un país modelo. Con todo lo mejor de Europa y de América. Se había llevado excelentes técnicos y especialistas en los ramos más importantes del arte y de la ciencia. Ahora veía que todos o casi todos sentían una especie de asco por su oficio y preferían la vida lenta y tranquila de los pueblos pastores. Así iba a empezar a formarse en ese rincón del mundo una nueva civilización. Acaso un día ese rincón sería el centro del mundo. ¿Por qué nó? Acaso los descendientes de ese grupo de pioneers serán mañana una gran nación.

—Vuestro horror a la mecánica os pasará, decía Roc a sus amigos y es muy posible que dentro de pocos años, se

acuerde por inmensa mayoría volver a abrir ese museo en donde habéis encerrado todas nuestras máquinas, todo eso que llamáis artificial.

—Dentro de cien años, no antes.

—Ni en cien años, interrumpió Alberto Duren.

—Yo creo que en muy pocos años más, insistía Roc, cuando hayáis olvidado la gran catástrofe que está aún muy pegada a vuestro espíritu. Cuando la necesidad de utilizar todas esas ayudas para vuestro trabajo se haga más apremiante.... Entonces volveréis a abrir las puertas del museo y las momias saldrán bajo arcos de flores.

—Eso no lo veremos nosotros, ni nuestros hijos.

—¡Quién sabe! Quien sabe, amigos míos.

Los arquitectos habían tenido que amoldarse a las nuevas circunstancias. Casi todas las casas se construían según tres tipos standard creados por Le Corbusier. Tres tipos de villas o pequeñas casas de campo. Raras eran las escepciones a esos tipos perfectamente estudiados y que reunían todas las comodidades posibles dentro de una indiscutible pureza de líneas y un preciso equilibrio de planos. Eran hermosas, muy hermosas las casas que habitarían esos náufragos del huracán universal. Hermosas, bien aireadas, llenas de luz.

Durante el día todos trabajaban en los campos o en sus huertos. En las noches se reunían en la casa de un amigo. Se invitaban a comer unos a otros. No había grandes distracciones. A veces un poco de música, bailes y el espectáculo siempre vivo de las fiestas de los negros. Los paseos a caballo, los juegos de sport y casi todos los sábados y domingos las grandes cacerías para unos, la pesca para los otros.

CAPITULO XVI

El Africa es grande, el Africa es negra. Cuando niño, por una absurda asociación de ideas, yo creía que la noche venía del Africa. Esa noche que sale de la boca de los lobos, que brota del fondo de las selvas y se queda en la piel de los negros.

Mujen las vacas, braman los toros, aullan los perros, graznan los buhos, las ovejas balan, rugen las fieras, ruedan las aguas con el rumor fresco de las piedras, cada árbol tiene un susurro especial y la selva una gran melodía a media voz. Todo envuelto en el viento que pasa, que sigue de largo en su camino sin decirnos adiós. La tierra canta en la noche y su canto nos dilata el pecho y nos dice que no debemos alejarnos de ella y es este canto de la tierra el que sale por el universo y le dá un idioma, un acorde distinto en medio de los acordes de los otros astros. Cada cual tiene su idioma y todos juntos forma la orquesta del infinito.

Sumergido bajo esa música el hombre se duerme y sólo los oídos del subconsciente se agrandan, se enriquecen de tesoros que acaso el hombre nunca conocerá y que sin embargo están en él.

Soñaba que íbamos en una gran cacería. Veinte o treinta cazadores. Atravesábamos ríos, escalábamos montañas, cruzábamos selvas, marchábamos por llanuras inmensas. Los animales huían por todos lados al oir nuestro paso. En vano disparábamos nuestros fusiles contra ellos, no apuntábamos un solo tiro. Yo era famoso por mi puntería,

pensaba, y he aquí que no doy en blanco. Ni un solo tiro. Se oían las risas de las fieras que se burlaban de nosotros. A cada disparo respondía una carcajada. Entonces apareció ante mí un anciano respetable, con una gran barba blanca que le caía por el pecho hasta el suelo y se perdía al fondo de la llanura, sus ojos profundos brillaban detrás de unas gafas mas grandes que la luna; sentí un estremecimiento de respeto o de miedo al oir su voz seca que me decía: Pierde Ud. su tiempo, joven, tome este aparato de mi invención y matará Ud. todos los pájaros del cielo y los animales de la tierra. No hay nada más simple, vea Ud., es una pequeña cajita cuadrada con un tubo por donde sale un haz de luz. Esa luz es el Rayo de la Muerte y le aseguro a Ud. que no quedará nada con vida a mil kilómetros a la redonda si Ud. lo coge en su mano y gira sobre sus talones, apuntando siempre frente a Ud. hacia el horizonte. Es el mejor desinfectante que se ha inventado.

—¿Quién es Ud? pregunté. El viejo sonrió y al sonreir su barba onduló como el mar hasta donde se perdía mi vista.

Al fondo de la noche se alzaba la montaña con una gran luna sobre los hombros. Yo miraba hacia todos lados y me preguntaba: ¿estoy durmiendo o estoy despierto? De repente se oyó el silbido de una bala, luego otro y otro. En un instante miles de balas pasaron sobre nuestras cabezas y detrás de las balas cruzaron el cielo millones de obuses. La tierra se veía como bajo una rejilla de acero errante.

—¿Quién dispara, señor, quién dispara? Son millones de obuses.

—Esos obuses vienen de lejos, han atravesado múltiples países y tienen la experiencia de sus años y de todo lo que han visto. ¿Ignora Ud. joven, que en los viajes se aprende mucho? Cada uno de esos obuses trae consigo algo de su

tierra, tiene su idioma propio y podrá enseñarle más de lo que Ud. se imagina.

—Ojalá sigan como aves migratorias y no se dejen caer en nuestra llanura.

El anciano empezó a reir nerviosamente. Su barba subía y bajaba como una gran ola. Era una verdadera tempestad sobre la llanura. Yo pensaba: si un barco se aventura entre esas barbas va a un naufragio seguro.

—¿Quién es Ud.?, volví a preguntar.

—Yo soy el Gran Inventor. ¿Ve Ud. este globo de aluminio? Adentro de este globo hay un óvulo femenino. Yo puedo fecundarlo mecánicamente con el esperma de cualquiera hombre y dar vida a otro hombre. Aquí se forma el feto. Sólo necesito darle una temperatura especial y alimentarlo de sangre durante nueve meses. Se acabó la molestia del embarazo, se acabaron los dolores del parto. Esto no existía en tiempos de los salvajes, cuando yo sólo tenía la mitad de mi barba.

—Entonces ¿se acabó el amor?

—No, joven, no se acabó el amor, ni el placer; se acabó el dolor físico. El amor tiene otro origen y otros resortes. Ud. confunde, es Ud. un hombre demasiado simple. Mi invento no era muy sencillo, sobre todo requería paciencia pues tuve que analizar la nutrición del feto, las diferencias de la sangre nutridora durante cada día en los nueve meses del embarazo. La cuestión de la temperatura era fácil de resolver.

—Y Ud. si es un buen hombre ¿cómo ha podido inventar al mismo tiempo que esta maravilla, ese horrible Rayo de la Muerte?

—Yo tengo muchos años, joven, y he pasado por diferentes experiencias.

A mi derecha en una especie de pequeño montículo se

veían dos árboles uno frente al otro a una distancia de cuarenta metros más o menos. Uno de los árboles era viejo, casi seco, desmantelado, se caían sus ramas muertas; el otro era un arbolillo naciente, pequeño, lleno de brotes nuevos y de diminutas hojillas verdes. El anciano me señaló el árbol viejo y me dijo:

—Ese es el árbol de las enfermedades y de las epidemias de estos tiempos. Pronto va a morir pues ya la ciencia lo ha dominado. Pero ahora aparece aquel otro, ese pequeño arbolillo que empieza a salir de la tierra. Ese es el árbol de las epidemias futuras, de las enfermedades que el hombre aún no conoce.

Dí unos pasos para alejarme de aquél montículo peligroso y ví frente a mí una larga hilera de estatuas de héroes vestidos de guerreros con la cabeza arrogante echada hacia atrás y todos con la mano derecha sobre el puño de una espada. Al pié de cada estatua había una corona de flores frescas y en cada corona una cinta de metal con una inscripción. Me paseé entre las estatuas y leí las inscripciones:

1.º—Estatua. "Al salvador de Alemania de la barbarie francesa".

2.º—Estatua. "Al salvador de Francia de la barbarie alemana".

3.º—Estatua. "Al salvador de Inglaterra de la barbarie española".

4.º Estatua. "Al salvador de España de la barbarie inglesa".

5.º—Estatua. "Al salvador de Italia de la barbarie austriaca".

6.º—Estatua. "Al salvador de Austria de la barbarie italiana".

7.º—Estatua. "Al salvador de Turquía de la barbarie cristiana".

8.º—Estatua. "Al salvador de la Cristiandad de la barbarie turca".

Leídas todas las inscripciones miré al anciano y este como adivinando mi pregunta me dijo:

—Como Ud. vé los pueblos civilizados siempre se han defendido gloriosamente contra la barbarie .

En ese instante se vió una luz como un relámpago en el cielo. Un grupo de muchachos apareció en el fondo de la llanura, venían hacia nosotros corriendo y gritando. Eran vendedores de periódicos.

—¿Qué gritan? pregunté.

—Ya lo verá Ud. cuando pasen a su lado, me respondió el anciano, yo ya lo sé.

El primer vendedor que pasó junto a mí dejó caer un gran diario abierto y voló por el aire. Cojí el diario y ví en enormes caracteres negros: EL SUICIDIO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS.

—Y a mí que me importa el suicidio de ese señor, exclamé con rabia.

—Sí, tiene importancia, gritó una voz detrás de mí. El presidente se disparó tres tiros.

—¿Tres tiros? Imposible.

—Si, señor tres tiros y esos tres tiros son tres puntos suspensivos en la historia.

—A mi nada me importa yo ya salí fuera de la historia.

Los vendedores de periódicos pasaban volando y se perdían entre las nubes. El hombre que había aparecido detrás de mí era un militar vestido de blanco, lleno de medallas desde el hombro izquierdo hasta el pié del mismo lado.

—Se equivoca Ud. joven, nadie puede escaparse, nadie ha encontrado las puertas de la historia.

—¿Quiere decirme quién es Ud?

—¿No me conoce Ud? Soy el Mariscal Blanco, yo soy el que matará a todos los negros y a todos los amarillos. Los pasaré a cuchillo a todos, todos sin que se me escape uno, simplemente porque me molestan a la vista. Los encuentro feos. Los mataré a todos. No más raza que la raza blanca. Sólo Europa y las dos Américas, sin sus indios por supuesto. Así el planeta será una cosa habitable, decente e higiénica.

El anciano de las barbas, se rascaba las barbas. De cuando en cuando me miraba y miraba al Mariscal, pero no sonreía.

—El Mariscal es un hombre gracioso, dijo el anciano, gracioso y muy joven tiene cinco años, porque ha de saber Ud. que entre nosotros todos los hombres están clasificados en una cierta edad según su oficio. Por ejemplo, los abogados tienen seis años, los políticos siete años, los filósofos ocho, los ingenieros y los médicos nueve, los sabios, se entiende que los verdaderos hombres de ciencia y son pocos, tienen diez años. Los militares y los financistas tienen cinco años.

—¿Y los poetas? pregunté.

—Los poetas son los más viejos, son tan viejos que ya han dado la vuelta y han recaído en la infancia. Ud. sabe, los extremos se tocan.

El mariscal nos lanzó una mirada llena de cólera y dirigiéndose al anciano preguntó:

—¿Es Ud. patriota?

—No, señor, soy astrónomo, respondió el anciano.

Hubo un momento de silencio, un silencio profundo,

un silencio terrible, tan absoluto que se oyó el traspiés de una estrella al fondo del cielo.

Habló el mariscal con una voz que parecía venir de otro siglo.

—Vosotros habéis visto la destrucción de Paris pero no habéis visto la destrucción, no menos magnífica de las otras grandes capitales del mundo. ¡Qué a tiempo huisteis de Europa!

—Yo no he huído de ninguna parte, respondió el anciano.

—¿Es Ud. cobarde? me preguntó el mariscal. Antes que yo respondiera el anciano interrumpió:

—Tú crees en Dios pero has de saber que Dios cree en otro Dios.

El mariscal se echó a reir y yo dije tímidamente:

—Dios no cree en Dios.

—Hay algo más grave, exclamó el anciano, el hombre no cree en el hombre.

Una estrella que estaba parada en el firmamento frente a nosotros dió un salto hacia atrás. Al mismo tiempo se oyó un bombardeo ensordecedor. Otra vez empezaron a pasar las balas sobre nuestras cabezas. Se oían explosiones violentas no lejos de nosotros. Miles de planetas empezaron a caer sangrando por el pecho o por la boca. Una voz enorme que parecía salir del fondo de la tierra como un volcan bramó en medio de la noche:

MALDICION.

Toda la tierra tembló y era tal la fuerza de esa voz que los tres nos sentimos un instante alzados en el aire. Yo quedé como aturdido. Cuando volví en mí ví que el mariscal estaba herido y que se iba hundiendo por una quebradura que se había abierto en el suelo y que se lo iba tragan-

do lentamente con un extraño movimiento de sus bordes como si fueran labios. El anciano había desaparecido y se veía la última punta de su barba en lo alto de la montaña.

Al mismo tiempo varios rebaños de animales bajaban hacia el mar y seguían andando sobre las olas. Grandes rocas de hielo pasaban lentas sobres las aguas cerca del horizonte. Se oían gritos de hombres. Multititudes sedientas bajaban de una montaña, hordas de historia olvidada en los tiempos se dejaban caer como la luz e invadían las llanuras y se perdían en la noche.

Una voz gritó a mis espaldas:

—He ahí la noche creadora.

Yo volví el rostro y no ví a nadie. La voz volvió a gritar.

—He ahí la noche de la creación y de la realización. Allí se crea y se determina la existencia del mañana.

Iba a decir algo cuando otra voz me cortó la palabra, una voz dulce que parecía venir de muy lejos, murmuró a mi oído:

—Piensa que Dios hizo el mundo en seis días.

—Por eso es que está tan mal hecho, rugió la primera voz .Si hubiera puesto seis años, sería algo mejor.

Sentí una angustia que me apretaba la garganta y exclamé desesperado:

—Amigos míos ¿qué habéis hecho de mí? Alfredo Roc. Baltazar Doriante ¿en donde estáis? Me habéis traído aquí y me habéis dejado solo en medio de las tinieblas.

La misma voz pero con una entonación bien distinta volvió a gritar detrás de mí:

—Huid, imbéciles, huid de vuestros países, abandonad vuestra tierra, corred a refugiaros en el más obscuro rincón del mundo y allí acurrucaos y haceos pequeños como

gusanos para que nadie os vea y venga a arrancaros de vuestro escondite y arrastraros a la muerte.

Yo sentí que mi deber era responder: ¡Cobarde! ¿por qué vamos a huir! Nuestro deber es pelear y no temer a la muerte... ni tampoco a la vida. Pero las palabras no salieron de mi garganta. En cambio la voz oculta seguía tronando a mis espaldas:

—Será preciso una catástrofe inaudita para que los hombres se resignen a cambiar de piel. Animal de costumbre, animal de costumbres idiotas, será preciso una invasión, como esas invasiones antiguas que cuentan las almenas en ruinas, para que aprendas a vivir la vida nueva.

La voz cambió de tono o acaso fuera otra voz la que exclamó furiosamente:

—La Guerra, la guerra. Huid, salvaos de la hecatombe. La Revolución, la revolución. Huid, imbéciles, salvad el pellejo, cobardes.

—Nada sabemos de lo que pasará mañana.

—Sí, lo sabemos nosotros los poetas, tronó otra voz. Mira, y que tu ignorancia cierre los labios. Un avión inmenso pasó volando por el cielo y dejó caer una mano que brillaba como fosforecente. La mano escribió en el aire y he aquí lo que pude leer:

"Yo soy Ezequiel y yo anuncié a los hombres, que no comprendieron, vuestro tan decantado invento del avión. Coge una Biblia, lee mis profecías y verás:

4 "Y miré y he aquí un viento tempestuoso venía del aquilón, una gran nube con un fuego envolvente y en derredor suyo un resplandor, y en medio del fuego una cosa que parecía como de ambar.

5 "Y en medio de ella figura de cuatro animales. Y este era su parecer; había en ellos semejanza de hombre.

6 "Y cada uno tenía cuatro rostros y cuatro alas.

7 "Y los pies de ellos eran derechos y la planta de sus pies como la planta de pié de becerro; y centelleaban a manera de bronce muy bruñido.

12 "Y cada uno caminaba enderecho de su rostro: hacia donde el espíritu quería que anduviese, andaban; cuando andaban no se volvían.

13 "Cuanto a la semejanza de los animales, su parecer era como de carbones de fuego encendidos, como parecer de hachones encendidos: discurría entre los animales; y el fuego resplandecía y del fuego salían relámpagos.

15 "...estando yo mirando los animales, he aquí una rueda en la tierra junto a los animales, a sus cuatro caras.

19 ".. cuando los animales andaban, las ruedas andaban junto a ellos: y cuando los animales se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban.

20 "Hacia donde el espíritu era que anduviesen, andaban; hacia donde era el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas".

Me restregué los ojos varias veces y exclamé desesperado:

—No, yo no creo en tus profecías. Esas son cosas buenas para niños.

La voz colérica contestó:

—Pobre de tí. Y volvió a gritar: huid, huid, os digo, abandonad vuestros países y corred a refugiaros en tierras de los salvajes, ellos lo son menos que vosotros.

—No me darás miedo, dije, voz de la cobardía, no me das miedo.

Sentí un ruido extraño y miré hacia el fondo de la llanura. Un sin número de ataudes se veían en el suelo unos al lado de los otros, en interminables filas. Unos viejecitos

muy serios, pequeños, barbudos, venían por todos los caminos, llegaban al fondo de la llanura y se acostaban en los ataudes. Después aparecían unos grandes viejos, secos, de ojos profundos, llegaban a los ataudes y se acostaban como los primeros. Luego ya no eran hombres los que venían, eran países que se desprendían de sus continentes y llegaban unos en pos de otros a acostarse cada cual en su ataud. Detrás venía una larga fila de planetas, llegaban a los ataudes y se acostaban. Por último ví aparecer una inmensa masa informe que hacía un ruido de viento, llegó a un ataud más grande que había al medio y se acostó. Entonces todos los ataudes se cerraron de un solo golpe con el rumor de un ejército que recibe una orden.

Apénas se habían cerrado los ataudes ví aparecer una doble fila de monstruos que se alejaban por un camino que empezaba entre dos altas estatuas de piedra y terminaba en una enorme caverna abierta al flanco de una montaña. Mirando fijamente pude ver que aquello no eran monstruos sinó grandes y pequeñas maquinarias, motores, instrumentos diversos, etc, etc, que marchaban por parejas de dos en dos y se perdían al fondo de la caverna. Iban dos hermosos aviones, dos magníficos automóviles, dos locomotoras, dos dinamos eléctricos, dos telescopios a paso de girafas, dos microscopios lentos, dos gramófonos chillones, dos sabias linotipias, dos aparatos como de radio o de telégrafo, dos teléfonos, dos arcos voltaicos y más lejos de mí otra serie de parejas que se perdían de mi vista. Todos iban en una marcha de procesión y parecían satisfechos de sí mismos, orgullosos de su perfección.

Las dos estátuas que estaban frente a frente al principio del camino empezaron a hablar, a cantar, a discutir, sin desplegar los labios.

—He ahí la vanidad. He ahí la pérdida del hombre. He ahí la causa de la muerte del espíritu.

—Estúpida, todo lo comprendes por el lado externo. Esas máquinas no pueden matar el espíritu sinó en los hombres de poco espíritu.

—Somos los esclavos de esos aparatos sin alma.

—Es preciso ser el amo y no el esclavo.

—El inventor está sobrepasado por sus inventos. El mismo no puede prever a donde le llevarán y a qué le obligarán sus inventos. Un invento engendra otro, una máquina engendra otra y el ritmo se acelera de tal modo que el hombre no puede seguirlo y queda atrás, sin aliento, lejos, atrás de lo que ha salido de sus manos. Pobre animal vanidoso que ama su propia destrucción. Materialismo, demasiado materialismo.

—¿Qué tonterías dices? El progreso es el progreso y siempre los hombres inferiores se han quedado atrás de su tiempo, han sido aplastados por el progreso de su época. Esto es un bien no un mal. Eliminar los seres inferiores es una selección. ¡Viva el maquinismo aplastador de los débiles!

—La vida se ha puesto artificial a causa del maquinismo.

—¿Cuándo empieza el maquinismo? Para un hombre primitivo un martillo, una sierra era algo tan artificial y tan inhumano, según tus palabras, como para nosotros el más complicado motor de hoy. Con el instrumento nació la inteligencia. Sigue tus raciocinios hasta sus últimas consecuencias y tendrás que declarar que la inteligencia es una deformación del cerebro humano. La inteligencia es artificial.

—Un automóvil que pasa a la carrera me impide soñar.

—Quiere decir que tu sueño no valía la pena. ¿Por qué el galope de una vaca o de un caballo no te impide soñar?

—La naturaleza no entorpece, la naturaleza ayuda al espíritu.

—Hay mucho más espíritu en esos monstruos creados por el hombre que en esos animales agenos al espíritu del hombre.

—Crees en la máquina y en la mitología de la máquina como un ingeniero americano o un niño ruso.

—Nada de eso, creo en la máquina pero sin misticismo, creo en ella como en la liberadora de mi servidumbre, como en la que va a reemplazarme en mi esclavitud y me permitirá soñar como tú nunca aún has logrado soñar.

—Mira con qué gesto de desprecio responde a tus palabras ese gramófono que acaba de pasar, rezongando como un loro.

—Sólo tú ves gestos de desprecio porque a tí te desprecian, no a mí.

El gramófono que parecía haber oído algunas frases de la discusión se volvió hacia las estatuas y exclamó con aire de burla:

—Vosotras queréis enmascarar vuestra torpeza y vuestra debilidad echándonos la culpa a nosotras de todas vuestras tragedias individuales.

—¿Has oído?

—Tiene razón ese pequeño gramófono insolente. Si tu alma apasionada y romántica se siente perturbada por el trabajo de un monstruo mecánico o por la irrupción en tu vida de eso que llamas vida artificial, quiere decir que es flaca tu pasión. Yo ni siquiera veo la labor de esos monstruos cuando no quiero verla. La grandeza de nuestra época puede medirse justamente por los grados de perturbación que provoca.

—Es absurdo creer que el valor de una época esté medido por el desequilibrio que produce.

—Así es sin embargo. Escucha, el hombre empezó por

conquistar los tres reinos de la naturaleza: El reino mineral, el reino vegetal, el reino animal, y cada una de esas conquistas fué tan importante en su vida, fué tan decisiva en su desarrollo, lo modificó de tal modo que él las dejó marcadas en la historia primitiva de su evolución por medio de diferentes totemizaciones. Luego el hombre creó un nuevo reino, el reino mecánico, el reino que él agregó a la naturaleza. El hombre ha poblado el mundo de sus monstruos y estos monstruos tienen que producir en él un transtorno hasta que no los haya asimilado completamente. Después vendrá un nuevo equilibrio. Los que protestan, protestan porque sienten que ellos son inferiores al medio, que no pueden asimilarse al mundo nuevo y por lo tanto sienten que tienen que perecer. Protestan contra su propia muerte. Cada paso decisivo del hombre produce un desequilibrio en los hombres débiles o mal dispuestos.

—Mi conciencia repugna a esta civilización sin base espiritual y que ha perdido el sentido universal.

—Renueva tu conciencia, renueva tu base espiritual, renueva tu sentido del universo. Y si no eres capaz resígnate a la muerte.

—Yo no puedo aceptar con corazón alegre esta perturbación de mi ritmo interno, este desequilibrio del alma y del mundo.

—A los ojos de los perturbados todo es perturbación, a los ojos de los desequilibrados todo es desequilibrio, a los ojos de los fuertes todo es fuerte, a los ojos de los creadores todo es creador.

—Nó, mil veces nó. Yo proclamo la insurrección del hombre contra la tiranía de la máquina.

—Y, sin embargo, sólo esa tiranía producirá tu liberación.

—No me convencerás. ¡Muera vuestro progreso, mue-

ra vuestro confort, vuestro bienestar, vuestra falsa higiene! Quiero ver un águila y no un avión en el cielo, quiero ver las palomas en las ramas de los árboles.

—Estúpida. No digas más tonterías y piensa en esto que te digo: las palomas no se paraban en los tejados de las casas antes que se hubieran construídos las casas.

Cuando la última pareja de esos maravillosos instrumentos hubo pasado el umbral de la caverna, la montaña cerró sus puertas y todo desapareció en sus entrañas. Entonces volví a oir la gran voz que clamó muy cerca de mis oídos:

—Es el Anti-Diluvio.

—¿Quién me habla? ¿Qué sabe Ud.? pregunté angustiado.

—Es el Anti-Diluvio. Sepa Ud. que hace algunos años yo quise hacer naufragar el Arca y estuve a punto de lograrlo.

—¿Quién me habla? Volví a gritar.

—**La montaña se los tragó, repitió la voz. Dentro de** algunos siglos, volverán a salir por el otro lado de la montaña.

—Le ruego decirme quién es Ud. que habla detrás de mí, repetí por tercera vez.

La voz como si no oyera mis preguntas siguió exclamando:

—Han encerrado en la montaña una pareja de cada una de las máquinas y de cada uno de los aparatos inventados por el hombre, pero mire Ud. allá a su derecha en ese campo verde esos grupos de gruas pastando tranquilamente.

Yo miré hacia el sitio que indicaba la voz y ví en realidad dos pequeños rebaños de gruas brillantes de sus metales y que parecían mordisquear la yerba.

—¡Ah! ve Ud., dijo la voz, se olvidaron afuera las siete gruas gordas y las siete gruas flacas. Esto es muy grave.

Acababa la voz de pronunciar la última palabra cuando una espesa humareda cubrió toda la montaña. Un minuto después inmensas llamaradas le brotaban por todos lados. Las lenguas de fuego subían al cielo con un ruido infernal. De pronto alguien apareció corriendo frente a mí. Alfredo Roc venía gritando como un loco:

—Imbéciles, salvajes ¿qué habéis hecho? Oh! Oh! Parece mentira. El esfuerzo de miles de generaciones reducido a cenizas.

En ese instante cayó estrepitosamente la cumbre de la montaña, cayó ardiendo el techo de la montaña que era un gran libro abierto.

CAPITULO XVII

La colonia es feliz. Pasan los días sonrientes y se vuelcan en el mar como carros cargados de flores. Ha pasado una semana después de ese sueño extraño y doloroso, una semana de vida idílica.

Ese pálido fantasma que llaman la tragedia se pasea por otros sitios del planeta. Aquí todo es felicidad, calma, placidez, esperanza. La alegría de vivir y la doble alegría de crear la vida nueva, otra vida mejor.

(Aquí se ruega al lector recordar todos los sueños más idílicos de su vida, suponer que los está realizando, que los está viendo realizados frente a él. Así me evitará muchas descripciones inútiles).

Vida de labor y de alegría sana. Sin embargo, se advierte en medio de la dicha general, una especie de inquietud subconsciente. De cuando en cuando se ven pasar algunos ojos que miran recelosos, hacia el museo de las máquinas. Esos ojos parecen decir: ahí está el peligro del futuro.

Ojos anónimos, ojos sin nombre pero que llevan un designio o una fecha escritos en algún rincón.

Se puede vivir tan bien en el planeta. Es tan hermosa la tierra. Se puede pensar, se puede cantar. Es tan maravilloso el mar, es tan magnífico el cielo. Y hay las cuatro estaciones como cuatro teatros diferentes. Nadie puede inventar un espectáculo comparable.

¡Y qué cantidad de actores más conmovedores y más emocionantes! Sería imposible hacer el inventario completo.

Hay el teatro del amanecer.

Hay el teatro del medio día.

El teatro de la tarde.

El teatro de la noche.

Hay las regiones diferentes, los países diferentes.

El país de los árboles.

El país de las flores.

El país de los ríos.

El país de los lagos.

El país de las montañas.

El país de las llanuras.

El país donde habitan las estrellas.

Escuchemos la lección de belleza que trae el viento, el viento que ha visto tantas cosas.

Escucha y contempla.

Anda por el mundo y colecciona en tu pecho todo lo que extremece tus sentidos. Deja la marca de tus ojos en todas partes. Abre tu corazón, abre tu cerebro, entrégate entero hasta olvidar la palabra.

La poesía nace a cada paso que damos. Nos hace señas desde cada uno de los cuatro pétalos de la rosa de los vientos, nos llama de todos los puntos de los cuatro horizontes.

¡Ah!, amigos míos, siento que un grito se me forma en el pecho, un grito cálido que se agranda y que va a romperme la garganta y a estallar en la boca: No conturbes el mundo ni que el mundo te conturbe.

CAPITULO XVIII

Alfredo Roc no podía dejar de pensar en su hijo. ¿Qué sería de él? Era casi imposible que hubiera escapado a la muerte. ¿En qué tierra de Europa su cadáver se ofrecía a las ratas hambrientas?

El hizo todo lo que pudo por llevárselo consigo al Africa. Por una parte sentía la tortura de su pensamiento, por otra sentía el orgullo de la personalidad de ese hijo que no había querido seguirle por no pensar como él y que no había vacilado en sacrificar su vida a sus ideas. El padre comprendía al hijo y en el fondo lo aplaudía. El hijo también comprendía al padre pero no podía aplaudirlo porque consideraba que su actitud era un escamoteo, era una trampa en el juego de la dialéctica histórica.

En la colonia los amigos más íntimos de Roc sabían que la obsesión del hijo le atormentaba y trataban de distraerle. Todas las tardes después del trabajo, venían a acompañarlo. Julio Bances y Juan Rosales se acostaban temprano, raras veces salían por la noche. Además Bances protestaba siempre contra las discusiones:

—Hasta cuando dáis vuelta los mismos problemas, al revés y al derecho: el porvenir de estas gentes, el maquinismo o el antimaquinismo, la iniciativa espontánea o las directivas, ruta libre o ruta trazada. El destino de la humanidad es y será siempre el mismo, vá del instinto hacia la razón. Al final de su historia el hombre, por la razón habrá dominado la naturaleza como al principio la dominó por su instinto. Volverá al punto de partida, se cierra el círculo y

los extremos se tocan. Es la serpiente que se muerde la cola. De un modo más perfecto, más completo, es decir, enriquecido por los siglos, el hombre volverá a su punto inicial, comprenderá todos los secretos y podrá recomenzar por sí mismo la obra de la creación. Será el período de la creación artificial después del período de la creación natural. Y después será el fin del mundo.

Bances pensaba como Baltazar Doriante: nos ha tocado nacer en un momento del destino del hombre en el cual ya hemos perdido el instinto y aún no tenemos suficiente razón. Estamos a ciegas. Es el momento más tonto de nuestra historia.

Según Roc esto era un disparate pues si se acepta el destino humano, todo momento tiene igual importancia dentro de ese destino.

Siempre preocupados de lo mismo, siempre dando vueltas los mismos problemas. Bances tenía razón.

En cierta ocasión alguién pidió a Roc que definiera en unas cuantas palabras qué cualidades desearía él para la futura raza humana. Roc respondió más o menos lo siguiente: Un perfecto equilibrio entre lo material y lo espiritual, el pensamiento y la acción, el sueño y la realidad, lo abstracto y lo concreto.

Doriante que lo oyó dar esta respuesta no pudo menos de protestar contra su amigo.

—Roc desea para nuestros descendientes más o menos lo mismo que habría deseado cualquier viejo fetichero para su tribu.

En cuanto a Juan Rosales, sólo podemos decir que él era el más antiprogresista de todos, él era entre los primeros pioneers el único antiprogresista verdadero. Su pensamiento podía resumirse en estas palabras suyas varias veces repetidas:

—La química, la química; mil combinaciones químicas, millones de combinaciones... (Y aquí con tono de sarcasmo) ¡Qué nos importa el hombre si nos queda la química!

Luego después de una pausa agregaba:

—Los motores han ensuciado el aire. A mí sólo me importa el hombre.

—La química ha nacido del hombre. El hombre de ciencia es también un hombre, le discutía Roc.

Rosales como si no oyera:

—Los aviones han manchado el cielo.

—Yo no veo tales manchas, ni siento más sucio el aire.

Difícil sería resolver en pocas palabras el problema que ha dividido en dos bandos distintos a los habitantes de la colonia. Los que quieren continuar la vida desde el punto en que quedó en la tradición europea y los que quieren hacer tabla rasa de todo y empezar de nuevo.

Y en medio de los dos bandos Alfredo Roc que quisiera conciliar todas las ideas y que quisiera sobre todo que la colonia sea feliz y al mismo tiempo que nada se pierda de la ciencia y los inventos de los hombres. Roc piensa que si es necesario habrá que constituír una secta oculta de iniciados que se transmitan la gran tradición.

Hay algo que ninguno de ellos ignora y es que cada vez que el hombre se transforma, cada vez que la serpiente humana cambia de piel, el transtorno es doloroso, se producen desgarros y heridas. La humanidad siempre ha dado a luz con dolor. Y esto es lo que más los inquieta y los angustia.

Lo malo es que ignoramos las reacciones de la substancia sobre la cual trabajamos. No sabemos lo que producirá tal semilla lanzada en el alma. Ni los ecos de tal acción o tal idea. Somos ciegos entre ciegos.

CAPITULO XIX

El Africa es grande, el Africa es negra. Pero la noche no viene del Africa. Ahora la noche viene de Europa. Y llega a paso de fantasma, a paso de hiena con olor a graznido de buitre.

Aquella noche varios amigos se habían reunido en la villa de Alfredo Roc. Habían cenado juntos y estaban de sobremesa a la hora del café. Allí estaba Baltazar Doriante con sus grandes ojos de poeta, Alberto Duren, nervioso y entusiasta, Jaime Oriol, desesperado porque sus aparatos cinematográficos habían sido encerrados por cien años en el famoso museo-prisión. Sus nietos podrían trabajar con ellos, decía él, y acaso mis nietos sean unos burros incapaces de hacer girar una manivela. Oriol estaba enamorado de una artista de cine, Lily Devos, sentada allí a su lado, ella junto con Joan Crawford eran las únicas artistas conocidas que habían escapado a tiempo de la hecatombe. Los que habían escapado, habían escapado casi por milagro y yo creo que todas las noches se tocaban bien el cuerpo para ver si no era una ilusión que estaban vivos.

La noche con su gran luna como cosa propia, esa luna que se pasea por la noche lo mismo que por su casa. En casi todos los chalets las ventanas abiertas hacia el cielo fresco lleno de estrellas. Y las risas que salían por las ventanas. Las risas de las mujeres. ¡Ah! Todavía hay en el mundo risas de mujeres.

—¿Se acuerdan Uds. de las soirées en el *otro mundo*?

preguntó Roc con un gesto lejano. Cuando había que ponerse smoking para cenar o para ir a cualquier parte.

El *otro mundo* llamaban ellos al mundo civilizado, al que acababa de morir. Hablaban de él como de algo perdido ya en el tiempo, como si ellos hubieran muerto en ese mundo y hubieran resucitado en otro planeta.

—Naturalmente todos se aburrían, exclamó Alberto Duren, las gentes se pasaban jugando bridge. Bridge en el día, cocktail en la tarde, bridge en la noche... ¡Qué vida más estúpida!

—Es increíble pensar que se haya podido vivir una vida tan mediocre, interrumpió Jaime Oriol.

—Y que las gentes no se apercibieran de su mediocridad, agregó Roc. El bluf social, la farsa, la comedia, la vanidad.

—Había que llenar con algo las horas de ocio, dijo riendo Lily mientras vaciaba su taza de café.

—Lo malo es que para mucha gente todas las horas eran horas de ocio, contestó Roc. Recuerda la vida de ese que llamaban el mundo elegante. ¿Cómo esas gentes no sentían el vacío de una vida semejante?

—Sí, lo sentían y querían aturdirse de cualquier modo para llenar ese vacío.

Alfredo Roc encendió su pipa.

—Raza de fin de mundo, ¿qué quieren Uds.?, raza demasiado civilizada, escéptica, decadente. La voluntad gastada... sin amor a la vida y con miedo a la muerte, sin entusiasmo.

—Un mundo de personajes huecos e hiper-sensibles, histéricos, interrumpió Alberto Duren, una sociedad fatigada y que no quiere ceder el paso a otra sociedad más sana.

—Estoy de acuerdo, pero hasta cierto punto, dijo Lily Devos, nunca una sociedad es demasiado civilizada.

—Naturalmente, apoyó Jaime Oriol, ¿por qué pensáis que una raza demasiado civilizada sea un mal? No está allí el mal.

Roc aparecía envuelto en humo y sus ojos brillaban tras la ligera neblina.

—Pienso lo mismo, no está el mal en la demasiada civilización sino en la manera de esa civilización. A eso me refería. Lo que habría que saber es si la civilización no terminará siempre por tomar el mismo camino.

Para Alberto Duren había una cosa indiscutible: el hombre necesita de una cierta ebriedad, de un escalofrío lírico.

—Es preciso que de cuando en cuando aparezca en la historia el catalizador, el guía que aporta a los hombres una cierta dosis de ebriedad.

—En otras palabras, el despertador de una nueva energía. Opino como tú, Alberto, afirmó Roc.

—Pensad un poco en los personajes entre los cuales hemos vivido tantos años. Todos daban la impresión de animales desorientados. Nadie tenía ninguna seguridad. Había ciertamente muchos personajes curiosos, tipos raros, aún interesantes, pero nada más.

—Todas las épocas de decadencia producen un sinnúmero de tipos curiosos, agregó Oriol, lo que llaman un personaje original.

—Pero todas son originalidades pequeñas, mezquinas. ¡Cuán pocos hombres completos, hombres recios, hemos conocido!, exclamó a su vez Alfredo Roc. Ahí está su literatura.

—Basta con leer las novelas de los últimos años del *otro mundo*, para verlo.

—Las novelas, las novelas... Eso no prueba nada, afirmó Doriante. No se puede negar que hubo un renaci-

miento del arte y de la poesía y que se produjeron obras de gran altura.

—Obras que quedaron encerradas en pequeñas agrupaciones que no llegaron jamás a una esfera más o menos general.

—Eso no prueba nada. Eso ha pasado siempre.

—Concedo. Además yo al referirme a la novela, no me refería a la calidad, sino al mundo que reflejan y ese mundo no podía ser más mezquino.

—Naturalmente son documentos de una época, dijo Roc. Allí está el retrato de toda una civilización y más tarde los que quieran conocer las causas de la catástrofe, tendrán que estudiar esas crónicas.

—Por mi parte confieso haber leído bien pocas de ellas, murmuró sonriendo Lily, yo prefería los libros antiguos y sobre todo la poesía. Me aburrían esos novelistas minuciosos, con pretensiones de grandes conocedores de el alma humana... y tan banales.

—Y tan pretensiosos..., y tanto detalle inútil.

—Para hacer lucir sus dotes de observadores.

—Prefiero tus novelas, Baltazar, agregó Lily dirigiéndose a Doriante. En tus novelas domina la poesía, la invención, la imaginación. No me interesan aquellas que se pasan entre boudoirs y salones literarios, en el mundo de *madame la marquise est servie...*

—O entre drogas y drogados.

Y con esos personajes tan largamente descritos: "Don Fulano llevaba una camisa de seda amarilla con listas azules, un traje inglés de lana gris, una corbata roja, calcetines de magnífica lana color madera, zapatos de un cuero grueso con gruesas costuras, sombrero de fieltro, el cual seguramente lo había comprado en Londres una tarde en que llovía y pasaban por las veredas las mujeres rubias bajo sus paraguas

y miles de Rolls Royces por la calle, etc., etc., etc., etc.". Aburrido, estúpido, muy estúpido.

—Y luego esas novelas interminables en las cuales don Fulano dijo..., dijo Alfredo Roc.

—Y don Zutano exclamó, exclamó Baltazar Doriante.

—Y Doña Fulana agregó sonriente, agregó muy sonriente Lily Devos.

Jaime Oriol los oía y los contemplaba dando también muestras de aburrimiento.

—Naturalmente tenía que ser así, interrumpió, esos autores pintaban un mundo que ya había muerto, que sólo duraba por el impulso adquirido. Ellos habían dado vuelta la espalda al pueblo. Yo estoy cierto de que el pueblo no era así. Allí había interés, allí había vida y sólo de allí podía venir el rejuvenecimiento y la salvación.

Doriante se quedó mirando a Oriol con la boca abierta y no pudo menos de exclamar:

—Has hablado bien, hermano blanco. Allí y sobre todo en los campos, en las montañas estaba la fuente de rejuvenecimiento. Acaso también y más que en ninguna parte, en esos lejanos países de América. Poco conocimos de ellos.

—Yo fuí amigo de un poeta sudamericano. Los labios de Alfredo Roc dibujaron una larga sonrisa. Era un hombre muy interesante y un gran poeta. Se decía descendiente de un cacique indio, a pesar de que su rostro era perfectamente europeo. Decía que estaba en Europa sólo para preguntar a los europeos por qué razón habían ido a descubrir a América. Quería saber por qué Europa había ido a meterse donde no la llamaban. Era una verdadera manía. América estaba muy bien sin vosotros, decía, no os necesitábamos para nada, fuistéis unos intrusos y sólo llevaistéis la desgracia a un continente feliz. Pero América se vengará, yo os

profetizo que América será la asesina de Europa. América se vengará.

—En realidad yo pienso, dijo Duren, que una de las cosas que hay que inculcar a nuestros descendientes es que no hay que moverse de su pedazo de tierra. Felices los que viven en su tierra contentos de su tierra y que no desean más ni conocen más que su tierra.

Doriante hacía con la cabeza un gesto de duda.

—¿Y la curiosidad? ¿Y la excesiva población?

—Puedes creerme que los que salgan serán desgraciados y serán el comienzo de todas las desgracias, ¿no peinsas como yo, Roc?

—Pienso que aquí estamos muy bien. Será difícil adivinar lo que hagan nuestros descendientes.

—A nuestros descendientes hay que enseñarles a desear poco y a pensar poco, opinó Duren.

—Exageras, exageras. No se trata de fundar una raza de tontos, afirmó rotundamente Doriante.

Roc los miraba exaltarse dando muestras de un vivo interés, no sólo interés sino de contentamiento. Retiró la pipa de sus labios.

—Recuerdo que un amigo mío cada vez que estaba triste, exclamaba: Señor, aparta de mí este caliz. ¿Qué caliz le preguntaba yo? El terrible caliz, el gran tormento del hombre, el pensamiento.

Doriante no parecía de acuerdo con esa opinión.

—El pensamiento también puede ser una fuente de goces inextinguible.

—Pienso como tú, Baltazar, opinó Jaime Oriol, todo consiste en saber pensar, en no torturarse.

—Es decir en conducir todas sus facultades de un modo armonioso y llevarlas hasta ese plano superior que los místicos llaman *el ver*.

—Tienes razón. Lily Devos se pasó la mano por la cabeza como buscando un recuerdo. Un amigo mío poeta decía: Lo único importante es no perder el sentido universal, el sentido de la unidad, sólo así el pensamiento no es una tortura y todo se hace amable y se convierte en amor.

—Hasta el dolor.

—Conocí a ese amigo tuyo Lily, dijo Oriol, conocí a ese poeta y recuerdo que a pesar de todo lo que decía fué a la guerra en el año 1914.

—Lo obligaron a ir a la guerra. Además debes recordar que eso lo decía él después de la guerra.

—Y después de haber cantado la guerra en uno de sus poemas.

—Siempre se arrepintió de ese poema. Fué un momento de ceguera juvenil.

—Yo conozco otro que al principio de la guerra había escrito que sólo la guerra hace vivir al hombre, que la paz es la muerte, que la paz relaja los sentidos, pone perezosa el alma y debilita todas las virtudes que sólo la guerra despierta, etc, etc. Al final de la guerra él mismo decía que habría que cortarle la mano que había escrito esas frases.

Alfredo Roc se dirigió hacia la ventana y se asomó al balcón.

—¡Qué hermosa noche! Por favor no hablemos más de la guerra ni del *otro mundo*. Venid a contemplar nuestra nueva ciudad. ¿No sienten Uds. que el pecho se dilata cuando se piensa en todo lo que hemos hecho, y cuando uno se pasea en el día entre rostros amigos, sonrientes de felicidad?

—¿Crees tú que todos son felices? preguntó Duren con aire de duda.

—Naturalmente que no todos .Algunos tienen mucho que olvidar y eso requiere tiempo.

Lily Devos se acercó a la ventana.

—Ya véis a Joan Crawford habituada a ese mundo de star americana, sin embargo está muy contenta, es un ejemplo de optimismo. Trabaja entre sus árboles frutales, canta baila. Nunca se aburre.

—Joan Crawford es encantadora, realmente encantadora. Increíble en una artista de cine. Verla vivir es una alegría, comunica vida a todo lo que queda en el radio de su mirada.

—¡Qué me quemo! ¡Qué me quemo! gritó Lily mirando maliciosamente a Roc.

—Cuidado Roc, pídeme consejos a mí, tu viejo amigo Duren. Dicen que estás enamorado y que te casas con ella.

—Eso habría que preguntárselo también a ella. Os confieso que me basta con verla vivir, con mirarla.

—Y si ella se enamora de tí, del hombre recio, del hombre de grandes proyectos...

—Y realizaciones, interrumpió Duren entre paréntisis.

—De Roc el constructor, entonces casamiento y el leon en la jaula.

—¿Por qué nó? ¿Qué mal habría en ello? ¡Qué hermosa noche!

—Y qué bien estamos aquí ¿verdad, señores? exclamó Doriante. Creo que pronto empezará una gran serie de matrimonios y de idilios. Ya se ven muchas parejas por las tardes y la luna se pone muy romántica.

La luna como si hubiera oído saludó a los circunstantes detrás de las ramas de un árbol.

Jaime Oriol se acercó al balcón.

—Se está muy bien, dijo, paz y serenidad. Lo malo es que se hayan paralizado los trabajos de la ciudad cinematográfica y que ahora toda esa pequeña ciudad que habría sido tan hermosa se convierta en viviendas de pescadores. Y todo por la manía de una mayoría de tontos. No

comprendo cómo tú, Roc, pudiste someterte a la opinión de esa mayoría.

—Cada uno aboga por lo suyo; tu por el cine, otros por sus automóviles, otros por sus gramófonos, otros por los dinamos eléctricos, etc, etc. Comprenderás que mi rol es muy difícil, yo quiero ser como un padre de todos y no como un tirano, yo quiero verlos a todos felices y tengo que aceptar lo que ellos piden, lo que ellos desean en su gran mayoría, como todos habeis visto. Además acaso tengan razón ¡qué vida más feliz que la vida patriarcal!

—Esos tontos fanáticos, de un fanatismo nuevo que creen que todo lo malo es culpa del maquinismo, esos fanáticos serían capaces de emprender una guerra religiosa contra las máquinas y todo lo que significa progreso.

—No te exaltes Oriol, prorrumpió Baltazar Doriante poniéndole una mano en el hombro.

—Por otra parte, exclamó Roc, ¿quién te dice que ellos mismos no van a pedir, también por mayoría y tal vez en poco tiempo más, que salgan otra vez de su prisión todos esos monstruos culpables... culpables de la culpa de sus creadores?

Roc pensaba en la discusión de esos fanáticos el día en que se había acordado encerrar las máquinas en el museo. ¿Dónde empieza la máquina? ¿Dónde termina la máquina? Los aficionados a la música decían que un piano no es una máquina porque no marcha solo. Los aficionados al gramófono decían que el gramófono también necesita la intervención del hombre aunque no sea sino para ponerlo en marcha, para graduarlo, los más exagerados sostenían que piano y gramófono, aunque no en un grado igual, debían ser considerados como máquina. Entonces todo es máquina, todo instrumento inventado por el hombre debe entrar en esa categoría decían otros. Hasta un martillo, una sierra

un arado deben ser considerados como instrumentos mecánicos. Los cazadores querían salvar sus fusiles. Cada cual quería salvar lo que era de su gusto o de su necesidad personal. Al fin sin embargo el partido de los más fanáticos había obtenido la mayoría. Sólo se esceptuaron los instrumentos que existían desde antes del *siglo del progreso* y de los grandes inventos. Aquí la discusión se armó sobre cual era exactamente ese siglo. Por fin hubo que retroceder hasta los tiempos patriarcales. Todo lo que no existía en los que podríamos llamar los tiempos bíblicos debía caer dentro de la lista de cosas condenadas a prisión.

—El hombre es un pequeño espejo de Dios, dijo Duren.

—De ese Dios en el cual no creemos, del Dios de los ateos, interrumpió burlón Doriante.

—No me interrumpas. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, el hombre a su vez ha creado la máquina a su imagen y semejanza. Pero como el hombre no quería ser creado, como todo tiende a la nada y en su fondo recóndito prefiere la nada, el hombre se vengó de Dios colgándole todos sus defectos. El pequeño espejo devolvió sus reflejos al creador. Así también la máquina se venga del hombre y lo mecaniza cada día más. ¿Para qué sacar de la nada lo que estaba muy bien en la nada? El hombre dice: yo he creado el alma de la máquina. La máquina dice: yo he creado el mecanismo del hombre.

—En una palabra, querido Duren, es como si dijéramos, la revancha. Tú vienes a molestarme, yo te molesto.

—Eso es. Si las máquinas hablaran, nos gritarían y acaso nos gritan, yo os rebajaré, recortaré vuestro sentido humano. Amáis tanto los útiles, pues bien yo os volveré utilitarios. Construid usinas, muchas usinas. Mientras me

divinizáis os olvidais de divinizaros vosotros. Fabricad máquinas y olvidaos de fabricar hombres. Dadnos toda vuestra alma y quedaos sin alma.

—Estás hablando como Rosales, objetó nervioso Roc. Comprenderás que eso es absurdo, el que construye motores está también construyendo cerebro. Yo no puedo aceptar la exageración por ningún lado, ni la tuya, ni las de los que endiosan al maquinismo. No se trata de hacer un dios de la máquina pero tampoco de hacer un demonio. No un Dios, sino un simple sirviente.

Duren no parecía convencido.

—La naturaleza, insistió, ha sido siempre engañada por el hombre, pero ella siempre se ha vengado del hombre. Podéis creerme, los árboles se cuchichean preparando la monstruosa venganza en que ha de caer el hombre.

—Creo que tendremos que contarte en el círculo de nuestros enemigos.

—Te digo que esos indivíduos son tontos, son fanáticos, están locos. Recuerdo la voz frenética de aquél que gritaba: no queremos que nuestros hijos vivan en la inquietud.

—No son tontos, son solamente gentes que han sufrido y que no olvidan.

—Y que no saben a quien culpar de sus sufrimientos.

—Lily Devos acarició la cabeza de su amigo Oriol.

—Cálmate, Jaime, y ven a mirar la noche. Acaso esos fanáticos, como tú los llamas, son los únicos que tienen razón. Ponte aquí a mi lado. ¡Qué hermosa noche! Así juntos la encontraremos más hermosa.

—Contempla nuestra ciudad naciente, murmuró Roc con la dulzura de quien habla de un hijo favorito. ¿Sólo con mirarla no se te alegra el alma?

—¿Qué irá a salir de aquí? exclamó Baltazar, el poeta convertido en hombre de acción. Cuando nosotros haya-

mos muerto ¿qué harán nuestros hijos? ¿Qué camino tomará el mundo nuevo? ¿Qué rumbo seguirá esta civilización de la cual somos responsables?

—He aquí el gran problema, fué la respuesta pronunciada casi a media voz por Alfredo Roc.

—¿Responsables? Hasta cierto punto, solamente, afirmó Alberto Duren. No culpemos a Adán y a Eva de todo lo que ha pasado en el mundo.

—Acaso en tres o cuatro generaciones más han perdido el hilo de la tradición y vuelve el mundo a caer en un primitivismo digno de la pre-historia.

—Y estas mezclas de razas ¿no te asustan Roc? preguntó Doriante.

—Las razas siempre se han mezclado ¿qué país de Europa poseía una raza pura? Ninguno. En los tiempos antiguos las razas se mezclaban por las invasiones, en los tiempos modernos por medio de la inmigración. Aquí entre nosotros, de este formidable cocktail de razas puede nacer una verdadera síntesis de la humanidad.

En efecto había en la colonia representantes de todas las razas de Europa. Había portugueses, españoles, franceses, ingleses, alemanes, italianos, holandeses, belgas, daneses, suecos, noruegos, eslavos, judíos, griegos, turcos. Había armenios, georgianos, persas, árabes, egipcios, algunos indúes y tres o cuatro chinos.

—Una gran síntesis de la humanidad, repetía Roc.

Baltazar Doriante cerró un ojo de un modo siniestro e hizo una horrible mueca con los labios como si absorbiera una copa de aceite de ricino.

— ¡Qué abominable síntesis puede salir de tanta abominación!

—Déjate de tus sarcasmos.

—No es un sarcasmo. Analiza la historia de todos

esos pueblos que has nombrado y te aseguro que verás que en todos dominan los actos abominables sobre lo que pudiéramos llamar la cordura.

—Por eso es que tenemos aún un rol. Nuestro primer rol fué el salvarlos de la muerte. Nuestro segundo rol será enseñarles la cordura.

—¡Et voilá! Siempre lo mismo. . . Primero se crea la raza humana, después se le dan los diez mandamientos.

Después de estas palabras de Doriante, como si ellas hubieran tenido una doble intención o hubieran despertado algún eco dormido al fondo del alma, hubo un silencio pesado entre los circunstantes. Aquellos pioneers, aquellos hombres de acción, sentían que la potencia de su vida espiritual era más fuerte aún que su poder dinámico. La plenitud del ser interior rebosaba en ellos y les obligaba a la acción, al entusiasmo . Sobre todo no querían tener dudas. Ese movimiento pendular entre el sí y el nó, que es el escepticismo, les producía miedo. Ellos sabían que allí estaba el peligro, que de allí podría venir la parálisis, el definitivo corta-circuito que los dejaría a todos a oscuras.

¡Qué de emboscadas, qué de trampas les prepararía la naturaleza en esta nueva lucha que empieza otra vez contra el hombre! La naturaleza que acaba de sentirse victoriosa de los hombres, la naturaleza enardecida por su triunfo, la naturaleza que no cederá fácilmente el campo ,allí frente a frente contra ese pequeño grupo de hombres en un rincón del mundo.

—Hay que ser prudentes, exclamó Roc como haciendo una síntesis de la meditación general. Hay que ser prudentes, sin dejar por ello de ser decididos, muy decididos.

Se diría que todos habían adivinado el pensamiento de los otros. Baltazar Doriante tenía la mirada lejana, los ojos

clavados en un punto del horizonte futuro, tal vez a muchos siglos hacia el futuro.

—Recuerdo, dijo, hace más de veinte años, cuando estaba en el colegio, mi profesor de filosofía me dijo una vez: eres muy atropellado, nada te saldrá bien en la vida; medita, medita, diez veces, veinte veces, cien veces cada cosa que vayas a hacer. Yo le respondí: si se medita demasiado no puede hacerse nada. Más tarde, estudiando la historia siempre me ha parecido ver en todos los grandes hombres de acción y en todos los grandes creadores de las grandes épocas, falta de meditación.

—Cuidado, amigos, cuidado con abrir demasiado las ventanas a la duda, exclamó Roc, cuidado con atarse las manos.

Lily Devos parecía nerviosa. No pudo contenerse más:

—Os estáis poniendo tristes y demasiado graves. Podríamos hablar de otra cosa y sobre todo pensar en otra cosa. A propósito, supongo que no habéis olvidado que mañana se estrena nuestro teatro. Yo cantaré, espero que me aplaudireis a rabiar. También cantarán dos muchachas francesas, viejas canciones de Francia que son tan hermosas.

—Hay un ruso que baila magníficamente, añadió Jaime Oriol. Otras dos españolas cantarán canciones populares de su tierra.

—Y esa chica andaluza que baila como una diosa.

Doriante miró irónicamente a Oriol.

—El espectáculo habría sido perfecto con la proyección de una hermosa película ¿verdad, Jaime?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no algunas audiciones de piano y violín?

—Y alguna verdadera pieza teatral, continuó Duren.

—Tenemos que dejar a nuestros autores toda expontaneidad, declaró Doriante, es preciso que autores y obras

nazcan del pueblo y ver qué camino toma el arte naciente, es preciso...

Un gran resplandor cortó las palabras de Doriante e iluminó todos los rostros. Al mismo tiempo un clamoreo inmenso les hizo inclinarse sobre el balcón. Enormes llamaradas se levantaban al fondo de la ciudad. Alfredo Roc se puso pálido y no pudo hablar. Las lenguas de fuego subían al cielo con un ruído infernal.

—Han prendido fuego al museo de las máquinas, rugió Jaime Oriol.

—Se han vuelto locos, gritó Alberto Duren.

Todos se precipitaron a la calle hacia el lado del incendio. Se abrían los balcones de todas las casas, grupos de gentes corrían de un lado para otro. ¿Qué hacer? ¿Cómo apagar el incendio? Varios grupos habían llegado ya frente al fuego.

—No hay manera de apagar el incendio, ha tomado por todos lados, exclamó una voz potente.

—Es inútil, ya no hay remedio.

—Se acabó la pesadilla, murmuró alguien. Nuestros hijos no tendrán caras de acero.

—Tendrán caras de lechugas, contestaron entre la multitud.

Ayudadas por el viento las llamas crecían, aumentaban de volúmen, se hacían gigantescas y ya iban llegando al techo. El gigante de fuego se lo tragaba todo.

El grupo de espectadores aumentaba de minuto en minuto. Se veían rostros consternados, algunos indiferentes, otros brillaban de una secreta alegría. El resplandor de las llamas centelleaba en todos los ojos.

Alfredo Roc venía gritando como un loco:

—Imbéciles, salvajes ¿qué habeis hecho? Oh! Oh!

Es horrible, es algo criminal. Parece mentira... El esfuerzo de miles de generaciones reducido a cenizas...

Allí estaban todos los amigos, todos los primeros pioneers contemplando la gran desvastación. El gigante de fuego seguía tragando, tragando. Tenía un hambre cósmico, un hambre de planeta, un hambre de muchos siglos.

Una mujer lloraba. Un grupo de hombres traía un herido. Uno que quiso apagar el fuego. Uno que se arrojó a las llamas enloquecido... Apagar el fuego con su sangre, o rescatar con ella el crimen de un hermano.

Una tragedia más o muchas tragedias menos. Gritos clamores, alaridos. La carne de la tierra. Arriba el cielo con los ojos cerrados. Nada más que el cielo, el cielo profundo, misterioso en su marco de infinito.

Nunca en el cielo se había visto una impasibilidad semejante, era una impasibilidad aterradora.

Baltazar Doriante miraba en silencio y parecía mirar algo más allá, mucho más allá del incendio.

En ese instante el techo del museo se desplomó estrepitosamente, cayó ardiendo como un gran libro abierto.

Y se oyó la voz de Roc que parecía aullar al infinito:

—Rusia, Rusia, mi hijo tenía la razón.

Rusia la única esperanza.

Italia — Villa Oriolo.

Verano de 1930.

PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL "DOCUMENTOS"

Cuadernos Internacionales

		Santiago	Provin.
N.o 1	Stalin y el Régimen Capitalista, por Georges Valois (*)	$ 0.60	" 0.80
N.o 2	La Querella de las Generaciones, por Pierre Dominique (*)	" 0.60	" 0.80
N.o 3	La Racionalización Marxista, por Sammy Béracha (*)	"0.60	" 0.80
N.o 4	El Sindicalismo de los Técnicos, por Gastón Sauvebois (*)	"0.60	" 0.80
N.o 5	El Plan Quinquenal y la crisis Mundial, por Roger Francq. (*)	" 0.60	" 0.80
N.o 6	La Quiebra del Fascismo, por Pietro Nenni	" 0.60	" 0.80
N.o 7	El Plan Hoover y la Crisis Alemana, por Jhon Barbull	" 0.60	" 0.80
N.o 8	El Oro y la Crisis Mundial, por Jorge Boris (*)	" 0.60	" 0.80
N.o 9	Las Masas y la Política, por Lucien Romier	" 0.60	" 0.80
N.o 10	El Nuevo Estado y la Edificación Económica Rusa, por J. Stalin (*)	" 0.60	" 0.80
N.o 11	El Destrozo de la India, por Kshama Row	" 0.60	" 0.80
N.o 12	Organización y Constructores de Rusia, por Pierre Dominique (*)	" 0.60	" 0.80
N.o 13	La Revolución China, por Chen Fou-choen	" 0.60	" 0.80
N.o 14	El Nacionalismo, por Rudolf Rocker ...	" 0.60	" 0.80
N.o 15	El Anti-Imperialismo Chino y el Comunismo, por Chen Fou-choen	" 0.60	" 0.80
N.o 16	La Inflación y sus Graves Efectos Económicos, por Elemer Hantos	" 0.60	" 0.80
N.o 17	Los Bancos y su Nuevo Papel, por Lenin (*)	" 0.60	" 0.80

CUADERNOS DE LA ECONOMIA MUNDIAL

N.o 1	Como se derrumba el Neo-Capitalismo, M. J. Bonn (*)	$ 0.60	$ 0.80
N.o 2	Unión Soviética enfocada por los redactores de VU. (*)	" 0.60	" 0.80

N.º 3 La Convulsión Económica del Mundo, por Paul Louis	" 0.60	" 0.80
N.º 4 100 Años de Dictadura Capitalista, por Lucien Laurat	" 0.60	" 0.80
N.º 5 La Bancarrota del Mundo por la Inflación de los Créditos, por Francis Delaisi ...	" 0.60	" 0.80
N.º 6 Revolución y Crisis de la Racionalización, Por Gregorio Guerra	" 0.60	" 0.80
N.º 7 La Ciencia y el Comunismo, por Benjamín Ginzburg (*)	" 0.60	" 0.80
N.º 8 Liberación Socialista, por Gerardo Ortúzar (*)	" 0.60	" 0.80
N.º 9 Control o Caos, por George Soulé	" 0.60	" 0.80
N.º 10 Soluciones Socialistas a la Crisis, por A. Minard	" 0.80	" 1.00
N.º 11 Controversias Doctrinarias sobre Rusia, por I. Gormann (*)	" 0.80	" 1.00
N.º 12. Desviaciones socialistas, por Ménétié ..	" 0.80	" 1.00

CUADERNOS DE LITERATURA PROLETARIA

N.º 1 Gorki Habla, por Vladimir Pozner (*) ..	$ 0.60	$ 0.80
N.º 2 Frente Rojo, por Louis Aragón	" 0.60	" 0.80
N.º 3 Canto de Trinchera, por Pablo de Rokha	" 0.60	" 0.80
N.º 4 La Canción Infinita, por Luciano Morgad	" 0.60	" 0.80
N.º 5 Juventud Rusa, por Ilya Ehrenburg ...	" 0.80	" 1.00

CUADERNOS LIBRES.

La Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar, por el Dr. Osvaldo Quijada	$ 1.00	$ 1.00
Fascismo o Nea-barbarie	" 1.00	" 0.80

DOCUMENTOS INTERNACIONALES.

El proceso que conmueve al mundo ... ... " 0.80

P. Vaillant-Couturier, Juan sin pan ... ... $ 4.00

A LOS LECTORES DE SANTIAGO.

Venta y exposición de los Cuadernos en nuestra "Librería Walton", Teatinos 172.

(*) Todos los Cuadernos marcados con arterísticos están agotados.

